COMANDANTE FRANCO

DIARIO de una BANDERA

LA NOVELA DEL SABADO

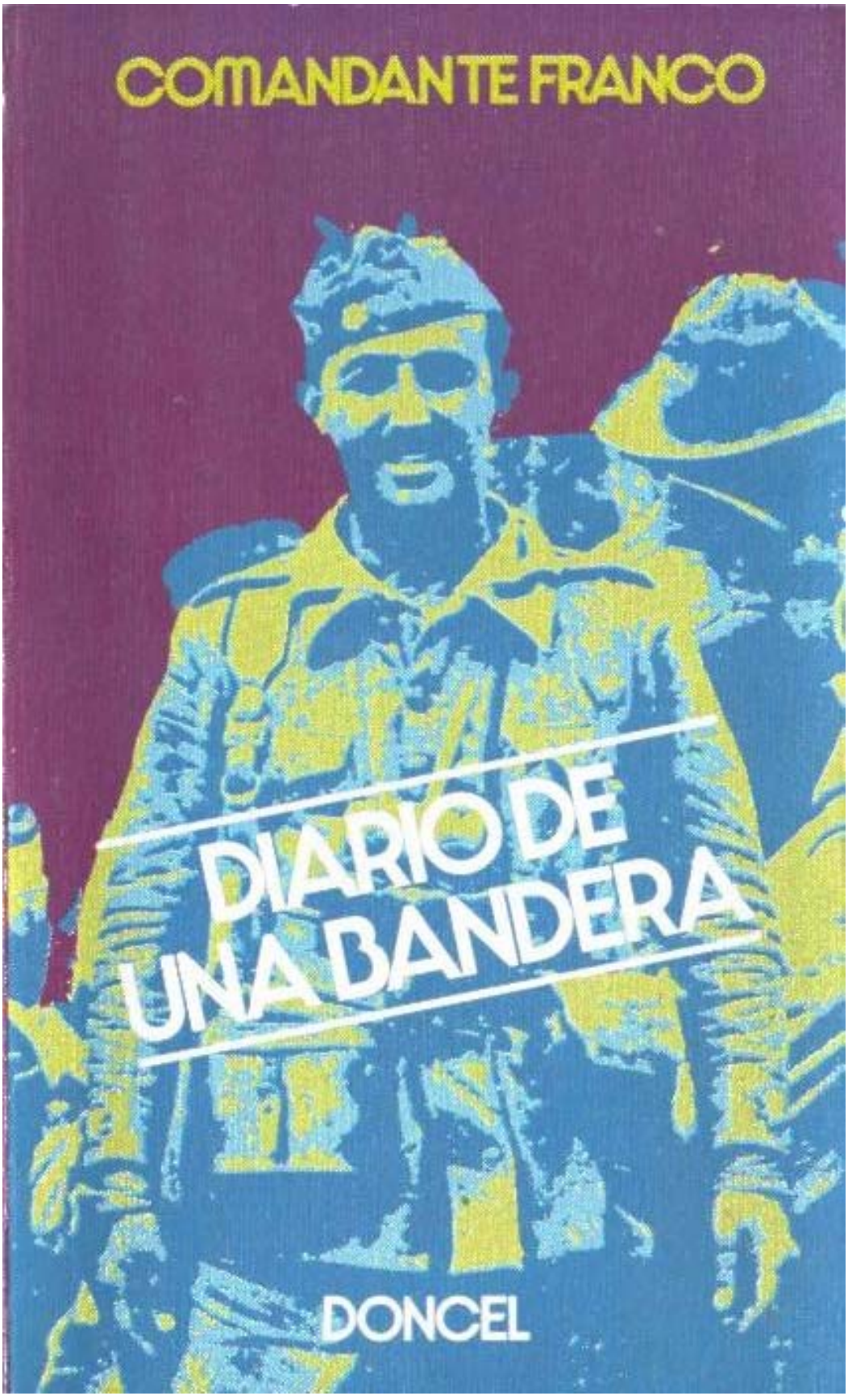
GENIO Y HOMBRES DE ESPAÑA

MARRUECOS

DIARIO DE UNA BANDE

POR

FRANCISCO FRANC


COMANDANTE FRANCO
DIARIO DE UNA BANDERA
DONCEL

Comandante Franco

Diario de una Bandera

Prólogo de Manuel Aznar

Evocaciones y recuerdos
por
Manuel Aznar
Embajador de España

ESTE libro -DIARIO DE UNA BANDERA-, publicado en su primera edición el año 1922, no responde a ningún esquema literario. Su autor, el Comandante de Infantería don Francisco Franco Bahamonde, declara sin rodeos, que se ha limitado a recoger «el conciso y verídico relato del historial de una BANDERA»; y añade: «a la que el destino brindó el honor de derramar repetidamente su sangre por España». En estas palabras, que tampoco obedecen a estímulos literarios, reside el secreto de las páginas que el Comandante Franco escribió hace treinta y cuatro años. Se trata, en efecto, de un breve historial que, sin afectación ni aspavientos, encierra dentro de sí toda una interpretación del honor español. Pero no sólo del honor, sino de su eficaz aplicación al servicio de España. Importa sobremanera la honra, pero bien está que nos esforcemos en acompañarla con los laureles del triunfo.

A las dos soluciones decisivas que se planteó Méndez Núñez -barcos sin honra y honra sin barcos-*, vale la pena de añadir una tercera que consiste en guardar o conquistar honra y barcos a un mismo tiempo.*

Un corresponsal -Tomás Borrás- escribía desde Marruecos, el año 1921: «España tiene hambre de acierto.» La oficialidad que en el Ejército de Africa se iba creando representaba precisamente eso: un fervoroso propósito de unir inseparablemente los ideales del honor con las fecundas retribuciones del acierto. Clamaban por la obra bien hecha que asegura la victoria.

Entre aquella juvenil y brillantísima generación de jefes y oficiales comenzaba a elevarse la personalidad del Comandante Franco, que había sido teniente y capitán en las tropas indígenas, y después fue comandante de la Primera Bandera de la Legión.

En el DIARIO DE UNA BANDERA la narración es muy escueta. Tanto, que a veces parece fría. Por ejemplo: durante el primer combate de Taxuda (10 de octubre de 1921) cae muerto el ayudante de Franco. El DIARIO registrará el hecho del modo siguiente: «En estos momentos cae con la cabeza atravesada mi fiel ayudante. El plomo enemigo le ha herido mortalmente. Desde la guerrilla, dos soldados conducen su cuerpo inanimado. Con dolor veo separarse de mi lado para siempre al fiel y querido Barón de Misena.» Y ésta es una de las contadas ocasiones en que al autor se extravasa y desborda un poco la pluma, porque, de ordinario, sus comentarios a la muerte circunvagante son mucho más lacónicos. Véase: «el capitán Cobos, de la Legión, cae herido muy grave.» «No es nada -nos dice- "Un balazo en el vientre. ¡Pobre as de las ametralladoras! La herida le había de causar la muerte.» O bien: «De las peñas bajan a un oficial muerto; es el teniente Rodrigo, *de la quinta Compañía. El enemigo está muy cerca.»*

En otra página leemos: «El teniente Urzáiz, herido en el vientre, pasa cantando en una camilla.»

«El capitán Franco (se trata del actual Teniente General Franco Salgado), de la primera Compañía, es herido también en el avance.»

El Comandante Franco era así: resuelto y ardoroso, pero a la vez reflexivo, guarnecido de las mejores cautelas y poco dado a la efusión.

Alguna vez, sin embargo, la emoción puede más que su voluntad. Se le encrespa la sensibilidad dentro del ánimo y a punto está de acabar en lágrimas. ¡Pero ya no había lágrimas! Fue cuando murió Fontanes, el bravísimo Fontanes, comandante de la Segunda Bandera.

"La noche es triste en Ambar -dicen las notas de esta jornada-. El comandante Fontanes está herido muy grave. Todos saben lo que significa una herida de vientre con el hospital tan lejos. El doctor Pagés es toda la preocupación del herido. El podría salvarle. En la Legión se siente admiración por este notable cirujano que ha librado a tantos legionarios de una segura muerte. Por eso piensa en Pagés el bravo comandante de la Segunda Bandera.»

"En la madrugada del 20 muere en la posición el heroico comandante. La Legión está de luto. Ha perdido uno de sus mejores jefes. Los soldados están tristes. Sus ojos no lloran porque en sus cuencas ya no quedan lágrimas. ¡Han visto caer a tantos oficiales y camaradas!»

La muerte de Fontanes había de conmover forzosa y muy especialmente al comandante de la primera Bandera. ¿Por qué, si a diario iban cayendo otros muchos, sin que Franco perdiera ni una brizna de la impavidez y del exterior sosiego que ya le iban haciendo famoso?... Sí; bien; pero Fontanes no era un muerto más, no era un héroe más, cuyos gloriosos despojos cubriría la greda marroquí, sino uno de los elegidos, es decir, uno de los que habían entendido cabal y profundamente el sentido histórico de todo aquello que estaba aconteciendo al otro lado del Estrecho de Gibraltar. Como lo entendía -lo recuerdo a título de admirable ejemplo- otro gran soldado que se llamó José Valdés, el de Malalíen, el que cayó en la retirada de Xauen. También para Valdés hubiera tenido el Comandante Franco duelos irreprimibles.

Pero tras las brevísimas ráfagas de emoción, de humor o de apretada ira que, por excepción, interrumpen los relatos del DIARIO, vuelve éste a su sequedad militar. En una de las páginas escribe el autor:

«En la guerra hay que sacrificar el corazón.»

¡Sacrificar el corazón! En tal ejercicio, casi ascético, se forjará el temple de Franco. Al corazón le ordenará «silencio» durante los largos días y las interminables noches de Uad Lau, en lucha permanente con el tedio y con la melancolía, que son los peores enemigos del soldado. «Silencio» le impondrá, igualmente, ante los espectros de los españoles cruelmente martirizados en Nador, en Zeluán y en Monte Arruit... «Silencio»... le mandará cuando llega, con su Bandera, al poblado de Abbada, y ve allí, «junto a una pared, los restos de unos cadáveres, y, sobre ellos, en el blanqueado muro, los impactos de los disparos salpicados de sangre». El joven comandante anota en su DIARIO:

«Una ola de indignaci6n pasa por nosotros. ¡Que hagan alto los legionarios y no entren en el poblado! ¡No vean tanta infamia y estropeen la política!»

Dura disciplina la del sacrificio del corazón, pero el Comandante Franco gana esa batalla sobre sí mismo.

Desfilan en los diarios apuntes los combates de Las cercanías de Melilla, los de Sebt, Atlaten, Taxuda, Ras-Medua, Tuguntz, Tikermin, Drius y otros más; toda aquella campaña inolvidable. El comandante de la Primera Bandera apenas habla de sí mismo. No redacta el DIARIO para alabarse diciendo maravillas de su mando, sino para mostrar, con inmarcesible ejemplo, cómo han de ser las fuerzas espirituales que salvarán a España.

Un día -aún me parece estarlo viendo- sucedió que «el coeficiente moral» de algunas tropas peninsulares «fue sobrepasado»...

El lector y yo haremos un pequeño alto en esta frase.

Recuerdo que, durante la primera guerra mundial, el Alto Mando alemán, obligado a declarar una importante retirada de sus Ejércitos (más de cien kilómetros de profundidad sobre un frente de cuatrocientos), compuso esta evasiva literaria para el comunicado oficial:

«Nuestras tropas han llevado a cabo un movimiento elástico hacia la retaguardia.»

El subterfugio no carecía de elegancia; y, en fin de cuentas, todo el mundo entendió lo que Ludendorff quería decir.

La fórmula de caballeroso disimulo que emplea nuestro comandante legionario para darnos a entender algunas cosas que ocurrieron en Taxuda es más delicada y más sutil.

El 10 de octubre de 1921, «glorioso en la historia de la Legión», salieron de Melilla varias columnas para ocupar las crestas del monte Gurugú. Pero antes, «la columna Sanjurjo, saliendo de Segangan, debía cortar al enemigo el paso de Taxuda».

«En la oscuridad de la noche, y en el mayor silencio, se concentra la columna en las huertas de Segangan, y media hora más tarde la vanguardia se reunía delante del blocao de Atlaten.»

«LO ESTRECHO del camino y la oscuridad de la noche retrasan un poco la llegada de las baterías. Ya el sol lucía cuando, establecidas éstas, el coronel Castro nos ordena el avance. El general Sanjurjo, con su típico pijama a rayas, presencia a caballo el desfile de las fuerzas.»

«La Legión avanza en doble columna. Las Banderas marchan inmediatas. Sus vanguardias han desplegado, y muy alto se siente el maullido de las primeras balas.»

Se entabla el combate que, en el transcurso de la mañana, irá endureciéndose. Hay «numeroso enemigo en el frente y en el flanco izquierdo, al que no puede batir nuestra artillería porque se oculta tras las esponjas rocosas».

«Los jarqueños hostilizan como nunca. Se suceden las bajas. Tenemos delante al grueso de la jarka, y el terreno no es de los más apropiados para el combate.»

En medio de aquella sangrienta lucha se recibe la noticia de que el Gurugú ha sido ocupado. El Alto Comisario aprueba que no se avance más «y se mantengan las posiciones ocupadas» hasta que el monte quede bien defendido. Pero las bajas se multiplican.

«Al pie del cortado de la izquierda, y a cubierto de los fuegos enemigos, un Capellán auxilia a los heridos. A su lado se detienen breves momentos las camillas, y se agrupan los guerreros ensangrentados que reciben la absolución, mientras los camilleros legionarios, rígidos y descubiertos, contemplan el emocionante cuadro.»

De pronto, la jarka hostil inicia un movimiento envolvente sobre el flanco izquierdo. Aprovechando unas barrancadas que permiten a las guerrillas de tiradores moros filtrarse sin ser vistas, tratan de provocar una grave sorpresa. Confían en desconcertar a unas tropas que llevan muchas horas de asperísimo combate. Sí se logra producir una flexión brusca del ala izquierda, se correrán los atacantes hacia la retaguardia española, y acaso lleguen a forzar el desplome completo de nuestra línea. Esto podría engendrar consecuencias desastrosas para toda la columna mandada por Sanjurjo. Es jefe de la vanguardia el coronel Castro Girona. En esa vanguardia está, como cifra de las mejores esperanzas, el Comandante Franco Bahamonde.

«Unos jarqueños -dice el DIARIO- que se han corrido por la izquierda disparan varios tiros desde retaguardia. Dos soldados son heridos en los sostenes. Esto produce cierta confusión entre las reservas. Al mismo tiempo, el enemigo, concentrado en las barrancadas del frente, efectúa una enérgica

reacción sobre nuestras posiciones. Las compañías de la izquierda ven aparecer, de pronto, a pocos metros, las cabezas enemigas. Con gran arrojo nos atacan por todos lados. El coeficiente moral de las tropas peninsulares es sobrepasado, y el frente de la izquierda vacila en algunos puntos.»

La pluma del comandante añade:

«Los momentos son de gran emoción. En los puntos amenazados volcamos nuestros hombres y nuestro espíritu: Los sostenes de las unidades de legionarios acuden al lugar en peligro y acometen al enemigo. Los acemileros de nuestras compañías de ametralladoras y del tren de combate, abandonando sus mulos, se suman a la reacción, y el ataque es rechazado en todo el frente.»

Así durante todo el día, hasta que pasadas las horas del anochecer regresa la Bandera al campamento.

«Nuestras bajas -es decir, las legionarias- han sido veinticinco muertos y noventa y un heridos»

Por aquellos inolvidables andurriales de Taxuda y de Atlaten anduvo durante el combate uno de los corresponsales que yo había designado para que acompañaran al Ejército e informaran al país.

Hallábase éste sistemáticamente sometido a las destructoras campañas en que se agitaban incansablemente la cobardía y la traición. Aquel corresponsal escribió sobre la lucha de Taxuda:

«El peligro era de una intensidad tal, que no se me alcanza el modo de expresarlo. Sanjurjo y Castro Girona, que comprendieron lo que ocurría, seguidos de todos los oficiales del Cuartel General, se echaron al encuentro de nuestros soldados, y en unos segundos de energía conseguían hacer reaccionar a nuestras fuerzas.

«¡A la bayoneta! ¡Arriba mis valientes! ¡Viva España! El Comandante Franco enronquecía a la cabeza de sus bravos. La lucha fue cuerpo a cuerpo. La cresta, ocupada por el enemigo, era tomada otra vez, y de pie en ella Franco y sus tropas se coronaban de gloria.»

Aquella noche recibí del aludido corresponsal una nota personal en que me explicaba:
«Lo de Franco en Taxuda ha sido maravilloso. El ha salvado la situación. Cuando pasó el peligro sonreía nuevamente entre sus legionarios; pero con una sonrisa que casi me daba miedo, porque expresaba una serenidad imperturbable, pero, al propio tiempo, una cólera fría. Era una mezcla de tranquila seguridad en sí mismo y de la más violenta voluntad de vencer. No sé si acierto a explicarme bien.»

Tomás Borrás comentaba por su parte: «Castro Girona y Franco son los dos grandes capitanes del momento.»

HACE POCOS meses volví a peregrinar por tierras de Marruecos.

Interesante y conmovedora experiencia la de contemplar de nuevo, con ojos un poco cansados ya, pero acaso más finos, los paisajes en que se apasionó nuestra juventud. La belleza y la ternura de entonces, la secreta llamada que escuchábamos, ¿fueron alegres inventos de nuestra propia vitalidad y ahora hallaremos trocado el gozo en pesadumbre, el júbilo en melancolía? Todo aquello que veíamos, ¿fue objetivamente cierto o estaba tejido con imaginaciones y con ensueños de nuestra radiante mocedad?

Al cabo de los años -repito- volví a mis peregrinaciones y leo de nuevo este DIARIO.

Allí -me han ido diciendo mis recuerdos-, en la inmediata umbría, en la hondonada de este valle, sobre las piedras de la verde loma, en las revueltas del camino frontero que se pierde entre matojos y carrascos, se encendieron luces de gloria para una de las mejores generaciones de capitanes que ha conocido España. ¡Quizá la mejor!

Y yo me preguntaba: «¿Cómo fue aquello? ¿Cómo pudo ser?»

Estoy reviviendo, al través del recuerdo, años de pasión marroquí.

¡Qué luchar el de nuestro Ejército! ¡Y qué padecer!

Desde Madrid, y desde todas las ciudades españolas, llegaban hasta los blocaos de vanguardia y hasta los campamentos de la retaguardia unas voces que decían:

«¿No será excesivo, y aún pueril o inútil, vuestro sacrificio? ¿Acaso no existen fórmulas de arreglo y de compromiso que os evitarían más sufrimientos y os ahorrarían mayores duelos? ¿Por qué no habéis de ensayar suavidades y lícitas componendas? La guerra es dura, cruel. No sabemos cuándo terminará, ni si España verá el fin de los combates. Vosotros habéis cumplido con vuestro deber. ¡Cautela, cautela, muchachos! No os exaltéis. ¿Patriotismo? Sí; pero con medida y cálculo. Sed, ante todo, prudentes.»

Así hablaban los acomodaticios.

Los energúmenos clamoreaban, también desde todas las ciudades de España:

«Sois carne de cañón. Los negociantes de la guerra os mandan al pudridero de Marruecos. Vuestra carroña, inútilmente heroica, servirá para defender las minas de los millonarios. Moriréis para enriquecer a los codiciosos. Y por añadidura concitaréis sobre vosotros y sobre España entera el odio de un pueblo bravío que los propios beneficiarios de vuestro sacrificio están armando clandestinamente para que así dure y perdure la guerra. Los dividendos de algunas sociedades anónimas se pagarán con sangre de soldados españoles.»

A este segundo coro se unían no pocos orfeones extranjeros. Y con ello volvían los acomodaticios a la carga:

«¿No veis? Desde fuera os advierten sabiamente. En París y en Londres saben mucho de estas cosas; cuando ellos nos previenen, por algo será.»

Es casi fabuloso que el Ejército de Africa no sucumbiera ni ante el blando tono de los capituladores, ni ante el estrépito de los vociferantes. Es casi milagroso que al toque de silencio de cada noche en los campamentos, la meditación de nuestros capitanes, su examen de conciencia, les mantuvieran firmes e inflexibles frente a tanta indignidad disfrazada de buen sentido.

Es evidente que el hecho de pertenecer a los cuadros de mando de un Ejército con rango histórico aguza y afila el sentido del deber, porque sólo así se entiende que nuestros jefes y oficiales de Africa conocieran con tan rigurosa y permanente exactitud cuál había de ser su conducta en el servicio de la Patria. No podían engañarse sobre el porvenir de la acción de España en Marruecos. Aquélla no era tierra nuestra; mandaban allí los españoles en nombre de una ajena soberanía; combatían y morían para que, andando el tiempo, pudiera el Sultán de Rabat complacerse en el ejercicio pleno e indiscutido de su autoridad. Eramos los hidalgos protectores de la minoría de edad política de un pueblo. Nuestra presencia armada entre los marroquíes estaba tocada de irremediable provisionalidad, por la índole misma del mandato internacional que cumplíamos... Pero, al mismo tiempo, allá se rescataba España de pasados errores europeos y americanos; allá había de reanimarse la inextinguible llama del espíritu español, y se nos ofrecía una decisiva bifurcación de caminos para que eligiéramos el que habría de llevar a nuestro pueblo a la salvación de su histórico ser y de su destino. Conscientes de que ésta era su más alta misión en Marruecos -aunque tampoco les parecía desdeñable, ciertamente, la que nos hacía responsables del futuro marroquí- nuestros jefes y oficiales acendraban su decisión de combate y su capacidad de sacrificio.

Vivían -y esto lo recordamos bien quienes tanto les acompañamos- en una especie de españolísimo «no vivir en mí», sino como entregados a otra vida más noble, que consistía frecuentemente en «morir de pie», como dice el francés Lacretelle que mueren los españoles.

Apenas había reposo para aquella generación heroica. En cada una de las tareas militares se acrecentaba el riesgo, y todas ellas eran como cilicios. Por senderos polvorientos o por veredas retorcidas y pedregosas iba la breve columna de soldados amparando un convoy, encaminándose al relevo de una pequeña guarnición, o explorando vaguadas sombrías y montes difíciles. Ardía el cielo con un sol implacable y quemaban la piel las ráfagas del viento que venía desde los lejanos arenales del sur. Parecía mortal el silencio del paisaje; pero más mortal podía ser un silbido, o un «maullido» -dirá el Comandante de la Primera Bandera- que rasgaba la soledad. Era una bala salida de aquel peñasco en que se quebraba la línea del horizonte. Todo estaba como al acecho, listo para saltar sobre la columna abrasada de sed. Delante de los soldados, erguido como un alfil, marchaba el oficial, con su pistolilla al cinto, con su gorra colorada o su gorrillo cuartelero. Iba cubierto de polvo y vibrante de ensueños. ¿Su paga? Magra y estudiantil. ¿Su juego con la vida? Consistía en ponerlo todo al pleno de la muerte; de una muerte que podía aparecer súbitamente en la llanura incandescente o en el aduar de la colina. ¡Cuántas veces, al caer la tarde, cuatro camilleros devolverían a la posición principal el cadáver de un doncel iluminado de heroísmo; carne primaveral, fuerte y gozosa hacía unas horas, que, al morir, nos legaba un espíritu inmortal, vencedor de la muerte!

Y así un día, y otro, y cien más, y mil de añadidura. Sin descanso apenas; sin término a la vista; sin plazo ni cancelación. Polvo, sudor y hierro, como de las campañas del Cid se ha dicho en verso español. De las que también se ha escrito, en verso francés, que estaban tejidas de honor y de madrigales; porque «bravura y cortesía andan juntas cuando son auténticas», y no hay maneras más delicadas en la historia de las humanas distinciones que las que fueron codificadas entre cotas, escudos y guanteletes.

Bravura y cortesía son hijas del honor, y el honor es para los capitanes de nuestra estirpe la luz que muestra los caminos del deber. He aquí la clave y el lema: por el honor, al deber.

Distinguen algunos autores entre honor y honra diciendo que el primero es una cualidad que impulsa al hombre a conducirse con arreglo a las más elevadas normas morales, y que la segunda se refiere a la estima y respeto debidos a nuestra propia dignidad. Tal distinción me parece sobremanera alambicada y artificiosa; pero aun cuando la admitiéramos como rigurosamente verdadera, habríamos de concluir que tanto el honor como la honra son cualidades constantes de la personalidad española, al punto que con escuchar o leer cualquiera de las dos palabras entendemos al punto y de una vez lo que las dos significan.

El culto del honor y el mantenimiento de la honra, jamás desmentidos en el Ejército español, llevaban a éste como de la mano a descubrir en Marruecos, sin error posible, los deberes más delicados y difíciles. Por el honor, al deber. Gran consigna de vida, a diario acrisolada por aquellos oficiales, que iban solos, delante de su convoy trajinante o de su columna de soldados, por las llanuras polvorientas y por los senderos pedregosos, bajo un sol de fuego y entre silbidos de balas.

«Quand mon honneur y va, rien m'est précieux» *-dice el Cid de Corneille. Podríamos traducir libremente estas palabras diciendo: «Cuando mi honor está en juego, ¿qué me importa lo demás?»*

Se ha dicho de los españoles que «ponemos el honor por encima del deber». Acaso sea exacta esta atribución, pero entiendo que no sucede así por vana preferencia o por retórica vanagloria, sino que en la historia de nuestro Pueblo y de nuestro Ejército, el honor aparece sobre el deber como la luz sobre el cuadro, para iluminarlo de modo que mejor muestre su belleza.

En esto de subrayar realidades de España es útil, muchas veces, repasar textos extranjeros; y así, creo que fue Stendhal quien dijo que «el pueblo español ignora toda una serie de pequeñas verdades,

pero conoce profundamente las grandes, y tiene carácter e inteligencia suficientes para atenerse a sus últimas consecuencias».

¡Las últimas consecuencias! Hubiera sido muy sencillo y muy cómodo para nuestros militares de Marruecos ceder, siquiera fuese un poco, a las corruptoras voces que les llegaban, atenuar su propio ímpetu, escatimar heroísmos y disimular deberes, pero no hicieron tal porque tenían comprometido su espíritu «hasta las últimas consecuencias». Millones de españoles no supieron comprenderlo entonces; muchos son los que tampoco después han querido entenderlo, y todavía queda por esos andurriales del mundo, pudriéndose en vida, tal cual sujeto de baja condición que continúa, erre que erre, la obra de difamación antiespañola y antimilitar a que siempre vivió entregado. Que Dios y España le perdonen, y el Pueblo español lo recuerde.

En Marruecos, como antes en Cuba y en Filipinas, y, por supuesto, en toda su gesta exterior, americana, europea o africana, el Ejército español, con sus grandezas y sus servidumbres, sus excelencias y sus flaquezas, ha sido la expresión colectiva más fuerte y cabal de nuestro pueblo, la cifra más alta de nuestro ser nacional. Y es esa misma representación suprema del espíritu de España la que le ha convertido en blanco favorito de las ajenas bellaquerías y de las traiciones interiores.

Con el largo sacrificio de los capitanes de España en las guerras de Cuba habría para colmar de gloria las páginas más exigentes, y aquí hubo más de uno y más de cien que trataron de convertir no pocos de aquellos resplandores en baldón de ignominia. Los altos y claros motivos de orgullo que encierra el famoso «expediente Picasso» (vosotros, españoles jóvenes, no sabéis, probablemente, lo que fue aquel documento) piden frecuentemente el laurel y el mármol; y se pretendió entre nosotros transformarlos en oscuras razones de vilipendio contra el Ejército nacional. Nada menos que un Gobierno conservador, y unas Corles de abundante mayoría monárquica, armados del inolvidable «expediente», decidieron poner en la picota a nuestras Instituciones Armadas y convertir la honra del Ejército español en comida destinada a las fieras de la demagogia.

No prevaleció el conato de tan grave afrenta; porque en Marruecos defendían la vida de España unos jefes y unos oficiales revestidos de imperturbable serenidad y de fría cólera, impulsados por una resuelta voluntad de vencer y profundamente seguros del rumbo que debían seguir los destinos nacionales. Eran la seguridad, la decisión y la serena cólera que «casi le dieron miedo» a mi amigo el corresponsal, el día de Taxuda.

Sobre el Ejército de Africa se ensayaron todos los vituperios, incluido el de la cobardía. El Comandante de la Primera Bandera sale al paso, y cuando recuerda a los bravos de Igueriben, Dar Quebdani o de Arrof, escribe:

«En los primeros momentos del desastre, el dolor de la tragedia nubló la gloria de muchos de nuestros compañeros muertos en la defensa heroica de sus puestos; más tarde, humanos egoísmos dejaron en silencio estos hechos gloriosos. El pueblo sabe cómo se rindió tal posición, pero ignora cómo han muerto sus mejores soldados.»

Y termina la alusión a los héroes con este clamor: «¡Salve, gloriosos soldados de la Infantería! El horror del desastre no podrá nublar vuestra gloria.»

Momentos hubo en que se pensó en disolver aquel Ejército, en crear una simple fuerza mercenaria, separada de las raíces nacionales, llamada a extinguirse y a morir, como una caravana de aventureros, en los barrancos africanos. El Comandante Franco siente que otra vez le asoma a los ojos la frialdad de una patriótica ira, pero, sin perder su medida y su compostura, comenta:

«En nuestra vida de Xauen nos llegan los ecos de España; y vemos el apartamiento del país de la acción del Protectorado, y la indiferencia con que se miran la actuación y el sacrificio del Ejército; de esta oficialidad abnegada que un día y otro paga su tributo de sangre entre los ardientes peñascales.»

Como la Revista de Infantería recogiera algunos de los extravagantes proyectos militares a que acabamos de aludir, y esos proyectos equivaliesen al intento de aniquilar los mejores ímpetus de nuestras Instituciones castrenses, el Comandante Franco prepara unas cuartillas que en el DIARIO aparecen reproducidas, pero cuya publicación en la Revista no fue jamás autorizada. Era la primavera de 1921. Nuestro jefe legionario apuntaba la siguiente afirmación, que, leída ahora, alcanza valor de profecía:

«La campaña de Africa es la mejor escuela práctica, por no decir la única, de nuestro Ejército, y en ella se contrastan valores y méritos positivos. Esta oficialidad, de espíritu elevado, que en Africa combate, ha de ser un día el nervio y el alma del Ejército peninsular...»

AUN HE DE EXTRAER del DIARIO DE UNA BANDERA otra reflexión.

El verdadero alcance de este libro, es decir, la intención y propósito del autor, al redactarlo, no terminan -como he insinuado antes- con ser expresión de un sentido del honor y una interpretación del deber. Esto sería mucho; pero hay algo más: hay... «el hambre de acierto».

En las campañas del Oriente de Cuba, en las correrías y maniobras de Las Villas o de Pinar del Río, en el ir y venir por vericuetos y playas de Manila, Luzón o Mindanao, también se derrochó valor, y se llegó muchas veces a prodigios de sacrificio... Viniendo a días más cercanos a nosotros, ¿no hemos visto lo que fue, como sublime ejemplo de holocausto, la defensa de Igueriben en vísperas de Annual?

«El nombre de los defensores de Igueriben debiera figurar con letras de oro en el libro de nuestra Infantería -leo en el DIARIO-. El Comandante Benítez hizo de esta posición la defensa más heroica. Sin agua, sin víveres, Benítez resistía y el convoy no llegaba. Un día triste se desistió del socorro. Se les autorizaba a rendirse, a entrar en tratos con el enemigo; pero Benítez y los suyos conservan en su alma el temple de los heroicos infantes, y de labios de un testigo hemos oído el último telegrama: "Los jefes y oficiales de Igueriben mueren..., pero no se rinden." Y ponen fin a sus vidas con el más grande de los heroísmos.»

Esa grandeza de ánimo es digna de encendidas alabanzas, pero el primer Comandante de la Legión quiere más; mucho más; quiere... el acierto, la eficacia, la victoria. En este sentido, la generación militar que en 1922 se preparaba para ser «nervio y alma» de España muestra diferencias esenciales con lo que fueron los cuadros de jefes y oficiales de nuestro Ejército en amargas campañas anteriores.

Un cubano muy distinguido y bien informado de mil episodios de la guerra que preparó la independencia de su país, me contó hace años el siguiente episodio:

-«Estábamos mi padre y yo -decía el doctor Benigno Souza, que éste era el cubano a quien aludo- en el ingenio Mi Rosa cuando llegó una columna española mandada por el general... X. Pocas horas antes había pasado por Mi Rosa la caballería mambisa. El propio Máximo Gómez iba al frente.

»-Por mi rastro vienen los españoles -comentó "el viejo" hablando con mi padre.

»Alejóse el caudillo dominicano no más de tres o cuatro kilómetros y acampó en un potrero muy conocido.

»-Puede usted decir al general... X, que he estado aquí. No pase cuidado, que no lo tomaré a mal. Ya verá como esta vez no hay combate.

»Llegó, en efecto, muy a poco, el general en cuestión, con una columna fuerte, aunque fatigada. Los primeros soldados entraban en el batey del Ingenio cuando los últimos caballos de Máximo Gómez se internaban en el cercano potrero.

»El general interrogó:

»-¿Ha estado por aquí Máximo Gómez?

»-Por aquí ha pasado, en efecto, y no debe dé andar muy lejos.

»El General meditó un instante, y decidió:

»-Estoy seguro de que le tengo muy cerca; pero, ¡mire!; voy a cansar más a mis soldados; me expongo a sufrir unas cuantas bajas, y a ese zorro no le veré ni la cola. De modo que, vamos a descansar; y sea lo que Dios quiera.»

Aquel general era, sin duda, un hombre de honor, un soldado generoso y valiente, capaz de heroísmo; pero le faltaban el afán de acierto y la voluntad de vencer. Con nuestra gran generación de capitanes africanos, es decir, con esta que desfila por las páginas del DIARIO, ese «vamos a descansar» hubiera sido absolutamente imposible.

El General en Jefe y Alto Comisario de España en Africa, al referirse al llamado «combate de Annual», preguntaban «Pero, ¿se combatió en Annual?»

Es cierto que no se combatió; y precisamente en ese no combatir reside el secreto de la desventura que sufrimos. El Comandante de la Primera Bandera, a quien no duelen prendas cuando llega la ocasión, ha visto el problema con extremada claridad y nos ha dejado en el DIARIO este juicio verdaderamente severo:

«En Marruecos, la labor política y la militar han ido siempre emparejadas. No ha sido la ausencia de la primera lo que nos llevó, como alguien cree, al desastre de Julio. Si hubo algún error o desacierto, no es justo atribuir a ello las causas del desastre; examinemos nuestras conciencias, miremos nuestras aletargadas virtudes y encontraremos la crisis de ideales que convirtió en derrota lo que debió de haber sido un pequeño revés.»

Estas líneas invitaban en 1922 a muy seria meditación. Quien las escribió no había alcanzado todavía plenitud de autoridad nacional. Era no más que un comandante; una estrella solitaria en la bocamanga. Pero, ¡cómo ahondaba ya en ciertas capitales realidades del país! «Triste» le pareció el día en que se renunció a socorrer la posición del Igueriben; «triste», sin duda, porque acusaba un inconcebible letargo de «nuestras virtudes». Ahora, al referirse a la jornada de Annual, afirma que aquello no debió de haber sido sino «un pequeño revés». Y frente a la posición de Dríus, meditativo entre sus legionarios, asegura; «Cuanto más se avanza, menos se explica lo ocurrido. ¿Cómo no se habrá detenido en Dríus la triste retirada?»

¡Qué graves acusaciones lanzan nuestros nuevos capitanes contra unas ideas y unos modos que no han engendrado sino fracasos!

Resumen: Se pudo llevar un convoy de socorro a Igueriben, pero no hubo convoy; pudo reducirse la dificultad de Annual a los términos de un episodio sin importancia, pero acabó en un desastre; era perfectamente posible detener la retirada en Dríus, y, sin embargo, continuó el éxodo hasta terminar en las matanzas de Monte Arruit y de Zeluán. Los hombres -nos da a entender el DIARIO- eran buenos, los soldados magníficos, los jefes y oficiales fieles al concepto del honor, sensibles a la idea del deber y formados para el heroísmo. Sin embargo, ¿por qué cedieron a la pasajera adversidad? ¿Cuál fue el misterio de aquella desgracia? ¿Cuál la causa? Pase que alguna vez sea «sobrepasado el coeficiente moral de una tropa». Todos los Ejércitos han conocido trances parecidos. Recordemos las horas de Taxuda. El Comandante Franco siente respeto, humanísimo respeto, hacia los que vacilan un instante,

hacia quienes, cansados de combatir, flaquean durante un momento. No escribirá una sola palabra que pueda parecer humillante para quienes luchan y mueren por España... Pero clama ante todos y para todos en nombre dei espíritu; porque es necesario que los españoles vuelvan a confiar en las fuerzas del espíritu. Así se anuncia la nueva generación, que aspira a rescatar al país de los tremendos letargos de Cuba y de Filipinas, y de otros más próximos a nosotros, como los de Julio de 1921. «¡Volcamos nuestro espíritu! -dicen las notas de un día crítico. ¡Nuestro espíritu! Es decir: el que ordena y manda al jefe ser para los soldados un padre; el que dispone que una operación sea preparada con extremado celo y con útil cuidado para prevenirse en la medida de los humanos recursos contra todo posible fracaso; el que instituye una disciplina que ninguna fuerza podrá quebrantar jamás; el que exige la conquista de una posición, y obliga a que, una vez conquistada, se sujete decisivamente al dominio de la tropa conquistadora; y si por un azar del combate hubiera de ser abandonada, no dure el abandono más que el tiempo indispensable para lanzarse ardientemente, pero también lúcida y reflexivamente, a la reconquista; el que nunca, ¡nunca!, desespera ni cede al desaliento, sean cuales sean las circunstancias; el que, en fin, no se contenta con ofrecer a España caudales de honor y heroicos cementerios, sino que desea brindarle victorias.» Ese es el ánimo que prevalecería catorce años después de la publicación del DIARIO DE UNA BANDERA, y por eso fueron posibles, en nuestra Guerra de Liberación, el paso del convoy entre Ceuta y Algeciras, la defensa del frente aragonés con escasísimos medios de combate, la liberación del Alcázar de Toledo, la defensa de Oviedo y de Huesca, las jornadas de Brunete, las de Teruel, la resistencia en Extremadura, la batalla del Ebro... ¡el triunfo que culminó el día primero de abril de 1939!

Los tiempos del asalto a la posición de Izarduy (así llamada en recuerdo de un joven y brillante oficial), nos parecen ya legendarios.

Hay un lienzo de Mariano Bertuchi en que se ve cómo una sección de Regulares va a coronar la loma. Va a la cabeza el teniente Franco Bahamonde. Desde el puesto de mando de la columna, los jefes asisten a un espectáculo de verdadera belleza militar.

Lo mismo fue en el Biut, donde la muerte rondó muy de cerca a nuestro héroe. E igual en la playa de Axdir y en el Monte de las Palomas. Así en todas partes, a lo largo de los años, ayer como hoy, y hoy como será mañana.

No es sorprendente que el «espíritu» prevaleciera en Izarduy; pero cuando llegasen horas extraordinariamente más complejas, también prevalecería; porque en la historia de los Ejércitos, aun suponiendo una igualdad de preparación y de elementos materiales, la victoria se ha inclinado siempre del lado de la superioridad espiritual. Al Comandante Franco Bahamonde no se le ocurre jamás dar lecciones de valor y de coraje, que en este punto no necesitan ser aleccionados los jefes y oficiales del Ejército de España; pero le importa recordar, en nombre de toda una generación, que el heroísmo no debe limitarse a ser arrebato de una hora, renunciación de un instante, sacrificio de un día, sino que supone todo un modo de vida, una norma del existir, del sufrido existir cotidiano, entre silencios o, si es necesario, entre abandonos y desdenes. Como acontecía en Marruecos.

HE QUERIDO DAR a entender algo de lo que, a juicio mío, podemos leer entre las líneas del DIARIO. ¡Ojalá lo haya logrado!

Se ha dicho que es característico de la política española crecerse en los momentos de dificultad y abandonarse en los normales, sin meditar que del abandono en las horas de normalidad suele venir que sean muy sangrientos, y frecuentemente inútiles, los desesperados recrecimientos de los días difíciles.

El Comandante Franco Bahamonde, como Jefe de la Primera Bandera, cuidó de no abandonarse jamás; y no alcanzábamos a saber si vivía incesantemente en trance de normal dificultad o permanentemente en espíritu de difícil normalidad.

Nada de lo que le importaba solía quedar entregado al azar. (¡Memorable operación de sorpresa sobre las alturas del Visan!) Si había que improvisar alguna vez, la improvisación se parecía a la de esos oradores que rompen a hablar con gran fluidez sobre temas de diaria meditación. ¡Qué Primera Bandera de la Legión! En ella comenzó a transmutarse en viva sustancia española el retintín francés que precedió a su nacimiento. En ella empezaron a resucitar de verdad los Tercios; y a la Madelón sucedió la música celtibérica de los novios de la muerte. El Comandante Franco Bahamonde fue quien la formó, a imagen y semejanza de su propio espíritu, según verán quienes lean este DIARIO.

MANUEL AZNAR.

Madrid, julio de 1956.

Diario de una Bandera.

Comandante Franco.

Ofrenda

A los muertos por España en las filas del Tercio de Extranjeros.

Al Comandante Franco le vi por vez primera en Valdemoro, habíamos ido allí a un curso de tiro; me nombraron entre todos los compañeros encargado de hacer la Memoria y busqué, entre los que allí había, quiénes me habían de ayudar en tan ardua labor, y entre ellos y por natural impulso, por simpatía personal tan sólo, invité, entre otros, a Franco, de aquí nace nuestra amistad y el alto concepto que tengo de este Jefe.

Cuando hube de organizar la Legión, pensé cómo habían de ser mis legionarios, y habían de ser lo que hoy son; después pensé quiénes serían los Jefes que me ayudasen en esta empresa y designé a Franco el primero, le telegrafié ofreciéndole el puesto de lugarteniente, aceptó en seguida y henos aquí trabajando para crear la Legión; los Oficiales los elegí en la misma forma y así llegaron Arredondo, el primer Capitán, Olavide, el primer Teniente y todos los demás.

El Comandante Franco es conocido de España y del mundo entero por sus propios méritos y las características que ha de reunir todo buen militar, que son: valor, inteligencia, espíritu militar, entusiasmo, amor al trabajo, espíritu de sacrificio y vida virtuosa, las reúne por completo el Comandante Franco. Pasad a leer su libro y aunque él con sentida modestia no se nombra a sí mismo, ni hace del libro coro de interesadas alabanzas de sus compañeros, de la lectura iréis obteniendo quién es Franco y quiénes son los legionarios y los Oficiales de la Legión.

El Teniente Coronel Primer Jefe de la Legión Extranjera,

JOSÉ MILLÁN-ASTRAY

Primera Parte: El territorio de Tetuán

I - La organización

Octubre 1920

Al embarcar en Algeciras, se apiñan en las barcazas, al costado del barco, un centenar de hombres de distintos aspectos; al lado de los trajes azules de mahón, blanquean los sombreros de paja, trajes claros, rostros morenos curtidos por el sol, hombres rubios de aspecto extranjero y jóvenes mozalbetes de espíritu aventurero. Silenciosos, dirigen su mirada enigmática al barco que les ha de conducir a Ceuta y momentos después desfilan rápidos por las escalinatas, dirigidos por una clase.

En el barco, en franca camaradería, comienzan las bromas y distracciones, forman un corro sobre la cubierta, el juego del paso se generaliza y pronto españoles y extranjeros saltan y ríen dando al olvido su vida anterior. Parece que vuelven a ser niños; pero los fuertes vaivenes del barco imponen la formalidad y mientras unos se tumban, otros en pie dirigen su vista hacia la costa, adonde les lleva su nuevo destino.

Estos son los futuros legionarios; muchos de ellos han escrito con su sangre las páginas de este libro y yo les contemplo con la simpatía de los que van a encaminar sus vidas juntos.

Al llegar a Ceuta, una gasolinera se acerca rápida; en ella se distingue la silueta de nuestro Teniente Coronel Millán Astray, que, con gesto enérgico, agita su gorro en el aire; en el muelle nos abrazamos (Ya estamos juntos! Allí está el Jefe, y en el barco llega el material para la obra.

En minutos, desembarcan y forman los futuros legionarios, la gente se agrupa, se hace silencio y la voz enérgica del primer Jefe da la bienvenida a sus nuevos soldados que desfilan hacia la población. Se alejan en silencio profundo, con las cabezas erguidas y el paso firme, como aquellos que están poseídos de lo que significa ser soldado. Presenciando el desfile, la emoción nubla nuestros ojos, (es nuestro sentimiento legionario que alborea!

Entra en el cuartel la expedición, a su paso se agrupan los llegados en días anteriores, deseosos de saludar a los nuevos camaradas; pero éstos son conducidos a un pequeño patio donde ha de hablarles nuestro Teniente Coronel; con palabra elocuente les dice el compromiso que van a contraer; la Legión les abre sus puertas, les ofrece olvido, honores, Gloria; se enorgullecerán de ser legionarios; recibirán sus cuotas y percibirán los haberes prometidos; podrán ganar galones, alcanzar estrellas; pero a cambio de esto, los sacrificios han de ser constantes, los puestos más duros y de más peligro serán para

ellos, combatirán siempre, morirán muchos, quizá todos...

Los futuros soldados le miran fijos, parecen sentir sus palabras, y en algunos de los ojos de aquellos curtidos rostros se ve brillar la emoción; pero aún es tiempo, con una sola palabra pueden volver a sus puntos de origen; les basta con decir al médico que les duele la garganta, cuando les pasen el último y definitivo reconocimiento. No es necesario; en forma solemne y con las gorras y sombreros en alto, juran morir por la Legión.

Salen de filas los extranjeros; entre ellos se adelanta un alemán, antiguo oficial de la Guardia; otro italiano, aviador en su país, dos franceses, cuatro portugueses y un maltés; todos ellos con acento firme y en voz alta responden a las preguntas que les dirige el Jefe; avanzan luego los que han servido en el Ejército con anterioridad; guardias civiles y carabineros licenciados, antiguos soldados y clases del Ejército, el militar de profesión, el que sólo ha nacido para ser soldado.

Horas después, el reconocimiento médico ha apartado de este contingente una veintena, entre enfermos crónicos y hombres agotados o poco resistentes, sin salud para ser legionarios, y había que contemplar a aquellos náufragos de la vida suplicar y aun llorar para ser enganchados.

Entre ellos se distingue, por su interés en quedarse, un joven de aspecto enfermizo cuyos ojos lloran:

-(Señor, déjeme ser legionario! -dice suplicante-, que yo le prometo ser muy buen soldado. Mire usted que es una penitencia.

Y refiere cómo abandonó el convento en que iba a hacer sus votos atraído por el mundo, luego arrepentido quiso volver a él, y el Prior le puso, como penitencia para recibirle, que probase su vocación sirviendo como voluntario en la Legión Extranjera; si pasados cuatro años seguía con este pensamiento, podría reingresar en el convento.

El Jefe le mira, hubiera querido complacerle, pero su aspecto es tan débil que no podría resistir la vida de la Legión. No es posible, volverán a sus hogares. Los declarados útiles entran de lleno en la vida del cuartel.

EN LA POSICIÓN A, a tres kilómetros de la Plaza, empieza la organización de las primeras unidades de legionarios, cobran las cuotas de enganche, que alegremente gastan en la población, y en unos días de orgía se despiden de los placeres y atractivos de la vida ciudadana.

El 16 de octubre se ordena marchen a Riffien las tres primeras compañías organizadas, que pasan a constituir la primera Bandera de la Legión. Este lugar ha de ser en lo sucesivo cuartel de legionarios.

La instrucción comienza; en las explanadas los pelotones de legionarios se instruyen bajo la dirección de los oficiales, otros al pie del monte efectúan sus primeros ejercicios de tiro, pues muy pronto las necesidades de la campaña les han de llevar a un puesto de vanguardia.

Un grupo de cuarenta de estos soldados reciben orden para salir como acemileros a las operaciones de Xauen; los compañeros les ven marchar con sana envidia; todos ansían la ocasión de demostrar sus entusiasmos; y aquéllos, felices, alcanzan el honor.

La novela de la Legión empieza a tejerse. La vida ha reunido en sus filas hombres tan distintos que, perdidas en el mundo sus vidas, hoy se relacionan y unen; aquí se encuentran hermanos separados desde hace muchos años; cada día que pasa salen a la luz más detalles de su interesante

historia. Hoy es un legionario de edad madura y aspecto de hombre cansado el que cruza la calle; lleva la cabeza alta como los legionarios, pero su paso es algo perezoso, la plata de los años blanquea sobre sus sienes y salpica su barba descuidada; al pasar ante un oficial del Ejército, levanta su brazo para saludarle; el oficial se detiene se miran unos segundos y se abrazan llorando... Este oficial era su hijo... (Por qué distintos caminos les empujó la vida!

Otro día es el Teniente Coronel el que nos relata una anécdota de un legionario. En la puerta de su casa, un soldado alto, de barba rubia y rostro curtido, con aspecto de hombre de mar, permanece firme; con su mano derecha suspende un enorme pescado: ∗Mi teniente coronel -dice-, me he pasado la noche pescando este pescado para usía y aquí se lo traigo." Lo que había cogido por la noche era una Amerluza≅ que aún le duraba y había pernoctado fuera del campamento.

En la vida del cuartel se registran sucedidos curiosos; soldados que al ir a cobrar las sobras se olvidan del nombre que han dado al filiarse y tienen que acudir a mirar una nota escrita que llevan en el bolsillo. Otro legionario llega retrasado cuando se pagan las sobras (recibe este nombre el dinero que diariamente recibe en mano el soldado), se presenta al oficial y éste le pregunta:)qué quieres, las sobras? -Lo que deseo es lo lícito, no quiero sobras, contesta el interrogado dolido.

Así se van sucediendo mil episodios de la vida de estos hombres que bajo las Banderas de la Legión se sienten caballeros.

UNA LLAMADA al teléfono pone en conmoción al campamento; el Teniente Coronel da aviso de que un General inglés nos va hacer el honor de visitarnos, las órdenes para la información se suceden y un rato antes, al formar las compañías, se dice a los soldados que va a revistarnos un General extranjero.

Las unidades esperan formadas en orden de parada; un cornetín señala con sus notas agudas la llegada del visitante, suenan la Marcha Real inglesa y española y los legionarios firmes, inmóviles, como estatuas, se presentan en su primera revista. La música interpreta el Tipperary y con la alegre marcha inglesa revista la fuerza, seguido de nuestro Teniente Coronel, el veterano General de los campos de Europa.

Momentos después desfilan los legionarios. Es la primera vez que marchan reunidos; contados fueron sus días de instrucción; pero sus espíritus despiertos lo hacen todo, y poniendo sobre el hombro las armas, marchan con la gallardía y soltura de viejos soldados. La felicitación del general inglés fue el más alto honor para nosotros. Se iba satisfecho de su visita; el tiempo vino a ratificarlo; recientes están aún sus palabras en la prensa inglesa en defensa de la Legión Extranjera española, que conoció en sus albores.

Unos días después y en el llano del Tarajal se celebra la Jura de la Bandera de los legionarios alistados. A la hora señalada concurren en el llano las tres primeras Banderas en organización, y formados en tres extensas líneas, presentan las armas al paso de la sagrada Bandera; el Teniente Coronel les dirige breves palabras y les toma el juramento de fidelidad; a sus frases responden los legionarios con el gorro en alto jurando morir por la Legión, y besando la sagrada enseña desfilan marciales oficiales y soldados.

A los acordes de la Marcha Real se aleja por la carretera la Bandera en que prestaron su juramento los soldados, la vemos alejarse con emoción pero sin pena, (no es nuestra propia Bandera,

que aún tenemos que ganar...!

II - De Riffien a Uad-Lau

El día 2 de noviembre llega al campamento la orden de salida para Uad-Lau; el campamento hervía, la noticia era comentada, todos se disponían a preparar su marcha. Se entregan los equipos y los nuevos correajes *Mills+ de lona inglesa; los oficiales les explican la manera de ajustarlos y atienden a los mil preparativos de una tropa que, al moverse por vez primera, verifican con aturdimiento.

En la extensa explanada, al ruido del trajineo, se mezclan las órdenes y voces de mando. La llegada del nuevo ganado viene a aumentar el trabajo, se nombran los nuevos acemileros, se recoge el material y ultiman las disposiciones para la próxima partida.

El toque de silencio no pone fin al trabajo en esta noche; la luz de los faroles se ve ir y venir, y mientras la tropa, rendida, se entrega al descanso, siguen los oficiales y clases su tarea. Es ya muy tarde cuando el campamento duerme.

El amanecer del nuevo día coge a los legionarios levantadosla Babel del campamento se pone en movimiento, nadie está ocioso, todos trabajan para preparar la salida; una caravana de moros sube la calle principal del campamento; les conduce un oficial de policía; son los indígenas que han de ayudar a llevar la impedimenta.

Al toque de corneta forman las unidades, llega la hora de partida y a los compases de las cornetas desfilan los legionarios por la calle del poblado; detrás, perezosamente, marchan los mulos de la impedimenta.

La marcha se hace sin incidentes, la tropa camina a buen paso, las canciones se elevan de entre las filas y con los cantos regionales al ternan algunas de las canciones legionarias, las canciones de los soldados, las que ellos mismos han compuesto.

El sol se pone cuando damos vista al poblado del Rincón, término de la marcha. A la derecha de la carretera, las lagunas del Sir relucen como un lado de plata bajo los negros crestones de la sierra de Antera, y en la rinconada formada por el cabo Negro, inmediatas a la playa, blanquean las casas del poblado muerto, al reducir su guarnición se acabó el tráfico que a su calor VIVIR y las cantinas, con sus grandes letreros, permanecen cerradas. Este es el fin de muchos de los lugares donde se estabilizan las columnas; a su abrigo se van formando pueblos que luego languidecen y casi mueren al alejarse los soldados.

Los cantos siguen y el estribillo de la canción legionaria persiste en la columna:

Legionario, legionario soy,
Y mi niña, dice, cuando a verla voy,
(Niño mío!, yo quiero ser la primera
Que se abrace a la Bandera Ganada por la Legión...

Sólo detrás, en la retaguardia, se escuchan los juramentos de los acemileros en lucha con los

mulos. Varias cargas tiradas por tierra retienen a su inmediación a los soldados de la retaguardia con su oficial, servicio éste de lo más penoso en campaña; no ha de dejar nada tras de sí, debe entrar el último en el vivac. Así llega, ya entrada la noche, al campamento, en busca del merecido descanso, la sufrida sección de este servicio.

AL DÍA SIGUIENTE se reanuda la marcha a Tetuán. Raya el alba cuando se alinea, sobre la carretera polvorienta, la Bandera con su impedimenta, y pronto se rompe la marcha en dirección a Tetuán; a la salida del desfiladero el calor se hace sentir, no obstante ser esta época la del clima más agradable en esta zona, y los soldados recorren la recta carretera esperando dar vista a la ciudad de las mezquitas. Las conversaciones se animan; un cabo, antiguo oficial del Ejército, cuenta a otros sus operaciones en aquellos campos; vivió en Tetuán donde tiene amigos y amigas y su escuadra lo pasará bien; otro explica a los camaradas inmediatos la situación, a la derecha, de la finca Ruiz Albert, donde se produjo la agresión, comienzo de la campaña; un cabo habla de Alarcón y de la descripción que hace de la ciudad, y todos esperan contemplar la paloma dormida.

Un grito de alegría parte de la vanguardia, (Ya se ve Tetuán!, las siluetas de sus torres se dibujan en el horizonte y el griterío recorre las filas; al final de las huertas, majestuosa Y blanca, se alza la ciudad; la alcazaba destaca sus murallones ocres sobre las albas casas y a su píe, como ropa tendida, blanquean las sepulturas y azulejos de los cementerios.

Las huertas de la vega han recobrado su antigua paz; la guerra se ha alejado de aquellos lugares y sus torres blancas y cerradas sirven de recreo a los ricos de la ciudad, a cuyos muros nos aproximamos.

En la Puerta de la Reina se detiene la columna; ante nuestros ojos se presenta la parte más bella de la huerta tetuaní, 1 as casitas blancas duermen entre el verde arbolado y en el fondo del valle de Kitzan, sobre una pequeña colina de espesos olivos, se levanta la torre del Morabo.

Por esta puerta, entran en la ciudad gentes del campo: moras sucias y desgreñadas, cargadas con haces de leña; burros enanos que se tambalean con su pesada carga y moritos chicos de caras sucias, que miran con curiosidad a los nuevos soldados, -*(Paisa, trai pirra!* -es su saludo favorito, y algunos espléndidos les arrojan alguna moneda que se disputan, mientras otros, más prácticos, les contestan con dichos y bromas.

Después de un pequeño alto, desfilan por la plaza de España, ante nuestro general en jefe, los legionarios; la gente se apiña a su paso. Y es ante el desfile de estos recios soldados cuando se sienten las grandezas de la raza.

A la caída de la tarde Y después de un largo descanso, llega a las lomas de Beni-Madan la Bandera en marcha. Una hora antes había salido la impedimenta con una sección de protección y guías indígenas.

El sol se pone cuando se trata de establecer el vivac, pero los acemileros y moros no aparecen, se han perdido de vista; sin duda, han tomado otro camino Y les habrá sorprendido la caída de la tarde; se sube a las alturas, se mira el horizonte, pero la noche va tendiendo su velo, las sombras se confunden, el vivac se establece y el convoy no llega.

Aunque la región está pacificada, se hace necesario buscar la impedimenta, saber donde acampan, y varios policías salen en busca de la unidad perdida.

El alférez Montero manda el convoy; son sus primeros pasos en África. La noche cierra y todos pensamos en la Apapeleta≅ del joven alférez perdido durante su primera noche en los montes africanos.

La ausencia del convoy nos priva de los víveres e impedimenta, pero unos mulos que, rezagados en la marcha, siguieron nuestro camino, nos permiten condimentar una sopa, y en el poblado cercano se compra un toro para preparar un asado; esta es la comida improvisada del soldado. Nuestro menú no tiene variación del anterior y con la sopa tomamos unos trozos de solomillo asado que saben a lamparilla de iglesia y que en aquellos momentos nos parecen sabrosísimos.

Al acostarnos aquella noche, sin mantas, sobre la dura lona de las camillas, nos hacemos todos la misma pregunta:)qué será del convoy?)qué hará Monterito?

El galopar de unos caballos nos despiertan; son los policías que salieron en busca del convoy; no han encontrado nada, han recorrido los caminos, han gritado inútilmente. Hay que esperar la mañana.

EL TOQUE DE DIANA anima el campamento, pero mucho tiempo antes se siente el pasear de los legionarios. El frío les ha levantado del suelo. La ausencia de los equipajes nos iguala en confort, y amanecemos sentados al lado de las cocinas, esperando una sopa que la falta de café nos impone; y con esto y una lata de mermelada encontrada en el morral de un asistente, organizamos nuestro desayuno.

Antes de emprender la marcha hacia Misa, mandamos por nuestra derecha en busca del convoy, que se nos une al poco tiempo. Llegan rotos y negros, como si hubiesen pasado la noche entre carbón. Unos y otros se miran y ríen entre bromas y chascarrillos.

Hacemos un descanso en la marcha y sentados en una choza de la playa Sla (cafetín de pescadores), el alférez Montero nos refiere ante unos vasos de rico té su primer episodio de la campaña.

Les sorprendió la noche, los guías les habían llevado por otro camino y al notar que el sol se ponía sin ver venir a la columna, quiso Montero buscar un sitio a propósito para el vivac, y en una calva del monte se estableció sin notar que ocupaba una parcela quemada que fue lo que les tiznó cual carboneros. La noche la pasaron en silencio profundo, temiendo ser sorprendidos; desconocían la fidelidad de los moros de estos aduares y por esto callaron cuando se oían llamar por los indígenas que pasaron a muy pocos pasos de ellos. (La montiru!, acemileros, creían entender. Por esto no durmieron aquella noche.

El camino que seguimos serpentea a lo largo de la costa y después de remontar uno de los espolones de la montaña, coronado con una torreta, damos vista a un reducido y pintoresco vallecito rematado por extensa y tendida playa; en el centro del valle se alza, en una pequeña colina, la casa oficina del puesto de policía, y en la orilla del mar, cual delgadas piraguas, se mecen las barcas de los pescadores al efectuar el tendido de las redes, que más tarde retiran, en larga fila, una veintena de indígenas con paso rítmico.

En este valle y a la orilla del mar establecemos nuestro campamento; el martilleo de los pequeños mazos sobre los piquetes se hace sentir y, simétricas, se van alzando las lonas kaki de las tiendas individuales; delante, en las tiendas de los oficiales, ondean, con vivos colores, los banderines de las compañías.

El cielo está nublado, la tormenta se avecina y en pocos minutos una lluvia torrencial hace correr a los soldados a guarecerse bajo las lonas, otros, más prácticos, se instalan en los cafetines morunos, que ganan en unas horas lo que no han ganado en muchos meses. Allí sirven la pequeña sardina a la usanza del país, que salan y asan sobre las brasas; sardinas que, con el consabido té moruno, nos compensan de la vigilia de la noche anterior.

La lluvia pasa pronto y los legionarios empiezan los juegos. En la plaza corre el balón y, entre bromas y canciones, pasa la tarde.

El sol se pone, las cornetas rasgan el espacio, suena la oración, los soldados, firmes, saludan en silencio y en estos instantes de mudez y recogimiento parece que como un torbellino recorre el pensamiento la ola del recuerdo.

Al morir el día, el campamento torna al descanso y en la noche fría y nublada sólo se siente el chisporrotear de las hogueras y los pasos tranquilos de los centinelas.

LA ULTIMA JORNADA se hace penosísima; la lluvia sigue persistente, y el barro dificulta la marcha de la Bandera por el pendiente y resbaladizo camino que, después de cruzar grandes barrancadas, remonta los más altos espolones de la montaña. En las inmediaciones de un bosquecillo encontramos dos moros armados; saludan al paso; son una pareja de policías del aduar cercano; en otra revuelta del camino, unos moritos chicos corren asustados hacia el aduar, y recorriendo este apartado y pintoresco camino respiramos la paz de esta comarca pacificada sin posiciones militares; y en la que se desconoce la agresión.

Remontando los últimos montes damos vista al alegre valle del Lau, donde se asienta nuestro futuro campamento; la presencia del mar alegra el paisaje, y libres de la lluvia, descendemos por el pendiente y pedregoso camino de los aduares. Hay trozos en que los peñascos, formando grandes escalones, hacen el paso peligroso, pero nuestros caballos, entre equilibrios y resbalones, llegan al fondo de la barrancada por donde hemos de seguir la marcha, A derecha e izquierda, las laderas cubiertas del espeso bosque impiden todo flanqueo y ofrecen el lugar más apropiado para la emboscada; a la salida de esta larga cañada, el camino se ensancha siguiendo fácil hasta el campamento.

Unas descargas de los Regulares anuncian la llegada, las cornetas baten marcha y, en correcta formación, hacemos nuestra entrada; en la plazoleta nos esperan los oficiales, que nos abrazan con el cariño de hermanos, hermandad que habíamos de confirmar un día en el combate.

Muchos de nuestros oficiales reciben la visita y demostraciones de afecto de moros de Regulares y policías que sirvieron a sus órdenes en época pasada, y tras los interminables saludos, les van recordando los hechos de aquellos que gloriosamente dieron su vida por España.

Y entre el recuerdo de nuestra campaña anterior y la solicitud y afecto de nuestros compañeros, comienza alegre nuestra vida en Uad-Lau; mientras, en el pequeño zoco del campamento, moros y legionarios fraternizan también bajo las pardas lonas de los lóbregos cafetines morunos.

III - Seis meses en Uad-Lau

Antes de amanecer han salido los Regulares; la Bandera queda guarneciendo el puesto días antes ocupado por un tabor y dos compañías de infantería. El campo está en aparente paz y podrán completar su instrucción nuestros soldados.

En contados días, al descuido en limpieza de los indígenas, sustituye una era de policía; el zoco de cafetines y sus mugrientas tiendas se aleja a retaguardia, y las explanadas y calles del campamento brillan bajo el sol. La limpieza y policía es la característica de los campamentos legionarios.

La posición se encuentra situada a dos kilómetros de la playa, sobre una pequeña altura que avanza en el valle, en cuyo fondo corren las plateadas aguas del Lau; al sur, los montes de Gomara cierran el horizonte con su negro macizo; al oeste, entre las cresterías de la sierra de Beni Hassan, blanquea la cumbre elevada del famoso Kelti, y, cerrando el valle, como guardián de la puerta del desfiladero a Xauen, en una pequeña colina, se distinguen las tiendas de campaña de un campamento español. Hacia la playa, las verdes manchas de las chumberas que rodean los aduares ponen una nota de color en la monotonía de las tierras labradas, pero las cruza un estrecho camino que muere en la costa junto al bosque de olivos del cementerio moro.

El campamento es un conjunto de pequeñas y ruinosas edificaciones morunas, antigua residencia de la mehalla del Raisuni, en medio de las cuales se alza coquetona y blanca la casa oficina de la policía; a su inmediación, unos pequeños barracones sirven de alojamiento a los moros, y entre las edificaciones se levantan las tiendas de los legionarios. A retaguardia del campamento se encuentran diseminados el hospitalillo, cuadras, parque de Intendencia y estación radiográfica.

Este es el primer campamento de la Legión y en él se han de preparar para la guerra los legionarios de la primera Bandera.

LA VIDA EN Uad-Lau es de gran actividad; la proximidad del río permite que después del desayuno atiendan los soldados a su limpieza.

Momentos después comienza la vida militar en la explanada principal, dirigidos por un capitán, los legionarios, en mangas de camisa, efectúan sus ejercicios gimnásticos, que terminan con juegos de Asport≅. En la instrucción, los ejercicios de combate son muy frecuentes, y en ellos, las explicaciones teóricas se unen a la práctica del ejercicio.

Después de un descanso bien ganado, da comienzo la diaria instrucción teórica; es breve; en ella se cultiva el credo legionario, y los oficiales se extreman en ir formando la moral de sus soldados. Los capitanes y oficiales veteranos explican la guerra como la practicaron en Marruecos; los jóvenes reemplazan la experiencia de sus superiores con el recuerdo de sus cursos académicos y, poco a poco, en aquella agrupación de hombres, se van forjando y disciplinando los nuevos soldados.

El tiro es objeto de atención preferente con él se procura encariñar al legionario y se celebran concursos con premios en metálico a los mejores tiradores. En el concurso de campeonato, un suizo y un español se disputan el primer puesto; el español pierde un tiro y queda el suizo campeón.

La tarde es igualmente absorbida por la instrucción o el tiro; y al toque de oración, cuando muere la vida militar, empieza la de los legionarios en las cantinas y cafetines; a esta hora los Capitanes son solicitados para firmar vales para vino; el exceso de borracheras hizo que en estos primeros meses hubiese que limitar este consumo.

La vida militar de los Oficiales no acaba aquí; la administración de las unidades requiere tiempo y como las prácticas militares ocupan el día, durante la noche trabaja el Capitán, ayudado por sus oficiales o reparte los haberes a la tropa.

Algunos días, a estas horas de la noche, se reúnen los Oficiales y se ofrecen esas sencillas explicaciones sobre la guerra de Marruecos y la adaptación a ella de nuestros reglamentos, dictando normas para las prácticas de días sucesivos; pero se acaba pronto; otro día se seguirá, que bien merecido tienen el descanso

LA NOCHE NO es para todos de reposo en la campaña, la tropa que descansa tiene que atender a su seguridad y la compañía nombrada de servicio reparte sus puestos avanzados, y las patrullas recorren el campamento, donde de tarde en tarde se escucha el (alto! de los centinelas. El servicio de noche se hace a punta de lanza; nadie duerme, y un oficial, constantemente levantado y fuera de su alojamiento, recorre los puestos y cumple su servicio. Esta es la vida virtuosa y activa de los oficiales de la Legión.

CON EL DOMINGO llega el descanso de la semana. Es ya muy tarde cuando la primera corneta rompe el silencio, y en este día sólo por la tarde los juegos y el Asport≅ animan el campamento; se establecen pequeños premios y hay luchas, boxeo, Afoot-ball≅ etc. Otros oficiales pasean a caballo o se organizan fantásticas cacerías de perros en las que se va dando cuenta de los muchísimos perros salvajes que invaden el campamento.

EL JUEGO ESTA prohibido en la Legión. Los oficiales dan en ello ejemplo saludable y sólo en algún rincón de las barrancadas, próximas al campamento, un pequeño corro de soldados denuncia la presencia de alguna timba, que pronto es disuelta; estas faltas en la Legión se evitan pero no se castigan. La prohibición del juego hace que los oficiales se extremen en buscar distracción para el soldado, y los Amatchs≅ de boxeo y los saltos y concursos se generalizan.

Entre los boxeadores ocupa un buen lugar el descuidado William Brown, negro norteamericano, que ya es conocido por sus puños en los poblados cercanos; en sus paseos, los primeros días, los indígenas le creían moro, pero él, haciendo uso de su práctica en el boxeo, les hacía ver su origen norteamericano; su abandono en el vestir es característico y nadie conoce a William más que sucio y derrotado.

EL CAMPAMENTO va tomando su aspecto legionario; el ingenioso austríaco Werner ha

construido para el edificio más alto una curiosa veleta que representa a un oficial saludando. El viento la mueve, y cada vez que ésta recorre cinco metros, levanta y baja el sable el fantástico muñeco. Los naturales se paran al paso y miran curiosos la veleta, y los soldados, burlones, les imitan:)tu visor muñico estar diablo?

Gamoneda, el notable clown AKuku≅ de los circos españoles, entretiene a los otros con sus chistes y ocurrencias.

Un legionario, en los descansos, ofrece cinco duros al que le venza en lucha; otro, desafía en ejercicios de fuerza a distintos compañeros, y los días transcurren lentos y tranquilos.

UN PEQUEÑO barco hace la travesía a Ceuta y es el portador del convoy y del correo; sus visitas se ven limitadas por los constantes temporales y la falta de embarcadero; su llegada lleva de paseo hacia la playa a muchos soldados; una veintena de hombres se desnuda para efectuar las faenas de la descarga; el oleaje les moja hasta la mitad del pecho; pero, incansables, siguen su tarea durante varias horas.

La llegada del cartero con los encargos ha llevado también hacia la playa a muchos oficiales; allí les reparten la esperada correspondencia y sentados sobre la arena, leyendo sus cartas, sienten pasar esos momentos de melancolía que engendra el recuerdo.

OTRO DÍA, la presencia de un cañonero embarga la atención del campamento. Las rayas blancas de la chimenea nos dicen que es nuestro barco, así llamamos al cañonero Bonifaz que, mandado por el culto y experto capitán de fragata don Juan Cervera, vigila esta costa. El día es espléndido.)Se decidirán a visitarnos?...

Al saludo e invitación hecha por nuestra estación radiográfica, responde el barco con otro saludo; el comandante y varios oficiales bajarán a visitarnos.

Cuando llegamos a la playa, se acerca a la orilla la canoa del Comandante; desembarcan a hombros de los marineros y juntos emprendemos a caballo el camino del campamento.

En la explanada principal esperan formados los legionarios, que son revistados por nuestros visitantes; después de la revista, la Bandera efectúa algunas evoluciones; las ametralladoras, con rapidez y precisión, ejecutan un breve ejercicio de tiro y, rotas las filas, vuelve el campamento a su vida ordinaria.

Recorremos la posición y, después de enseñarles lo poco que el campamento tiene, nos hacen el honor de acompañarnos a la mesa. Los momentos transcurren para nosotros tan agradables que con sentimiento vemos llegar la hora de su marcha. (Alegran tanto las visitas en estos campamentos apartados!

A pie emprendemos el regreso de la playa; visitamos el bosque sagrado del cementerio moro y nos despedimos de los marinos que con su visita han roto la monotonía de nuestro campamento.

LA VIDA EN Uad-Lau tiene pocas distracciones, y sólo en los paseos hacia la playa, la presencia,

alrededor de los pozos, de las moras de los poblados, pone una nota alegre en la calma de la tarde. Los legionarios toman estos lugares como paseo favorito, y al caer el día son muchos los que se encaminan hacia la costa donde la vista se recrea con la presencia de moritas jóvenes que, ante la aparición de algún moro, aparentan huir como pajarillos asustados por la presencia del cristiano; algunos decididos las cortejan y los añosos olivos del bosque sagrado han sido muchas veces mudos testigos de la galantería legionaria.

LAS RIÑAS no existen y los que pretenden reñir son separados por sus compañeros y llevados a presencia del oficial, que, entregándoles los guantes de boxeo, les permite que diriman sus querellas entre las bromas de los camaradas, desahogados los nervios y reconociendo su falta, acaban dándose la mano y, amigos, se separan.

LAS NOCHES SON tranquilas. Una de ellas, el sonido de un disparo se siente en dirección al servicio. Nos dirigimos a visitar los puestos y nos detiene un A*halt qen vife*≅, con marcado acento alemán; es el viejo cabo Gustavo Hort (antiguo suboficial bávaro) el que nos recibe. Nos indica que fue del puesto inmediato de donde partió el disparo y al separarnos del veterano, sentimos, como los soldados de su escuadra, gran simpatía por el fiel cabo Gustavo, que un día de caffard desapareció del campamento. Nadie creyó en su deserción, (era tan buen soldado!

Llegamos al puesto del disparo. El cabo explica cómo el centinela, medroso, disparó su arma, creyendo ver algo, y para que el caso no se repita se le ordena dejar el fusil y que, armado de machete, lleve a la orilla del río un pequeño cajón, que recogerá la descubierta al día siguiente.

En la oscuridad de la noche vemos perderse la sombra del centinela; más tarde, el ruido de un disparo en dirección al río pone al puesto en marcha hacia allí, A los pocos pasos aparece el soldado que, libre del peso, regresa a seguir su servicio. Al día siguiente, el cajón estaba en la orilla del río.

El día de Nochebuena se celebró con espléndida cena por los legionarios; el vino corre y, entre cantos y alegrías, pasan hermanados la fiesta de Pascua.

Los alemanes han pedido autorización para reunirse, y un árbol de Noel, con sus múltiples luces, señala el sitio de su fiesta. Los oficiales les colgamos de las ramas botellas de cerveza alemana y ellos, afectuosos, nos brindan con canciones de su país, y al entonar su canción de guerra, las frentes se entristecen y vemos llorar los ojos de un viejo veterano.

La fiesta dura hasta el amanecer en que el campamento quedó en calma; ha corrido el vino y ni un solo incidente se registra. Los legionarios, para beber, no necesitan receta.

LA NOTICIA DE que en Gomara se concentra fuerte harca para atacar nuestras posiciones, hace aumentar las defensas del campamento; se colocan alambradas en los puestos avanzados y las prevenciones para el caso de ataque se multiplican. Nadie ha de disparar sus armas en el interior del campamento, las unidades marcharán en silencio por el camino más corto a su puesto en combate, las ametralladoras quedan apuntadas durante la noche, los vados del río son vigilados con pequeños puestos de policía; pero los entusiasmos bélicos de nuestros soldados se ven esta vez defraudados; no somos atacados, que de haberlo sido, empeñada y gloriosa había de ser la empresa de defender este extenso y abierto campamento (a 45 kilómetros de la Plaza) del ataque de la harca numerosa que

anunciaban. Hay que esperar otra ocasión; ya nos llegará el día.

UN SUCESO desgraciado llena de dolor nuestro campamento. Unos soldados legionarios conducen a un moro ligeramente herido en la cabeza. En su oficina, tendido en tierra, yace gravemente herido el bravo teniente de policía. Un soldado indígena había disparado su arma sobre el oficial, causándole heridas gravísimas y dándose a la fuga. Dos legionarios que trabajaban en una obra inmediata, sin más arma que el palustre, le persiguen en su huida y, no obstante hacerles el indígena varios disparos, le alcanzan y derriban después de golpearle en la cabeza.

Al día siguiente es castigada la cobarde traición y legionarios y policías desfilan marciales ante él cadáver del moro asesino. Una noche de dolor pasó por el campamento con la pérdida del teniente Malagón, excelso militar bondadoso y justo.

Unos días más tarde, otro legionario, Marcelino Maquivar, salva de la muerte en el río, con exposición de su vida, a dos moras enemigas que arrastraba la corriente.

UNA PEQUEÑA agresión alarma en la noche el campamento. A los primeros disparos nos arrojamos de la cama y sale hacia los puestos la sección de retén; se repiten los disparos, y una nueva sección va a rodear la barrancada. Al dirigirnos a los puestos avanzados oímos una voz que pide una camilla; en la agresión ha habido algún herido. Subiendo al puesto, encontramos a un joven legionario que yace tendido en tierra; está herido en una pierna y otra bala enemiga le ha destrozado la mano. Estaba arrestado y marchaba acompañando a la patrulla que llevaba el café a los puestos de servicio, cuando se vieron sorprendidos por las descargas enemigas. Se arrojaron al suelo rechazando la agresión y en la oscuridad de la noche dispararon sus fusiles sobre los fogonazos enemigos, al parecer sin resultado.

Las secciones regresaron al amanecer sin haber encontrado a nadie.

El herido fue trasladado al hospitalillo donde, después de una dolorosa cura, preguntaba preocupado si su comandante le perdonaría por encontrarse arrestado.

A su lado permanece el viejo cabo practicante Monsieur Colbert: ACugagás -le dice- le comandant a donné son pardón≅, y con amorosa solicitud le cuida como a un hijo. Este es el viejo Colbert, uno de los más extravagantes tipos legionarios. Cuenta fantásticas historias de su esplendor pasado y se llama a sí mismo el Doctor Colbert, cuyo nombre explota para sus conquistas amorosas.

EN LOS PRIMEROS días de abril empieza el bloqueo de Gomara. Se dice que se operará pronto pero, incrédulos, a todos nos parece que tarda la hora de salir de Uad-Lau; estamos cansados de la paz en que vivimos y la Bandera está perfectamente instruida y en espera de que la empleen. Los legionarios sueñan con ir a Xauen remontando el valle del Lau para unir la costa con la misteriosa ciudad.

Al campamento llega la noticia de que el coronel Castro Girona vendrá pronto a Uad-Lau y, en espera del avance que tarda, se nos hacen interminables los primeros días del mes de abril.

Por fin, el 16 se confirma la noticia de la próxima expedición; al día siguiente ha de llegar una numerosa columna para efectuar la proyectada operación sobre Gomara; en ella van a tener un puesto

los legionarios.

Las compañías empiezan sus preparativos para la próxima salida. Los seis meses de estancia en Uad-Lau han acumulado una serie de elementos y material regimental, inútil en el momento de la salida. Los carpinteros construyen embalajes, y cajones para almacenar el material y los capitanes revistan las unidades y elementos que han de tomar parte en la salida.

El día 17, por la mañana, desembarca en Uad Lau el coronel Castro Girona. Viene acompañado de su Jefe de Estado Mayor y varios moros. Los jefes de todos los poblados esperan en la playa y, a la llegada del coronel, unos le besan la mano y otros la estrechan con muestras de respetuoso cariño; entre ellos se encuentran varios jefes de los vecinos poblados de Gomara; el coronel monta a caballo y, tras él, sube toda la comitiva.

El campamento va revistiendo gran animación. Al mediodía se espera la llegada del Teniente Coronel de la Legión, que viene mandando la columna. Entra en la explanada un tabor de Regulares seguido de su inexplicable impedimenta. Todos tienen señalado su puesto para acampar y en una hora las blancas explanadas aparecen ocupadas por las tiendas y el material.

El movimiento dura hasta media tarde, en que, instaladas ya las tropas, nos reunimos los oficiales a cambiar impresiones. Allí se encuentra la oficialidad de los tabores de Regulares de Tetuán y Ceuta, Mehalla Xerifiana, Cazadores, Artilleros y Legión, todos los que van a constituir la nueva columna.

En medio del campamento de la policía, en una bonita tienda de campaña de construcción moruna rematada por una reluciente bola, se encuentra el coronel Castro Girona, rodeado de los notables de Gomara; los moros escuchan sus palabras como el credo de los xerifes; el té corre y, en aquella pacífica reunión, se ocupa la costa de Gomara.

Esta noche el coronel nos recibe y nos entera del objetivo de la operación. La punta de Targa, que tanto tiempo hemos contemplado desde nuestro tranquilo campamento, va a ser ocupada y en el vecino poblado de Kasares se colocará otro pequeño campamento,)Habrá resistencia? Se confía que no. El ascendiente del coronel Castro es muy grande entre los jefes de Gomara.

Esta última noche duermen poco los legionarios, la alegría reina y la invasión de los cantineros con sus explosivas bombonas nos ocasiona abundantes borracheras. Hay que atajar el mal: anochecido, se cierran las cantinas y se decomisa el aguardiente; pero el campamento no descansa; mientras unos cantan, otros sueñan en la nueva empresa con fantásticas hazañas.

IV - Operaciones en Gomara

Antes de amanecer ya está formada la columna. Sin toque previo se han levantado las unidades y al rayar el alba las fuerzas se ponen en movimiento. La columna es toda de tropas escogidas; ocupamos nuestro puesto en el grueso y emprendemos lentamente el camino hacia el vado del Lau.

Al paso del río el aspecto de la columna es pintoresco; un escuadrón de caballería indígena abreva los caballos agua arriba del paso; los soldados se meten decididos en el agua, que les llega por encima de la rodilla, y unos acemileros luchan con un mulo que, retozón, ha arrojado su carga en la corriente.

Pasado el vado se acorta la marcha, las unidades se reúnen y, siguiendo la costa, llegamos a la rinconada de Kasares; descansamos junto a unos arbolados mientras los Regulares e Ingenieros suben la cuesta del poblado y empiezan los trabajos de la nueva posición.

La marcha sigue en dirección a Targa; el estrecho camino va remontando el espolón del monte; a 1a izquierda, un profundo cortado cae al mar. Los barcos de la escuadra, muy próximos a la costa, siguen a la columna y las nuevas gasolineras recorren la orilla cual rápidas flechas. Delante, hacia la vanguardia, alcanzando el collado, se divisa la pintoresca caravana de los jinetes moros.

Por fin, después de un pequeño alto, damos vista al valle de Targa en cuya concha de mar azul echan el ancla los cañoneros de nuestra marina. Las casitas blancas, entre los huertos verdes que rodean la mezquita, permanecen en paz; algunas ostentan banderitas blancas y, en medio, coronado de la extensa playa, un enorme peñón de antiguo castillo, se alza dominante, mientras a su pie, como pequeñas hormigas, se ven llegar los jinetes de nuestra vanguardia.

Descendemos por el pedregoso camino que recorren las huertas y llegamos a la arena. A la sombra del peñón conversa el coronel con los notables. Unas gasolineras se acercan a la orilla. Empieza el desembarco de material, y la playa, antes desierta, toma extraordinaria animación con la llegada de las tropas.

Por la tarde, al desembarcar el Alto Comisario, son los legionarios los encargados de rendirle honores y, después de revistarnos, obtenemos, con su felicitación, la promesa de darnos la alternativa en las operaciones sobre Beni-Aros.

Este primer avance se hizo en plena paz. Los indígenas nos vienen a vender huevos y gallinas y nos transportan cargas de agua. Durante la noche ni un solo tiro turba nuestro descanso.

EL OBJETIVO DE la segunda jornada es la ocupación de Tiguisas, pero el camino de la costa está tan malo, que se decide la marcha por el interior, y al amanecer del día 19 nos internamos por el estrecho valle, entre los huertos de floridos naranjos.

Dejamos atrás el valle de Targa y remontando los altos montes que forman la divisoria, conseguimos dar vista al precioso valle de Tiguisas. La playa blanquea a lo lejos y en el fondo del valle, entre los plateados lazos que forma el río, se elevan los crecidos álamos que dan nombre a la ensenada. El verde valle se halla salpicado de casitas blancas que se pierden medio ocultas entre el arbolado.

La columna desciende hasta la orilla del río, donde toma el ancho camino de la vega y, después de atravesar los bosques sagrados dé espesos olivos, llegamos a la playa.

Próximo a la desembocadura del río Tiguisas, se instala el campamento; las tiendas se pierden entre el color de la arena y sólo los banderines de las compañías y los grandes coros de ganado se destacan sobre la extensa playa.

Los barcos se acercan a la costa y empieza el desembarco del material y víveres; por la tarde, el

levante intenta presentarse y, ante el peligro de no poder hacer la descarga, se efectúa ésta durante la noche, correspondiendo a los legionarios la penosa tarea.

La tienda del coronel Castro ofrece extraordinaria animación. Unos 40 moros esperan sentados en los alrededores de la puerta el momento de saludarle. Allí vemos al fiel Y simpático Kaid Ali, que siente por Castro verdadera adoración. Kaides viejos de barbas grises, montañeses curtidos, de aspecto guerrero, todos hacen su sumisión en este día; sólo uno no se ha presentado: el que habita aquella hermosa casa hacia el fondo del valle; pertenece a la familia de los prestigiosos Xerifes de Uazan y el coronel sufre con esto una pequeña contrariedad; pero a la mañana siguiente tiene la compensación: llega el notable Jefe, sus criados son portadores de un centenar de gallinas y numerosos huevos, que traen como presente al caudillo español.

EL KAID ALI DESEA invitar a comer en su casa a la oficialidad de la columna; el coronel acepta la invitación y un grupo de jefes y oficiales, con los comandantes de los cañoneros de la Marina, componen la caravana; cruzan el río y escoltados por montañeses armados siguen el camino alto a la casa del Kaid. En la ladera del monte, entre los árboles, se encuentra la casa; desde ella se divisa un precioso panorama; el campamento apenas se distingue; en el mar, los barcos de nuestra escuadra aparecen como pequeñas barquichuelas y a nuestros pies los preciosos huertos de naranjos nos envían su delicado perfume.

El Kaid Ali y sus familiares se extreman en las atenciones y nos sirven espléndida y bien condimentada comida, y son tan agradables el lugar y la paz de este campo, que las horas pasan y a nadie le apura la vuelta al campamento, (se está tan bien en la casa del Jefe moro!

Antes de caer la tarde emprende nuestra caravana el regreso por el camino de la vega, entre los floridos huertos de azahares.

En estos días de estancia en Tiguisas los legionarios no permanecen ociosos y mientras unos rivalizan con los ingenieros en la construcción de barracones, otros arreglan el camino de la costa que hemos de recorrer a nuestra vuelta.

VOLANDO PASARON estos cuatro días de estancia en Tiguisas y el día 24 se recibe la orden de salida para Uad-Lau.

En esta noche, mientras el campamento duerme, una gasolinera, con las luces apagadas, parte de la playa; en ella embarcan contadas personas; una es el coronel Castro, que marcha al campo enemigo a conversar con los prestigiosos Kaides de la zona rebelde. Muy pocos conocen la excursión; sólo nuestro teniente coronel espera en la tienda, intranquilo, su llegada. Antes de amanecer regresa la gasolinera; el coronel Castro vuelve satisfecho de su visita.

El regreso a Uad-Lau se efectúa en una jornada y, después de un alto central en la playa de Targa, que aprovechamos para comer, entra la columna, ya caída la tarde, en nuestro antiguo campamento. Todos regresan satisfechos del importante avance.

V - A Xauen

Cuatro días de descanso en Uad-Lau nos permiten levantar definitivamente nuestro campamento y el 30 de abril, formando parte de la columna Castro, avanza la Legión por el valle del Lau a efectuar la soñada unión con Xauen.

El objetivo del primer día es la ocupación de Tagsut, a la salida del desfiladero. La marcha en la primera parte se hace fácil; el camino recorre el extenso llano y al abandonar éste empieza el estrecho desfiladero. Dejamos atrás la posición de Kobba-Darsa, guarnecida por policías. El camino sigue por la derecha del tajo en que aparece cortada la alta montaña, por cuyo fondo corren las aguas del Lau, con bastante caudal en todas las épocas del año.

Las interrupciones en la marcha son constantes; muchos mulos caen, otros se despeñan e impiden la marcha de las siguientes unidades. En algunos lugares del recorrido el valle se ensancha un poco y, entonces, entre los altos y rocosos picos de Beni-Hassan y Beni-Ziat, separados por el río, vemos alegres y pintorescos poblados colgados, como nidos de águila, de la crestería rocosa.

El paso de la columna por unas esponjas de peñascos produce una detención mayor; los mulos de los ingenieros ruedan con sus grandes mazos de estacas y las tablas de los blocaos se encuentran diseminadas por tierra. Se hace preciSO ayudarles a cargar dejando expedito el camino, y los legionarios, con su espíritu de trabajo, van levantando los sufridos mulos caídos en el fondo de las barrancadas. El sol nos castiga con sus ardientes rayos y hace más fatigosa la jornada.

Durante el trayecto, en los lugares previamente señalados se establecen blocaos para puestos de policía y con los ingenieros quedan tropas nuestras encargadas de protegerles y ayudarles en los trabajos; de este modo, vamos dejando perdidas en el monte varias secciones de nuestras compañías.

Un arroyo cristalino que afluye al Lau nos ofrece en la marcha descanso y alivio, los soldados lo cruzan y llenan en él sus cantimploras, consumidas va en la primera parte de la penosa jornada. Después de un breve descanso, sigue la Bandera entre los frondosos bosques y peñascales, que, coronados por nevados y altos picos asemejan este paraje a los rincones de nuestra montaña norteña.

El camino tuerce a la izquierda bajo grandes acantílados y, dejando atrás el Lau, que corre rápido y espumoso cortando la montaña, llegamos a la orilla del Talambó, que, cristalino, salta entre las peñas. La temperatura es tan fresca al pie de estos acantilados y la fatiga de la marcha tanta, que damos a la tropa un prolongado descanso antes de cruzar el río y subir la empinada cuesta de los poblados.

Por un puente romano, algo deteriorado por la acción del tiempo, cruzamos el río Talambó y empezarnos la subida del pendiente camino.

Extensos aduares, con su mezquita de elevada torre, cruzamos al paso. Los chicos rodean curiosos a los soldados, mientras los perros, ariscos, nos ladran enseñando sus afilados colmillos. Unos moros

salen a nuestro paso con cántaros de agua con que obsequian a nuestros soldados. Y a la derecha, entre un espeso bosque de olivos, un bonito morabo de tejado rojo guarda los restos del milagroso santón de estos lugares.

Una gran hondonada, salpicada de fuertes olivos, es el lugar del nuevo campamento; próximo a él corre un pequeño arroyo que nos ha de facilitar la aguada; los caballos de nuestros jinetes se agrupan alrededor de los árboles y bajo un olivo mayor el coronel Castro conferencia con los caídes moros.

Cae ya la tarde cuando la Bandera entra en el Campamento, pero las tiendas faltan y el convoy todavía viene muy retrasado. Durante la noche van llegando los mulos. Unos acemileros montados han salido a su encuentro con un oficial consiguiendo reemplazar los mulos despeñados y recoger lo utilizable de su carga.

Los ranchos se toman cerca del amanecer y son las tres y media de la madrugada cuando 1legan a Tagsut las secciones dejadas con los blocaos a retaguardia.

Durante la noche, legionarios e ingenieros establecen otro pequeño blocao en el collado vecino y al amanecer emprende de nuevo su marcha la columna en dirección al Kala.

La operación transcurre sin incidentes. La harca amiga ha coronado durante la noche los altos picos y por ello la resistencia es escasa. Nos detenemos dando vista al extenso poblado del Kala, hasta que, enviados los elementos de fortificación y víveres a la rocosa altura, se sigue la marcha a Xauen.

A lo lejos, por la derecha, se ve avanzar la vanguardia de la columna de Dar Akoba; en ella forman los legionarios de las otras dos Banderas a las órdenes de nuestro Teniente Coronel, y con ellos nos cruzamos momentos antes de seguir la marcha.

La jornada, en esta segunda parte, se hace in terminable; el camino recorre la falda del gigantesco monte cruzando verdes prados y pequeños arroyos, en que sacian su sed nuestros soldados.

La preciosa huerta de Garuzin es lo primero que se ofrece a nuestra vista; sobre ella, las tiendas de la posición de Muratahar aparecen medio ocultas por los altos parapetos de tierra, y a nuestro pie, y en medio del arbolado, unos pequeños barracones grises señalan la presencia del campamento indígena. Al volver una curva del camino, bajo los gigantescos y cortados picos, las torres de las mezquitas nos revelan la ciudad oculta casi tras los negros paredones de las murallas.

Conforme nos acercamos al campamento se escuchan claramente los tiros de los blocaos del río que el enemigo hostiliza desde las espesas arboledas; los <<pa-cum>> retumban en la barrancada y alguna bala armoniosa y alta silba sobre nuestras cabezas.

El campamento queda establecido entre las huertas, próximo a los barracones de los Regulares.

A NUESTRA LLEGADA visitamos la misteriosa ciudad. Tiene la paz de los poblados magrebíes. Calles empinadas y estrechas forman la parte alta del pueblo, donde los olivos asoman entre los pendientes y rojizos tejados; una muralla alta y aspillerada rodea la ciudad dándole parecido con nuestros pintorescos pueblos andaluces y en el centro de la población se alzan los murallones de la Alcazaba, en cuyo torreón principal, cubierto de espesa hiedra, ondean las banderas mora y española.

La parte baja de la población es más interesante. La calle de la Sueca, con sus tiendas como cajones, ofrece a la venta con las telas de la ciudad las chilabas de rica lana, confeccionadas en sus

telares primitivos. Las chilabas de Xauen son apreciadas en todo el Norte de Marruecos, en el que tienen gran mercado.

Los babucheros abundan, aunque en más pequeña escala, y sus babuchas forman altas columnas en estos n ichos de las tiendas moras.

Al sur de la ciudad, el Barrio de los Molinos constituye uno de sus más bonitos rincones. El río salta entre los peñascos moviendo las ruedas de los molinos y, en medio de los frondosos árboles, corre por los canales descubiertos la cristalina agua de la ciudad.

El agua es el tesoro de este pueblo: debajo de los altos cortados del Magot, brota abundante y cristalina, surte la ciudad, riega la huerta y muere en el Lau después de haber movido los molinos.

La Plaza de España, abierta en medio del poblado, es la plazuela fea de un pueblecito español; en ella, los blanqueos fuertes de una mezquita resaltan al lado de los negros murallones de la Alcazaba y, a corta distancia, aparecen dominantes los cortados grises del pedregoso monte, desde donde el conocido "Paco Peña" hostilizaba hasta hace dos días a sus habitantes.

DURANTE LOS DIAS 2 y 3 de mayo se concentran en Xauen las tropas que han de constituir las nuevas columnas. Con nuestro Teniente Coronel llegan las otras Banderas de la Legión y por primera vez nos vemos reunidos todos los legionarios.

El día 3 en los momentos en que nuestro primer jefe revista sus unidades, una orden urgente de salida aleja de nosotros a nuestra segunda Bandera. Debe regresar a su puesto en el Zoco del Arba, donde las agresiones enemigas requieren su presencia. Así, se separan de nosotros en aquel día los legionarios de la Bandera hermana; marchan honrados con la confianza, pero resignados y tristes por perder la expedición, a seguir desempeñando su penosa e ingrata tarea.

La salida a operaciones ha sido señalada para el amanecer del día 4. Una Bandera va con cada columna y a nosotros nos corresponde el puesto en la del heroico general Sanjurjo.

Antes de amanecer nos encontramos formados y un ayudante señala nuestro puesto en el grueso. Nuestra contrariedad es grande. Los soldados cuya moral fue hecha para días duros, se descorazonan con la espera y los oficiales, que han servido en su mayoría en tropas indígenas, se sienten postergados dentro del cajón de la columna.

El objetivo de la operación es la colocación de unos blocaos en la salida de las huertas de Garuzin que eviten las incursiones enemigas hasta los muros de la plaza. Despliegan las vanguardias y, suenan algunos disparos; el fuego se hace más nutrido.

Cuando llegamos al lugar en que ha de colocarse el blocao, una orden llega para las ametralladoras y momentos después escuchamos su tableteo. Una compañía ayudará a los trabajos de fortificación, mientras las otras unidades permanecen sentadas cara al sol.

Al mediodía recibimos orden de que la Bandera vaya a otro puesto de la línea donde se piensa establecer un blocao en un espolón sobre el río y allí nos encaminamos a construir un alto paredón tras el que puedan trabajar los ingenieros. El combate está en aparente calma; cuando los legionarios dejan las armas y cargados con piedras se adelanta al lugar ocupado por las guerrillas de Regulares, un nutrido tiroteo parte de la gaba (monte bajo) del otro lado del río; las balas silban próximas y los legionarios encantados bailan de alegría con sus piedras, (Viva España!(Viva la Legión! , gritan entusiasmados; dos de ellos caen heridos por el plomo enemigo. Se recibe orden, por lo adelantado del día, de suspender el trabajo y retirarnos. Los legionarios se alejan contentos de haberlas oído silbar

cerca.

El día 5, y formando parte de la misma columna, sale la primera Bandera a ocupar un puesto análogo al del día anterior. Nos concentramos al abrigo del blocao de Miskrela y con sana envidia vemos trepar hacia el monte las guerrillas moras de los Regulares; de cerca seguimos su marcha; hay poco enemigo y tampoco parece que intervengamos.

El espíritu de trabajo de nuestra tropa hace que nos empleen como ingenieros, y allá van dos secciones a ayudar a la construcción de los blocaos, mientras los demás nos impacientamos con tanto reposo, tumbados sobre las ardientes peñas.

Unas horas más tarde, la situación del frente hace avanzar a la segunda compañía a reforzar la guerrilla de Regulares, ocupando los legionarios una línea de peñascos en la izquierda del frente, El fuego de los indígenas en aquel punto es muy grande; sin embargo, los legionarios permanecen sin gastar cartuchos.)Cómo no tiráis vosotros? , le pregunto en mi visita al fiel cabo austríaco Herben.

-Mi comandante -dice-, hay enemigo, pero está oculto en la barrancada y como no vamos a hacerle nada, preferimos no tirar.

La compañía efectúa más tarde su retirada sin haber tenido bajas.

La jornada había sido buena. La columna del coronel Castro, descolgando su Mehalla desde los altos picos del Magot, había caído por la espalda sobre la posición de Miskrela, poniendo al enemigo en huida y facilitando nuestro avance; sólo unos moros de esta columna, con la ambición de la *razzia+, se adelantaron hasta el vecino poblado de donde no habían de volver.

Las posiciones quedan guarnecidas por los legionarios y es ya de noche cuando llegamos bajo los muros de la ciudad del Monte.

DOS DIAS DE descanso siguieron a estas operaciones; descongestionado Xauen con las posiciones últimamente ocupadas, marchan los Regulares a descansar durante su Pascua y quedan guarneciendo Xauen la primera y tercera Banderas de la Legión.

En estos días efectuamos la colocación de varios blocaos en la orilla del río y lomas de Muratahar. La característica de estas operaciones es el sigilo con que se llevan a cabo, sin llamar la atención del enemigo con la aparición de grandes masas de tropas; y, sin casi hostilidad, se construyen en varias mañanas los distintos blocaos.

EN NUESTRA VIDA de Xauen nos llegan los ecos de España. El país vive apartado de la acción del Protectorado y se mira con indiferencia la actuación y sacrificio del Ejército y de esta oficialidad abnegada que un día y otro paga su tributo de sangre entre los ardientes peñascales.

(Cuánta insensibilidad! Así vemos disminuir poco a poco la interior satisfacción de una oficialidad que, en época no lejana, se disputaba los puestos de las unidades de choque.

Llega en estos días nuestra revista profesional con proyectos ideológicos de organización de este Ejército, sobre la base de una oficialidad colonial; esto es, sentencia a los de Africa de no regresar a España, privar al Ejército peninsular de su mejor escuela práctica, y seguridad en la oficialidad de la Península de no venir a Marruecos. La lectura de estos estudios y la peligrosísima decadencia del entusiasmo militar me dictó entonces las siguientes líneas, que, remitidas a nuestra revista profesional, no llegaron a ver la luz, no obstante la buena acogida que tuvieron por parte de su

Director, a quien debo por ello gratitud. Fueron escritas en Xauen, el mes de mayo del pasado año, y decían así:

EL MERITO EN CAMPAÑA

*Constantemente es debatida por los infantes la solución que debe darse a los problemas del Ejército de Africa, y en las páginas de esta Revista se publicaron trabajos encaminados a resolverlos, sin que la buena voluntad de los autores acertase con una solución en armonía con la futura vida de nuestro Protectorado y que no tendiese a destruir su espíritu militar y, como consecuencia, la buena marcha de nuestra acción. Los infantes en Marruecos leyeron nuestra Revista con la pena de que esos escritos no podían satisfacer a los que aquí trabajan y luchan.

+No pretendo yo resolver estos problemas, pues su solución se encuentra en lo ya constituido y en las personas que con prestigios justos y autoridad en el Protectorado encaminan éste a un rápido y definitivo término; mi deseo es sólo presentar a los infantes el peligro que encierra para el Ejército y para la acción militar, el querer solucionar estos problemas a distancia, sin que en la balanza, llamada de la Justicia, se sepan pesar las penalidades y sufrimientos de una campaña ingrata y el gran número de oficiales que gloriosamente mueren por la Patria acrecentando con su comportamiento las glorias de la Infantería (Ellos son los que hacen Patria!

+El problema militar marroquí es, en general, obra de infantes; ellos forman el núcleo principal de este Ejército y con los jinetes, en número proporcionado, nutren las filas de las tropas de primera línea. Infantes son los que en las heladas y tormentosas noches velan el sueño de los campamentos, escalan bajo el fuego las más altas crestas, y luchan y mueren, sin que su sacrificio voluntario obtenga el justo premio al heroísmo.

+En las recientes operaciones, las dolorosas bajas habidas hablan con más elocuencia que lo que estas líneas pueden decir. Allí murieron capitanes y tenientes de los gloriosos Regulares, oficiales entusiastas que llevaban varios años de campaña con estas tropa, a donde les llevó su gran entusiasmo militar y esa esperanza de encontrar un día el justo premio al sacrificio.

+El premio es el punto sobre que giran artículos y proyectos y se habla de oficialidad colonial como si el porvenir de nuestro Protectorado fuese el sostener aquí un numeroso Ejército y en la creencia también de que el oficial que con entusiasmo trabaja y se especializa en la práctica de esta guerra, aceptaría renunciar para siempre a su puesto en el Ejército peninsular.

+La campaña de Africa es la mejor escuela práctica, por no decir la única de nuestro Ejército, y en ella se contrastan valores y méritos positivos, y esta oficialidad de espíritu elevado que en Africa combate ha de ser un día el nervio y el alma del Ejército peninsular, pero para no destruir ese entusiasmo, para no matar ese espíritu que debemos guardar como preciada joya, es preciso, indispensable, que se otorgue el justo premio al mérito en campaña; de otro modo se destruirá para siempre ese estímulo de los entusiasmos, que morirían abogados por el peso de un escalafón en la perezosa vida de las guarniciones.

+Para nuestra acción africana, a nadie puede ocultarse que, de persistir esas ideas, se acabará el espíritu de nuestras tropas de choque, que si antes tenían numerosos aspirantes a figurar en sus cuadros, hoy se encuentran sin poder cubrir sus bajas de sangre, pues el horizonte que ve el infante es sólo esa gloriosa muerte que poco a poco va alcanzando a los que aquí persisten.

+Midan, pues, los infantes sus pasos, vuelvan la vista a estos campos marroquíes, fijen su atención en estos modestos cementerios que cobijan los restos de tantos infantes gloriosos y no se les ocultará la necesidad, para la Infantería, de que su unión en apretado abrazo sirva para que sin regateos injustos se otorgue el justo y anhelado premio al mérito en campaña. (Así habremos hecho Patria!+

HASTA EL 24 DE junio continúa en Xauen la primera Bandera; los paseos militares se repiten y el servicio de descubierta hacia el río se convierte, por lo extenso y accidentado del terreno, en una constante escuela de combate; y sin una agresión van transcurriendo los días de nuestra estancia en Xauen.

Una epidemia de fiebres tifoideas se presenta con caracteres alarmantes; muchos de nuestros soldados han pasado al Hospital; se toman enérgicas medidas sobre el suministro de agua y una activa campaña sanitaria parece disminuir el peligro, pero al salir el día 24 para el Zoco del Arba, nos vamos con el dolor de dejar en Xauen gravemente enfermo a nuestro querido médico Valdecasas, a quien no habíamos de volver a ver.

VI - Operaciones en Beni-Lait

Cuando llegamos al campamento del Zoco del Arba, reina gran animación; las cantinas Y establecimientos inmediatos a la carretera se ven concurridísimos con la llegada de las columnas, Los Regulares y policías se agrupan junto a los cafetines moros, y los claros y laderas del campamento se ven interceptados por carruajes y cañones de nuestra artillería.

Interminable se hace nuestro paso por enmedio de estas tropas, para llegar al pequeño y apartado campamento de la Segunda Bandera, donde se reúne la Legión a las órdenes de nuestro primer Jefe.

El día 25 salimos, a las órdenes del Teniente Coronel, formando parte de la columna Sanjurjo, a la ocupación de Ait-el-Gaba. Seguimos con el puesto en el grueso de la columna; nuestra esperanza de al ternar en las vanguardias se va viendo defraudada y los oficiales marchan tristes y pensativos. Hemos educado a nuestros soldados para ir en los puestos más peligrosos y para ello también se reunió bajo estas banderas una oficialidad entusiasta y decidida. Los soldados parecen participar de nuestra contrariedad y silenciosos ascienden por las laderas de Beni-Lait, hasta entonces refugio de los tiradores enemigos.

Durante la marcha, y cuando llegamos a una cumbre, nos asomamos a un collado; la presencia de unos altos y bien colocados montones de piedras llama nuestra atención; un soldado de Regulares, rezagado en la marcha, se acerca a colocar una piedra sobre uno de ellos. La curiosidad me hace preguntarle. Son los montones que forman los peregrinos de Muley Abd es-selam, cada vez que en su camino distinguen el santuario sagrado. Este día aumentan de tamaño: todos los Regulares han colocado su piedra.

Durante la primera parte de la operación seguimos formados en nuestro puesto, La caballería ha coronado las alturas y con poca resistencia llegamos a la posición, Los aeroplanos vuelan sobre nuestras cabezas bombardeando y una de sus bombas cae a pocos metros de nuestras secciones sin hacerle daño. El enemigo es poco numeroso y sólo la policía en el poblado y los Regulares delante de la posición sostienen él combate. En enervante espera, pasamos la mañana.

Al mediodía nos destacan en ayuda de la otra columna; cuando llegamos, el auxilio no es necesario, y al regresar aquella noche al campamento, escuchamos la copla que la ironía hace cantar a los soldados:

)Quiénes son esos soldados
de tan bonitos sombreros?
El Tercio de Legionarios
que llena sacos terreros...

-Esto es demasiado; para esto no hemos ve nido por segunda vez a Marruecos -dice un oficial. Nadie está satisfecho; en el semblante de nuestro Jefe se nota también gran contrariedad; aconseja

templanza; ya llegará el día; pero interiormente todos nos descorazonamos) Qué será de nuestro Credo?

El espíritu del legionario no por esto decae; los soldados siguen, con su espíritu de trabajo y sacrificio, llenando pacientes lo innumerables sacos terreros.

EL DIA 27, después de un día intermedio de descanso, sale la Legión con la columna a la operación de Salah. Nuestro puesto no varía, conforme pasan los días nuestra contrariedad es mayor, y en nuestras conversaciones respetuosamente rogamos al General un puesto de honor, ir algún día en la vanguardia.

Aquella tarde, y para la colocación de un blocao, el General me concede un puesto más avanzado; pero para ir allí tengo que prometer no tener bajas. Con esa promesa, me separo de mi Teniente Coronel y, haciendo milagros, cruzamos la zona enfilada y nos unimos a los Regulares; el enemigo es poco y nuestro apoyo no es preciso, pero nos dispararon unos tiros y nos silbaron unas balas.

EN LA OPERACION de Muñoz Crespo, llevada a cabo el día 29, parece variar la suerte de la Legión. Marchamos en nuestro puesto de la columna, cuando una reacción de las gentes del Sucan nos obliga a intervenir en el combate y, mientras en las alturas de la izquierda la segunda compañía tiene a raya al enemigo, avanza la primera en el frente rechazando a los harqueños, y consiguiendo retirar los policías caídos en la ladera. Varios soldados caen heridos, con el heroico capitán de la primera compañía don Pablo Arredondo. Los balazos que, atravesando sus piernas, parecen no tener gravedad, le retienen al año sin curarse; no quiere retirarse, pero sus piernas no le tienen en pie y casi a la fuerza se echa en la camilla.

El fuego sigue intenso durante todo el día y la Legión va alcanzando su nombre. En Buharratz, aquella misma tarde, escribe la tercera Bandera una de las páginas gloriosas de la Legión.

Es ya de noche cuando nos retiramos. A nuestro paso tropezamos varias camillas; una de ellas descansa en tierra, y en ella vemos al joven teniente García y García de la Torre, del grupo de Regulares. Este pobre chico, herido en el vientre, se ha caído dos veces de la artola, matándose el mulo que lo conducía, y le llevan ahora en la camilla dos moros pequeños y poco resistentes que se cansan de su pesada carga. Nos paramos a su lado; el teniente coronel González Tablas, allí presente, le dirige palabras de consuelo:

-No es nada, adelante; dentro de un mes está usted paseando con el Aguayabo≅.

-Yo no veré más al *guayabo+; el mulo me ha tirado dos veces; mi herida es mortal, pero no importa -dice el muchacho con su sonrisa triste.

Le animamos un poco y encargamos de su conducción a cuatro legionarios fuertes; un sargento con otros ocho escoltan al herido, y en las sombras de la noche vemos perderse la camilla con la preciosa carga.

Hacia el fondo del valle las hogueras de los poblados en llamas alumbran nuestro camino y bajando la interminable cuesta, al recordar al héroe que marcha en la camilla, pensamos en el dolor del Aguayabo≅ que le espera.

VII - En territorio de Larache

El día primero de julio, después de dos días de descanso, sale para el Fondak la primera Bandera; allí se reúne con la tercera Y el día 2 siguen juntas la marcha al Zoco del Telata en donde se concentra la columna que ha de efectuar las próximas operaciones.

A las doce de la mañana del día 5, bajo el ardiente sol, salimos a pernoctar en Kudia Umeras; el calor es sofocante y la menor chispa produce grandes incendios en los campos dorados.

El campamento se establece al pie de la Posición después de haber talado los numerosos cardos; la brisa de la noche parece querer compensarnos del sofocante día.

EN LA OPERACION del día 6 la resistencia enemiga no es grande; a la Legión le corresponde, con los Regulares de Tetuán, un puesto en el flanco derecho, y al amanecer avanzamos hasta la loma del arbolito, relevando a los Regulares de las distintas posiciones ocupadas en el flanco y sosteniendo durante el día fuego con el enemigo, que nos hace tres heridos.

En el frente, la columna principal mantiene combate más duro y a lo lejos vemos cargar a los escuadrones por las laderas de la loma del Trébol.

En nuestro frente se establece un blocao que queda guarnecido por los legionarios.

Durante la mañana se observa, desde nuestros puestos, una incursión de los moros de los poblados amigos por el frente de la derecha, que alejan al enemigo e incendian sus poblados; momentos después, densas columnas de humo se elevan de los aduares en llamas y hacemos la retirada a Umeras y Tasarutan sin ser hostilizados.

En este último campamento hemos de sufrir durante cuatro días un calor sofocante; los soldados se pasan el día metidos en el río o tumbados a la sombra de los grandes olivos; un fuego repentino y violento pone al campamento en peligro de ser quemado; una ola de fuego avanza sobre nuestras tiendas y es necesaria toda la actividad de los legionarios para, armados de ramaje, atajar el incendio y desviar el fuego; sólo unas tiendas se han perdido. Este día trasladamos nuestro campamento a la zona quemada.

EN ROKBA Gosal, pernoctamos el día 10. En la hondonada anterior a la posición se establece un enorme campamento; en el centro, el ganado de las unidades se encuentra formando grandes círculos. Las tiendas cónicas, alineadas en cuadro, señalan la situación de las fuerzas peninsulares, y los Regulares y Legión, con sus pequeñas tiendas kaki, se pierden en medio del terreno sembrado. En un verde, al fondo de la hondonada, entre los almiares de paja, se ven salir, cargados como pequeñas hormigas, una porción de puntos negros; son los soldados de la columna que preparan sus camas.

En la tarde de este día el General reúne a los Jefes y desde la posición explica la finalidad de la operación y misión en ella de las distintas unidades; enfocamos nuestros gemelos a las lejanas colinas, que se pierden en las brumas de la tarde, y enterados de nuestra misión, descendemos al campamento, que, con sus luces, nos parece un pequeño pueblo.

Cuando salimos, al amanecer del día 11, nos cruzamos con la columna del coronel Serrano, que, con la caballería, ha de cubrir nuestro flanco izquierdo y construir en él unos blocaos. El puesto que ocupamos en la columna tampoco es para nosotros satisfactorio, pero la experiencia nos dice que si hay mucho enemigo habrá tiros para todos.

Salimos como sostén de los Regulares y les seguimos tan de cerca que nuestra gente, entusiasmada, desea intervenir.

Unos disparos nos ocasionan varias bajas; el enemigo se ha declarado en huida y la columna efectúa sus saltos con gran rapidez. En una de las últimas lomas el enemigo resiste atrincherado; nuestra artillería de montaña coloca allí sus proyectiles sin conseguir ahuyentar al enemigo, pero está cerca la infantería de los Regulares que lo desaloja, poniendo fin a la resistencia.

En los barracones se recogen al paso varios cadáveres; dos legionarios sacan de entre unas matas un moro, ya anciano, herido; sus barbas blancas, como las de un apóstol, inspiran compasión; se le cura y retira en una camilla, y muere en el traslado.

El avance sigue y nuestras tropas van a intervenir en la acción; la Bandera despliega sobre Bab Es-Sor y mantiene fuego con el enemigo que hostiliza desde las barrancadas y peñascos próximos.

En el collado queda establecida nuestra guerrilla mientras se llevan a cabo las obras de fortificación.

En el barranco, unos legionarios han encontrado en el hueco de un árbol una mora del enemigo. La traen a nuestra presencia y nos encontramos con una mujer tuerta y fea que desmiente al bello sexo; (que se la lleven al General!, dice nuestro Teniente Coronel volviendo rápido la cabeza, (vaya una aparición para un combate! A las tres se emprende la retirada, quedando una de nuestras compañías en la importante altura, desde la que se ven, a lo lejos, como una pequeña mancha blanca, las casas del poblado de Tazarut.

Al regresar al campamento lo encontramos invadido de ovejas; durante la operación, un ganado ha llegado al pie del campamento; los rancheros y enfermos se lo han repartido, y a la vuelta de la jornada, al bullicio de los soldados se unen los balidos de los innumerables borregos.

LOS DIAS SIGUIENTES, hasta el 15, en que se concentra de nuevo la columna, son empleados en aprovisionar las posiciones y arreglar los pasos para las baterías, y aquel día, por la tarde, atravesando el llano entre los espigados trigales, vamos a pernoctar a Bab Es-Sor para emprender la marcha al día siguiente sobre el Zoco el Jemis.

Al amanecer hemos ocupado nuestro puesto en la columna y, después de una gran espera, en que las baterías preparan el avance de las tropas de Larache, nos adelantamos sin resistencia siguiendo el curso del río.

En el camino atravesamos un aduar entre un precioso bosque. Es el poblado de los locos y de los gatos. En la puerta de las casas se encuentran algunos moros; unos nos dirigen miradas recelosas y otros ríen a nuestro paso con risas de idiotas; varios gatos duermen indolentes, tendidos en la puerta, y todos permanecen pacíficos bajo los frondosos olivos. (Viven de la caridad y los indígenas les miran con cierto respeto religioso! Nadie se mete con ellos; por eso permanecen tranquilos a nuestro paso y neutrales en la contienda. Varios moros, especies de frailes, les rigen y este día, al paso de la columna, recogen muchas monedas. En la guerra se practica también la caridad. El avance por el llano se hace tranquilo, y sólo en la vanguardia se oyen los tiros de los montañeses.

La columna hace alto al acercarse a las lomas que rematan por la derecha el llano y entonces vemos uno de los movimientos más bonitos de la caballería; el enemigo resiste en los poblados de nuestro frente y los indígenas de la columna se ven detenidos en el avance; los jinetes caracolean y disparan sus armas sin decidirse a avanzar, y es entonces cuando vemos hacia el fondo unos caballos moros que, en rápido galope, avanzan por el flanco sobre el enemigo. Son los famosos jinetes del grupo de Larache. Sin detenerse, ocupan por la espalda los poblados que los moros defienden, haciéndoles huir por el fondo de las barrancadas.

En toda la tarde no se nos borra el grandioso espectáculo de aquella caballería decidida, que puso la más bonita nota en el avance.

Terminada nuestra lenta espera, una orden nos lleva en dirección de las posiciones ocupadas; ascendemos por la empinada cuesta y cruzamos el típico poblado. Todo está en desorden. Los libros árabes aparecen tirados y deshojados por la ladera; en los patios se encuentran molinos de mano construidos con grandes piedras, cacharros de barro, lana, granos, esteras sucias, todo lo que constituye el ajuar de estos modestos aduares.

Una estrecha senda nos lleva a la loma de las guerrillas, donde hemos de ocupar un puesto en el combate, pero el enemigo es poco y sólo sostenemos ligero tiroteo.

Regresamos a Bab Es-Sor ya entrada la noche, y al amanecer del día siguiente salimos a efectuar una rectificación de posiciones y colocar unos blocaos de enlace; el enemigo no nos hostiliza y a media tarde emprendemos la retirada a nuestro campamento de Rokba Gozal en que pernoctamos.

Durante el descanso del siguiente día nuestras conversaciones giran sobre el mismo tema...)Iremos a Tazarut? Creemos que sí. Los últimos avances han dado su fruto, se han efectuado muchas sumisiones y la situación política mejora notablemente. Esta noche ha de llegar el General en Jefe y nos acostamos con la esperanza de entrar pronto en las casitas blancas que vimos a lo lejos.

VIII - Camino de Melilla

Son las dos de la mañana. En el silencio de la noche escucho la voz del Teniente Coronel que ordena que llamen al Comandante Franco. No era preciso; salía de la tienda y me uní a él.

-)Sucede algo?)Hay que salir? -le pregunto.

-Tiene que partir lo antes posible una Bandera para el Fondak; como no sabemos para qué es ni adónde va, sortead entre vosotros. Lo mismo podéis ir a una empresa guerrera que a guarnecer preventivamente cualquier puesto de retaguardia.

En el sorteo corresponde salir a la primera Bandera. Acto seguido se llama a la gente y, a las cuatro de la mañana emprendemos la marcha. En el Fondak recibiré nuevas instrucciones.

Un misterio inexplicable rodea nuestra salida. Nadie sabe adónde nos encaminamos. Unos creen que se trata de efectuar una operación en Benider, otros que vamos nuevamente a las costas de Gomara; yo, sin saber por qué, pienso en Melilla. Hace días que se dijo en el campamento que las cosas no iban allí muy bien; pero lo cierto es que nadie sabía nada.

La marcha fue dividida en dos jornadas; a mitad del camino descansaremos en unos bosques próximos a Al-Yhudi en que el río nos facilitará la aguada y podrá bañarse la tropa. La marcha se lleva descansada con altos frecuentes que nos permiten llegar, ya avanzada la mañana, al lugar señalado para el reposo; bajo los árboles se condimentan los ranchos en caliente; los legionarios se bañan y después de una pequeña siesta sale la Bandera, a las tres, camino del Fondak.

La falta de guías hace que nuestra vanguardia tome por la pista y es ya anochecido y el Fondak no se ve. Un auto ligero pasa y nos explica que llevamos el camino largo de la pista y que aún tenemos varias horas de marcha. Nos tenemos que resignar a seguir el largo camino. Acortamos el aire de marcha; los descansos son más frecuentes y por fin vemos a lo lejos la luz del Fondak. Hacia ella caminamos sin llegar. Parece la lucecita de los cuentos infantiles que siempre se aleja. La cuesta se hace interminable. El viento sopla de cara en forma huracanada y son las once de la noche cuando llegamos a los muros del Fondak.

La tropa, rendida, permanece sentada a los costados de la carretera; la jornada ha sido terrible y necesita largo reposo; después de mil vueltas aparece el oficial que se adelantó con las cocinas y el convoy; los ranchos todavía tienen que condimentarse y, en la posición, las tiendas nos esperan sin armar; no las utilizamos; la tropa vivaquea y a los pocos momentos duerme tendida en las cunetas.

Durante la noche, el teléfono suena persistentemente: es preciso seguir a Tetuán, llegar al amanecer, (No es posible! La gente no puede más y necesita descanso, se quedaría media Bandera reventada en el camino. Llegaré lo antes posible; a las diez de la mañana estaré en Tetuán.

A las tres y media se toca diana, hay que despertar uno por uno a los soldados que, rendidos, permanecen sordos a la corneta y antes de amanecer descendemos por el desfiladero.

Nos han comunicado que vamos a Melilla, pero ignoramos lo sucedido. Pensamos sólo en una

intensificación de las operaciones en aquella zona y que nos lleven como refuerzo. Oficiales y tropa marchan contentos olvidando los kilómetros que llevan de recorrido y a las diez menos cuarto desfilan los legionarios por las calles de Tetuán. Al formar la tropa en la entrada de la ciudad, un paisano nos da la terrible noticia: Aen Melilla ocurrió un desastre y el General Silvestre se ha suicidado≅. Nuestra indignación es grande al oír estas palabras y obligamos a callar al caballero, que dando explicaciones se aleja, asegurando que se lo han dicho la noche anterior en el Casino Militar de Ceuta.

Minutos más tarde, en la estación, nos confirman la noticia; ya no es posible la duda; la oímos de labios muy autorizados. Sin embargo, creemos en la posible exageración. Tenemos que esperar hora y media antes de efectuar el embarque. Horas interminables, pues ya desearíamos estar en Melilla, conocer la verdad, ser útiles.

Por Ceuta pasamos rápidos; sólo nos detenemos el tiempo necesario para reparar las pequeñas faltas, consecuencia del período activo de operaciones y para dar tiempo al embarque del material y ganado; y al atardecer, con unos aires españoles, desfilamos por la población camino del puerto, donde nos espera el ACiudad de Cádiz≅.

Las noticias que recibimos antes de la salida son muy pocas. Se sabe que ha habido un gran desastre, que del General Silvestre no se tienen noticias y que el General Navarro organiza la retirada; (Ya no se supo más! La música toca la Marcha de Infantes, el Comandante General llega y con emoción escuchamos las palabras y cariñosos consejos del veterano soldado, y estrechando nuestras manos se despide el ilustre General, a quien tanta gratitud debe nuestra Legión.

El General Sanjurjo viene con nosotros como Jefe de la expedición, pues aquella noche han de embarcar también para Melilla dos tabores de Regulares de Ceuta y tres baterías de montaña con abundantes pertrechos.

La sirena del barco anuncia la salida, las músicas lanzan al aire las notas de sus himnos, los soldados, entusiasmados, cantan y los vivas a España se pierden al alejarse el barco había Melilla.

Por fin llega para nuestros soldados el descanso tan necesario. Llevaban dos noches sin dormir apenas y en día y medio habían recorrido más de cien kilómetros.

A la hora de la cena nos sentamos juntos, el General preside nuestra mesa, las conversaciones giran sobre el mismo tema, (Melilla! ; pero ninguno supone las proporciones del desastre; sentimos en nuestros corazones la presión del dolor patrio y nos parece que pasan lentas las horas que nos separan de nuestro destino.

Segunda Parte: El territorio de Melilla

I - La llegada

El cansancio de los días anteriores contribuye a nuestro descanso y está muy avanzada la mañana cuando salimos de nuestro camarote; la travesía es hermosa, el barco no se mueve y nuestro pensamiento vuelve a girar sobre el mismo tema:)llegaremos a tiempo?...)repararemos lo sucedido?

Sobre la cubierta damos los buenos días al General. Este ha recibido más noticias; los radiogramas recogidos por el barco durante la noche dicen poco más de lo que sabemos, pero se acaba de recibir un radio del Alto Comisario que manda: Aforzar la marcha todo lo posible≅, y pregunta: A)cuándo llegaremos?≅. Vamos a toda máquina y se llegará a eso de las dos.

Pasamos el tiempo sentados sobre la cubierta pensando en nuestra llegada; cogeremos el tren para ir a las líneas avanzadas, y hacemos cálculos sobre los lugares probables donde se habrá rehecho la columna. Es día festivo y nos avisan para la Misa; a ella asistimos, pero nuestro pensamiento vuela lejos, detrás de la columna que se retira.

Un nuevo telegrama para que vayamos más aprisa nos inquieta grandemente;)qué situación es la de esta zona que por minutos se requiere nuestra llegada? El capitán del barco nos dice que no puede andar más. Vamos a toda marcha; remontamos el cabo de Tres Forcas y pasamos cerca de la costa arenosa y cortada. Ni un árbol pone en ella una nota de vida, sólo a lo lejos blanquean al sol las casas de la ciudad vieja.

La muralla del puerto aparece llena de gente; la ciudad alta se ve también coronada de pequeños puntos blancos. Ya se distinguen las figuras; una nube de pañuelos se agita al aire como aleteo de palomas blancas, y conforme el barco se acerca vemos claramente la aglomeración de la muchedumbre.

Una sección de carabineros y una música se encuentran en el desembarcadero. Un oficial joven, con una banderita española, parece dirigir una agrupación de paisanos, y la música bate marcha. Los legionarios, que desde que se ve la ciudad están sobre cubierta, audaces han trepado a los palos del buque y otros en los cabos y escalas aparecen encaramados como grandes racimos. Las banderas y banderines se agitan en lo alto; nuestra música entona la AMadelón≅ y los legionarios cantan poniendo toda el alma en la canción.

Una gasolinera se acerca al barco; sube un ayudante del Alto Comisario y nos da la terrible noticia: ADe la Comandancia General de Melilla no queda nada; el Ejército, derrotado; la plaza abierta

y la ciudad loca, presa del pánico; de la columna de Navarro no se tienen noticias, hace falta levantar la moral del pueblo, traerle confianza que le falta y todas las fantasías serán pocas.≅

El dolor nubla nuestros ojos, pero hay que reír, que cantar las canciones brotan y entre vivas a España el pueblo aplaude loco, frenético, nuestra entrada.

Jamás impresión más intensa embargó nuestros corazones; a la emoción dolorosa del desastre se une la impresión de la emoción del pueblo traducida en vítores y aplausos. El corazón sangra, pero los legionarios cantan y en el pueblo renace la esperanza muerta.

El Teniente Coronel, subido en la borda del barco, saluda al pueblo de Melilla y le dice con palabras vibrantes y entusiastas que les llevamos la tranquilidad perdida, que allí está el heroico Sanjurjo que es la mejor garantía de éxito de la empresa, y sus palabras se acogen con clamorosas ovaciones, los vivas se suceden y el pueblo se desborda en entusiasmo.

En el mayor silencio desembarcan los legionarios, y con la música y Banderas en cabeza, desfilan los peludos de Beni Aros y en columna concentrada recorren el pueblo entre los vítores de la muchedumbre. Los balcones se llenan, los aplausos se repiten y las mujeres lloran abrazando a los legionarios.

Al paso de las Banderas se escuchan mil comentarios: Ahí va Millán Astray, miradlo qué joven. Estos son soldados; qué negros y qué peludos vienen. Mirad a los oficiales, qué descuidados, con sus trajes descoloridos; huelen a guerra. (Estos nos vengarán!

Una madre, llorando, pide que le busquen a un hijo que tiene en el campo, y al paso por los barrios se desborda el entusiasmo popular, cigarros, frutas, refrescos, todo es para los legionarios.

Las Banderas se separan a guardar la Plaza; la segunda sube la cuesta de Rostrogordo, y la nuestra emprende el camino de los Lavaderos.

Horas después llegan los Regulares a las órdenes del heroico González Tablas; el recibimiento es algo frío; la gente ignora el mérito de estos soldados que pelean por España; la mal llamada traición de los Regulares de Melilla hace que inspiren desconfianza; muy pronto prueban lo contrario.

Estos días habíamos de recibir las emociones más grandes de la vida militar, y nuestros corazones lloran la derrota; los fugitivos, a su llegada, nos relatan los tristes momentos de la retirada; las tropas en huida, las cobardías, los hechos heroicos, todo lo que constituye la dolorosa tragedia; Silvestre, abandonado; Morales, muerto; soldados que llegan sin armas a la Plaza; Zeluan se defiende, Nador también. Son las noticias que traen estos hombres, en los que el terror ha dilatado las pupilas, y que nos hablan con espanto de carreras, de moros que les persiguen, de moras que rematan a los heridos, de lo espantoso del desastre. Llegan desnudos, en camisa, inconscientes, como pobres locos.

La noche pasa tranquila; sólo el servicio avanzado ha ido recogiendo a los fugitivos.

II - Los primeros días

Al amanecer, un automóvil se adelanta por la carretera; el servicio no puede detenerlo; en él va el General Sanjurjo. En la Segunda Caseta conferencia con los moros de los poblados, a los cuales sorprende la inesperada visita. A su regreso, se detiene breves momentos en el campamento y marcha a conferenciar con el General Berenguer para la operación de aquel día.

Al mediodía, una columna compuesta de Legionarios y Regulares asciende por las laderas de Taguel Manin y Ait Aisa. Con ella marchan los indígenas de los poblados próximos a la Plaza. Mientras establecen las posiciones, los moros esperan recelosos; sus mujeres y ganados han sido internados en el Gurugú, pero antes de retirar nos les vemos regresar a los aduares. Las posiciones se establecieron muy rápidas y en ellas quedan dos compañías de la Legión.

Al mismo tiempo que se ocupan estas posiciones, una sección avanza cautelosa por la cuneta de la carretera y ocupa, sin ser vista, el fortín de Sidi Musa.

Al regresar esta noche, cruzamos por la población Regulares y Legionarios; los Jefes en cabe za juntos y los soldados uniendo sus filas han constituido una gran columna de a ocho. Así des filan ante el pueblo los que hermanados combaten.

EN LOS PRIMEROS días han llegado a la Plaza algunos batallones; el de la Corona y un tabor de Regulares se encuentran desde el primer día en el Zoco del Had; el fiel Abd el-Kader había pedido el auxilio de tropas para evitar el levantamiento de sus gentes. Todos sentimos gratitud hacia el noble caid, nuestro enemigo leal el año 9, que en momentos difíciles ha confirmado su fidelidad.

EL DIA 26 AVANZAMOS LA columna de Regulares y Legionarios, ya mermada con los destacamentos, en dirección a Sidi-Hamed-el Hach y el Atalayón. Rápidamente y sin disparar un tiro, la columna se posesiona de las antiguas posiciones. Los legionarios ocupan la loma que de Sidi-Hamed se extiende hacia Nador y los Regulares, en el flanco derecho, dan vista al Gurugú.

Recibimos la orden terminante de no alejarnos y de permanecer en esta loma cubriendo el servicio mientras se fortifica Sidi-Hamed. Desde ella se ve perfectamente el poblado de Nador. Numerosos grupos rodean la Iglesia; el pueblo arde; de la Fábrica de tabacos y Estación se levantan densas columnas de humo; otras casas han sido pasto de las llamas, y por los caminos del llano se alejan con el botín los mulos cargados.

En una casa, algo más alta y próxima al mar, vemos brillar un heliógrafo. Avanzamos hasta el extremo de la loma. La orden de no alejarnos nos detiene, (pero estamos tan cerca! Pediremos irnos repiten la orden de no avanzar más, de aguantarnos mientras se termina la fortificación.

En la posición hablamos con el General. Con él está nuestro Teniente Coronel, le pedimos ir al poblado, llevar un socorro a los que se defienden, El General participa de nuestra emoción; también él desea ir a Nador, pero hace falta guardar la Plaza, defenderla y estamos solos. (En la guerra hay que sacrificar el corazón!

El Teniente Coronel me lleva a un lado:

-He pedido -me dice-, ya que no podemos ir a Nador, mandar una Compañía; una Sección; algo que les dé ánimos y no puede ser; tengo esperanzas de que permitan enviarles ocho hombres con unos moros del vecino poblado a llevarles víveres y medicamentos.)Habrá muchos voluntarios para la empresa?

-Desde luego, muchísimos -le contesto- Preguntaremos a los que están aquí sin desplegar. Nos acercamos a los sostenes, se aproximan los soldados y el Teniente Coronel les habla:

-Allí están sitiados los defensores de Nador; hemos pedido ir en su socorro, pero las necesidades de la campaña no lo permiten; he pedido, sin resultado, mandar una Compañía; una Seccion, algo de que les dé ánimos y olivio. Lo único que nos conceden es que vayan unos cuantos soldados con dos moros a llevarles víveres y quedarse allí; la empresa es arriesgada; los que vayan seguramente no llegarán; tal vez mueran todos; si hay algunos de vosotros que desee ser de la empresa, que dé un paso al frente.

No terminó la frase. Los soldados han dado todos un paso hacia adelante...

-(Gracias! (Gracias!... -El Teniente Coronel se abraza al más próximo; sentimos honda emoción-. (Así queremos a los legionarios!

La empresa, por fin, no se lleva a cabo; los moros del poblado no se atreven a ir, creen que no podrán llegar, y a los legionarios solos no les dejan.

En Sidi-Hamed ha quedado destacada la quinta Compañía; las fuerzas de la Legión se reducen esta noche a una Compañía de Infantería, otra de ametralladoras y la Compañía de Depósito.

EL DIA 28, SE lleva el convoy a Ait Aisa, y Taguel Manin, sosteniendo fuego con el enemigo, y son relevadas las compañías que guarnecen es tas posiciones.

En este día, ha sido atacada la posición de Sidi-Hamed por el enemigo, y han sido heridos muy graves el teniente Marcos, de ametralladoras, el sargento alemán Heine y un soldado. Un convoy con dos escuadras, que había bajado a la plaza desde la posición, fue atacado igualmente por el enemigo causándole varias bajas.

Al día siguiente sale de nuevo la columna a Sidi-Hamed, para la colocación de unos blocaos y evacuar los heridos.

Los puestos ocupados son los mismos que los del día de la toma de la posición; nuestras guerrillas se extienden hacia Nador, entablando combate con el enemigo

En lo alto de las lomas de Nador se ve movimiento de moros; de allí se destaca un núcleo de jinetes que, en correcta formación, parecen venir hacia el combate; nuestras ametralladoras, preparadas, esperan en silencio, y cuando han entrado en la zona eficaz de tiro, rompen el fuego sobre ellos y en pocos minutos el fantasioso escuadrón se deshace y huye a la desbandada en dirección a los

barrancos, El fuego continúa y nuestra Compañía de Depósito se porta bravamente.

III - Sidi Amarán, Frajana y convoyes...

Mes de agosto.

La retirada la efectuamos al abrigo de las posiciones, ligeramente hostilizados.

DURANTE EL MES de agosto las salidas son casi diarias y el aprovisionamiento de las distintas posiciones requiere la presencia de la columna y librar combate con el enemigo.

Los Regulares y la Legión, sirviendo de van guardias a las distintas columnas, trepan por los peñascales de las vertientes del Gurugú y en ellos se sostiene empeñada lucha. Como en un chorreo van disminuyendo los efectivos de nuestras unidades.

La posición de Sidi-Hamed es constantemente atacada por el enemigo. Al fuego de fusilería se une el de cañón que le dirigen desde las lomas de Nador y picos del Gurugú; una compañía de legionarios y otra de línea guarnecen la posición y es jefe de la misma el comandante Arias, del batallón de Toledo. Sólo alabanzas hemos oído de las cualidades militares y dotes de mando de este jefe que defendió la posición de Sidi-Hamed de los intensos bombardeos y duros ataques enemigos. El mando, atendiendo a sus cualidades relevantes, le mantuvo en este puesto hasta la toma de Nador.

Todas las unidades de la Legión pasaron por este destacamento y muchísimos son los legionarios que se distinguieron en su defensa; un día es al extinguir el incendio del depósito de municiones, alcanzado por las granadas enemigas; otro al salir a recoger el material de los mulos muertos a la entrada de la posición y enfilados por los moros. Hoy a un soldado le lleva la cabeza un proyectil, mañana otro herido no quiere evacuarse.

Un corneta, en el parapeto, avisa con un punto los disparos de la artillería enemiga y al momento todos se guarecen en los abrigos.

Así se vive en Sidi-Hamed con el agua tasada y el convoy cada tres días.

Sólo Manolo, el valiente cantinero, visita a diario la posición; los legionarios le conocen. Él les lleva el correo y las frescas sandías con qué aliviar la sed; es portador de encargos, y a menudo atraviesa las zonas enfiladas para llegar a la posición. Una tarde le hieren gravemente al compañero, otro día le matan la caballería, pero él visita los puestos avanzados y ni un solo día les falta su correo.

En uno de los convoyes a Sidi-Hamed el enemigo nos prepara una fuerte emboscada. Es el día 8 de agosto. Al efectuar el paso por la segunda Caseta y cuanto toda la Legión ha entrado en el camino, una nutrida descarga hecha sobre nuestros caballos nos sorprende. Al momento, la fuerza se ha tendido y rompe el fuego sobre las peñas y chumberas de la barrancada; los legionarios y Regulares escalan rápidos las laderas, y el enemigo huye escarmentado; el fuego ha sido intenso, pero milagrosamente sólo nos han matado un perrito.

A LAS CUATRO DE la mañana del día 15 la columna del General Sanjurjo se concentra sobre la carretera de Hidun. Los escuadrones de Húsares marchan en la vanguardia. Después de media hora en que esperamos la concentración, subimos la carretera de la posición. Desde ésta, el general nos explica el objetivo de la operación y la misión de cada uno y los escuadrones despliegan ocupan do las lomas a la izquierda de Ismoar adonde nos dirigimos1. Un tabor de Regulares, saliendo del Zoco del Had, ha de avanzar por la izquierda hacia Sidi Amarán, mientras nosotros nos concentramos a vanguardia, detrás de la cortina de protección de la caballería.

Al llegar a las lomas de Ismoar, la caballería, pie a tierra, se encuentra desplegada; llevamos orden de esperar a colocar las baterías junto a la posición para reanudar el avance.

A la izquierda vemos avanzar a los Regulares sobre unos grupos de chumberas; detrás de la cerca que las rodea, se oculta numeroso enemigo; establecemos nuestras ametralladoras para apoyarles; los Regulares se adelantan y, sin esperar a las baterías, nos lanzamos al frente, desbordan do al enemigo y ayudándolos. Los moros huyen y dejan en nuestro poder algunos muertos.

El avance resultó precioso. Como si se tratase de un ejercicio, avanzaron por las dilatadas lo mas las guerrillas seguidas de cerca por sus sostenes, coronaron la línea de altura y, formando un extenso arco, se estableció la línea del Garet al mar.

El enemigo hostiliza en todo el frente, pero en unas ruinas en el extremo derecho de la línea, el combate es más empeñado; el terreno es muy quebrado Y los moros están próximos. Hacia las once de la mañana, el enemigo, aprovechando lo quebrado del terreno y oculto en unas casas que hemos dejado a retaguardia, efectúa enérgica re acción por el flanco de nuestras ametralladoras, llegando hasta pocos metros de las máquinas, los ametralladores se defienden valientemente, el enemigo es rechazado, pero sobre una de las máquinas fuere gloriosamente el bravo teniente Valero; dos muertos y ocho heridos se encuentran caídos entre las ruinas Y tres de los enemigos han que dado cara al sol -entre los peñascos.

La situación durante el día es buena en todo el frente.

Al mediodía consigo autorización del General para castigar los poblados de que partió la reacción y desde los que el enemigo nos hostiliza. La empresa es difícil; a nuestra derecha el terreno desciende en forma quebrada hasta la playa y al pie se encuentra una extensa faja de pequeños aduares. Mientras una sección, rompiendo el fuego sobre las casas, protege la maniobra, se des cuelga otra por un pequeño cortado y rodean do los poblados, impone castigo a sus habitantes; las llamas se levantan de los techos de las viviendas y los legionarios persiguen a sus moradores.

El enemigo trata de molestar la retirada; dos soldados, entretenidos en la Arazzia≅, se quedan alejados del grueso de la tropa, que se aleja a retaguardia; de pronto se encuentran entre los fue gos de los dos bandos; ocultos entre la arena se 1ibran de sus efectos, pero cada vez que intentan levantarse, moros y legionarios les dibujan con sus disparos; desde arriba les vemos perfectamente y sólo cuando nuestro corneta, tocando el alto el fuego, consigue llamar la atención de la sección de Arazzia≅, se pueden retirar los dos sol dados.

El repliegue general de la Legión se efectúa en completo orden; a los últimos soldados que se

1 Nuestro Teniente Coronel había marchado a España para reclutar nuevas Banderas; he tomado el mando del destacamento hasta que vuelva

retiran les envuelve una descarga de nuestras baterías; sólo uno de ellos es ligeramente herido, siguen con calma y al terminar la operación obtenemos la felicitación del General en Jefe.

EL DIA 23 ya se había incorporado nuestro Teniente Coronel y formando parte de la columna Sanjurjo, se efectúa una operación en el barranco de Frajana, sobre las inmediaciones del Zoco del Had. Cuando nos acercamos, se hace sentir el paqueo enemigo; las baterías ligeras se establecen y al estampido de los cañones siguen las explosiones de los proyectiles, en la barrancada los arbolados se cubren de velloncitos blancos y los Regulares se pierden por el pendiente sendero del poblado.

Los tiros de uno y otro bando se multiplican; barranco arriba vemos desplazarse la bandera española que tremola en la vanguardia, en las manos de uno de los moros Regulares, pero muy pronto desaparece del campo de nuestros gemelos.

En el fondo del barranco se destaca un caballo blanco. Es el del Teniente Coronel de Regulares, que avanza con sus unidades. Por la cuesta sube perezosamente una camilla. Con los gemelos, distinguimos las botas de oficial. Al acercarnos, se detiene; el alférez Sánchez Guerra viene en ella, herido; al preguntarle por la herida se levanta y, rígido, nos saluda. (Qué madera de militar la de este alférez de complemento, que voluntariamente combate a las órdenes de González Tablas!

Ya le corresponde el puesto a la Legión; una compañía cruza el barranco y se pierde entre los árboles del arroyo; un rato después corona la próxima meseta; sus uniformes kaki se pierden entre las piedras de las lomas ocres.

Al cruzar la barrancada, un paso difícil detiene a las acémilas; en pocos minutos la sección de zapadores ha arreglado el camino y pronto truenan en la meseta los disparos de las ametralladoras. El enemigo se mantiene alejado, hostilizando débilmente.

EN EL CONVOY a Sidi-Hamed el Hach, el día 28, toma parte un tren blindado; el enemigo se presenta, como en días anteriores, hostilizando vivamente a las fuerzas de protección; de Nador se acercan bastantes jarqueños, cuando siguiendo la vía se adelanta el tren con precaución; a su paso levanta numeroso enemigo, que es batido por nuestras ametralladoras que, preventivamente, han enfilado los pasos. La sorpresa causada ha sido grande y las bajas enemigas muchas.

El día transcurre sin episodios. El convoy ha entrado en la posición y se mantiene a raya al enemigo; sólo hacia Nador la presencia del tren blindado ha llevado numerosos grupos.

Al recibir la orden de la retirada, la compañía más avanzada adelanta unos soldados en dirección al tren para que se retire; éste empieza su retroceso y la unidad se repliega al abrigo de la tercera Caseta.

Esperamos unos minutos y el tren no llega,)habrá tenido avería, o le habrán levantado la vía a su retaguardia?... Las lomas antes ocupadas por nuestras tropas se coronan de enemigo y las balas silban; al galope sale un ordenanza a detener la retirada.

El enemigo se ha metido entre el tren y nosotros. Unos ordenanzas salen por la playa. El fuego enemigo les mata los caballos y tumbados en tierra se defienden a tiros. Del Atalayón avisan que por la carretera de Nador se acerca una fuerte jarca. A unos ciento y pico de metros los moros aparecen en las cunetas de la carretera; los fogonazos de los disparos se suceden, y una sección nuestra, parapetada

en el terraplén de la vía, avanza sin ser vista sobre ellos. Sólo les se paran breves pasos. Los legionarios se arrojan bravamente sobre el enemigo que, sorprendido, huye y el tren que llega rompe sobre ellos su nutrido fuego. La sección sube en el tren y la masa negra y acerada aparece en la tercera Caseta.

El enemigo sigue hostilizando, pero se ve detenido por el fuego de nuestras posiciones, mientras nosotros, por la orilla del mar, nos retiramos rápidos.

Al día siguiente, unos prisioneros evadidos nos confirman nuestros cálculos sobre las bajas enemigas; se pasaron la noche con los moros buscan do con faroles los muertos en el combate y cuan do regresaron a Nador, cerca del amanecer, golpearon a los prisioneros que allí había.

IV - Los blocaos

Las noches pasan tranquilas en el sector de nuestro servicio. El enemigo no hostiliza nuestros puestos y sólo a lo lejos escuchamos el cañón del Gurugú y los pegajosos Apacos≅ de los blocaos.

En la noche del 30 de agosto el Apacul≅ retumba constante en dirección a Taguel Manin; algún blocao o posición debe de ser atacado. Al acercarnos al extremo de nuestros servicios, el fuego sigue con la misma intensidad; a los sonoros Apacos≅ suceden descargas de fusilería. Los reflectores, a lo lejos, alumbran el monte enfocando las vertientes del Gurugú y el blocao Mezquita; al fuego de fusilería se unen las detonaciones de las bombas de mano, unos tiros sueltos; a esto sucede un período de calma.

Cuando intentamos dormirnos, se recrudece el ataque; son las tres de la mañana, las descargas vuelven a repetirse y los disparos del enemigo se suceden largo rato; unos disparos más y la no che vuelve a su silencio.

Nuestro Teniente Coronel habla con el General y a las cuatro de la mañana nos encontramos formados en el frente de Mezquita; allí nos reunimos con los Regulares y, organizada la columna, ascendemos por las pendientes laderas de Taguel Manin.

El enemigo, desde el poblado, nos dirige algunos disparos; la columna sigue por el pie de la posición en dirección al blocao. Cruzamos la van guardia por encima del aduar y cuando, atravesando una casa mora, salimos cerca del blocao, nos reciben con un descarga, (No tirar!(eh!, gritamos avanzando. Por un agujero del parapeto un grupo de moros se arroja barranco abajo y es perseguido de cerca por los legionarios.

En el blocao reina el mayor desorden. Dos cadáveres, de un sargento y un soldado, yacen apuñalados entre los sacos; un reloj colgado en la pared marca la hora; municiones, libros, panecillos, víveres, una botella de coñac; todo está revuelto en el reducido espacio entre los sacos; una maleta ostenta en un costado el nombre de un oficial. En la salida encontramos un soldado muerto caído sobre las alambradas; más tarde, otros tres cadáveres aparecen en dirección a la posición. El doloroso cuadro nos lo explica todo.

)Qué será del oficial, qué suerte les habrá cabido a los otros defensores? Reconocemos los alrededores sin resultado, preguntamos a la posición y allí les encontramos.

El oficial baja a ver al general; trae el traje roto, de su paso por la alambrada. Inconsciente, cuenta a todos su trágica noche. El general le interroga; le vemos alejarse y, sentado sobre una piedra, con la cabeza baja, empieza su confesión. Cuando se levanta, el general está muy contrariado. (Desgraciado!, exclama.

Cuando abandonaron el blocao quedaban en él el sargento herido y un soldado de cuota; se han portado muy bien, dice; ninguno de los dos quiso retirarse. Una ola de pánico había, sin duda, pasado por aquellos hombres que corrieron más peligro al abandonar el blocao que habiendo extremado su

defensa; días más tarde, este oficial puso fin trágico a su vida.

Se ha fantaseado tanto sobre este hecho, que sólo por ello inserto en este capítulo el triste episodio de que fui testigo.

El fuego dura casi todo el día; las compañías sostienen intenso tiroteo y, arreglado el blocao por los ingenieros, queda desde este día guarnecido por un cabo y quince legionarios.

En el avance y luego durante el día, tuvimos un soldado muerto y seis heridos.

ESTE BLOCAO, conocido desde entonces por el Blocao de la Muerte, ha sido en las siguientes noches objeto de los ataques enemigos; su situación molestaba tanto a los moros durante el día, que trataron de obligar a su abandono. Aprovechando la oscuridad de la noche y lo difícil del terreno, les arrojaban granadas de mano intimidándoles al abandono; (que dejaran los fusiles y les permitirían salir! les chillaban; la techumbre iba quedando destruida y entre el montón de sacos los legionarios se defendían. Todas las mañanas se reedificaba el blocao y su guarnición era relevada.

Tales relevos son indispensables en estos pues tos avanzados, donde lo reducido de las guarniciones mantiene sin descanso al soldado, que, después de la tensión nerviosa del combate, necesita la tranquilidad reparadora; de este modo, tal vez se evitaría, en algún caso, que entrase el desaliento entre los defensores, pues saben que con el nuevo día les llegará el relevo.

Otra medida a estudiar es la de dotar a estos blocaos de doble número de fusiles y evitar los recalentamientos tan frecuentes del armamento en los momentos culminantes del ataque. Las granadas de fusil, desconocidas en esta campa ña, son también el mejor complemento para la defensa del blocao y posiciones.

Los ataques al Blocao Mezquita sólo cesaron cuando lo defendió el cabo austríaco Herben, hombre valiente e ingenioso, confeccionó, con latas y dinamita y balas, unas rústicas granadas de mano, y en la noche, cuando el enemigo se reunía en el lugar desenfilado de la barrancada para atacarle, sale, arrastrándose con su granada prendida y próxima a explosionar, la arroja en medio de los atacantes. Un gran estampido seguido de enorme griterío y maldiciones fue el epílogo de los ataques al Blocao Mezquita.

No es sólo el blocao que, defendido por legionarios, es objeto de preferencia en los ataques enemigos; desde el primer día, bautizaron los soldados al blocao de Dar Hamed con el sobrenombre de Ael Malo≅; su situación, debajo de las laderas rocosas del Gurugú, molesta a los moros en sus agresiones y la mayoría de las noches es atacado, siendo grande el número de soldados heridos en su defensa o aprovisionamiento.

EL 14 DE SEPTIEMBRE fue relevado el blocao y guarnecido por un oficial con tropas del Disciplinario y en la noche del 15 al 16 es de nuevo atacado.

En la tarde de este día, el enemigo ha roto sobre él su fuego de cañón desde las laderas del Gurugú; un cañonazo ha caído en el blocao y su oficial es herido; el fuego de fusilería es, al mismo tiempo, muy intenso, el enemigo lo rodea y espera conquistarlo.

De la Segunda Caseta avisan al Atalayón que el blocao tiene herido al oficial y necesita auxilio. El teniente Agulla, que manda las fuerzas de la Legión destacadas en este último punto, quiere ir en

su socorro; no se lo permiten; sus hombres son necesarios en la defensa de su posición. Entonces reúne a la tropa y pide voluntarios para ir con un cabo a reforzar el blocao durante la noche. Todos se pelean por ir, entre ellos escoge a un cabo y catorce legionarios que ve más decididos, es él cabo Suceso Terrero, cuyo nombre ha de figurar con letras de oro en el Libro de la Legión. Saben que van a morir, antes de marchar, algunos soldados hacen sus últimas recomendaciones; uno de ellos, Lorenzo Camps, había cobrado días antes la cuota y no había tenido ocasión de gastarla; hace entrega de las 250 pesetas al oficial, diciéndole:

-Mi teniente, como vamos a una muerte segura,)quiere usted entregarle en mi nombre este dinero a la Cruz Roja?

Anochece cuando llegan al blocao; el enemigo lo ataca furiosamente y dos soldados caen heridos antes de cruzar las alambradas, pero son recogidos; cuando entran en el blocao encuentran al oficial gravemente herido y otros soldados están ya muertos.

La noche ha cerrado y el enemigo ataca más vivamente; un enorme fogonazo ilumina la posición y un estampido hace caer a tierra a varios de sus defensores; los moros habían acercado sus cañones y bombardeaban el blocao furiosamente; en pocos momentos Ael Malo≅ había desaparecido, y sus defensores quedaban sepultados bajo los escombros, (Así se defiende una posición!(Así mueren los legionarios por España!

V - A Tizza y Casabona

Sigue la columna la carretera de Hidum, deja atrás la posición de Sidi Amarán y extendiendo sus guerrillas por las peladas lomas llega al Garet, posición ocupada por una compañía y batería y desde donde se domina el camino de Tizza.

Los jarqueños hostilizan desde las lomas próximas y legionarios y Regulares se encargan de ocupar las alturas y aduares para proteger el paso del convoy. Los barrancos y cañadas son perfectamente vigilados, las balas silban y el convoy entra sin novedad en Tizza.

Durante el estacionamiento y tiroteo con el enemigo hemos tenido herido al alférez Villalba, de la Segunda Bandera.

A la izquierda, en dirección al Zoco el Had, se escucha un vivo cañoneo; con auxilio de los gemelos distinguimos el convoy de Casabona; sus mulos forman una larga reata que se acerca a la posición; en unos minutos las balas han tumbado a muchos de ellos; los vemos detenerse, vacilar y correr los conductores a acogerse a la posición y poco a poco desaparecen del campo de nuestros gemelos los mulos del convoy; sólo dos o tres bestias galopan por la meseta arrastrando su carga.

Hacia la izquierda, en dirección al Zoco, se ve ir y venir como un hormigueo las guerrillas peninsulares. El movimiento de tropas nos indica lo que ocurre y para allí salimos en socorro una Bandera y una batería. Atravesamos Río de Oro, subimos la pendiente loma del Blocao de la Corona y una compañía de legionarios, descolgándose por el valle, avanza en dirección del lugar del convoy. Cuando llegan, las tropas se han retirado; recogen un mulo abandonado en la ladera y sigue la marcha en retirada hacia Melilla.

Este día no habíamos combatido sólo en este frente; una sección de legionarios quedó en el campamento encargada de efectuar el relevo del Blocao Mezquita, hostilizado por el enemigo; es herido el teniente Salgado que la mandaba.

En el campamento habían quedado con los enfermos los asistentes y rancheros. Al mediodía ven que la posición de Ait Aisa es bombardeada por el enemigo, que le dirige, también fuego de fusilería. En la posición se observa movimiento; unos soldados corren por la ladera. La posición peligra.

El capitán Malagón toca llamada y reuniendo a los soldados enfermos y rancheros, sale rápido en socorro de la posición; dos oficiales llegados aquel día le acompañan en la empresa y pronto escalan los peñascos inmediatos al Barranco del Lobo y llevan a la posición el nuevo aliento. El capitán Malagón es herido muy grave de dos balazos y el alférez Cisneros levemente; la tropa ha tenido un muerto y tres heridos.

Este mismo día, la primera compañía, destacada en Sidi Hamed El Hach, sufre los efectos del intenso bombardeo enemigo y es herido el capitán Franco y cuatro soldados.

En un mismo día la Legión se ha batido y ha derramado su sangre en cuatro frentes.

Frente al Zoco del Had y adelantada en la meseta se encuentra la posición de Casabona. El camino que a ella conduce recorre la estrecha meseta que cae por la derecho al valle de Río de Oro y por la izquierda termina en las pedregosas y cubiertas barrancadas del Gurugú. Este ha sido el lugar donde el brillante batallón de la Corona escribió una de las páginas más gloriosas de su historia militar.

El paso a aquella posición hace ya días que se ha hecho muy difícil. Los moros, fuertemente atrincherados durante la noche en el flanco iZquierdo del camino, obligan para llevar el convoy a sostener duro combate.

El día 8 de septiembre la Legión y Regulares se trasladan al Zoco del Had para constituir la vanguardia de la columna del General Neila y proteger el convoy a Casabona.

Desde la posición del Zoco, rodeado de espeso muro de sacos, se domina el terreno en que se ha de desarrollar la acción; en las trincheras enemigas se ve el movimiento de los moros detrás de los parapetos; una tierra removida señala la situación de una nueva trinchera, Las órdenes para el avance están dadas, y un tabor de Regulares, a las órdenes del comandante Ferrer, se separa de nosotros para seguir por el borde de la barrancada de la izquierda en dirección a las trincheras, mientras el otro tabor y la Legión, descendiendo por el valle de Río de Oro, abordarán la posición por el flanco derecho.

Establecida una batería en el Blocao de la corona, para desde allí proteger el avance de nuestras tropas, nos concentramos sin ser vistos en la cañada por donde hemos de abordar al enemigo. Este, parapetado en las cercas y trincheras de las viñas, no ha advertido nuestra proximidad. Una pequeña casa a retaguardia del primer parapeto parece formar un reducto central y detrás de la misma nuevas trincheras constituyen la tercera línea de resistencia.

Los Regulares, por la izquierda, buscan el contacto con su tabor, y la Legión, por la derecha, ha de ocupar las cercas y casas en que se encuentra al enemigo.

Las olas de asalto están preparadas, y a una señal de nuestro Teniente Coronel los legionarios se lanzan rápidos y alcanzan la primera cerca, y mientras unos se corren por los costados a coger de flanco la segunda, otros, saltando el parapeto, consiguen llegar a la casa central, arrojando de ella a los moros defensores. Los sostenes que siguen próximos a las guerrillas entran también en el cercado, y con los sombreros en alto, los vivas a la Legión se repiten y la bandera negra y amarilla ondea sobre la pequeña casa mora.

Los moros en su huida han abandonado sus muertos, y desde las trincheras y casas del barranco hostilizan, queriendo recuperar la línea perdida; sus empeños son vanos; muchos caen, y varios moros, cara al sol, yacen tendidos delante de nuestros parapetos. El camión blindado, que fue inutilizado días antes, se encuentra a pocos metros, ocupado igualmente por el enemigo, que desde él nos dirige certeros disparos.

Una sección de la quinta compañía, a las órdenes del teniente Sanz Prieto, saltando la segunda cerca, gana un parapeto, avanzando unos quince metros. Una estrecha trinchera le enlaza con la línea por la Legión ocupada; pero se encuentra tan cerca de las troneras enemigas, que van cayendo muertos y heridos la mayoría de sus soldados.

La segunda compañía refuerza este punto. Las reacciones enemigas son contenidas y el combate sigue empeñado a muy corta distancia. Los muertos y heridos se multiplican y las bajas del pequeño

parapeto avanzado son muy difíciles de retirar. Nuestros agentes de enlace toman parte activa en este empeño; pero el terreno está tan enfilado y el fuego es tanto, que el momento contemplamos a nuestros pies moribundo al bravo Blanes, el aristócrata granadino, abanderado de la primera Bandera.

-(Viva España, viva la Legión! -dice cuando le llevan.

Los muertos y heridos se van amontonando detrás del pequeño parapeto; los balazos en la cabeza abundan, y el joven médico del Río se multiplica para curarles:

-A éstos ponedles el sombrero -dice.

Son los que con el cráneo destrozado no necesitan auxilio; y a los gritos de AViva España≅ y AViva la Legión≅ muere a nuestros pies lo más florido de nuestras compañías.

Una voz grita: A(el teniente!, (el teniente!, le han herido≅.

Rápidos saltan dos el parapeto y con la cara ensangrentada retiran al teniente Sanz Prieto; la sangre afluye de su boca destrozada, pero, animoso, grita: AViva la Legión, viva la Le...!≅. no puede decir más.

El médico le coge, y pronto unas niqueladas pinzas penden de la boca ensangrentada. Un rato antes había avanzado animoso con su pequeño acordeón que le servía de mascota.

El teniente Vila también ha sido herido en los brazos. Un sargento retrocede de los primeros puestos con la cara roja de sangre; al pie del camión fue herido en la cabeza; alegre exclama: A(me ha herido, pero le he matado!≅

Se retiran las cajas del parapeto avanzado, y, por último, llegan un cabo y un soldado cargados con los fusiles. Los otros soldados les abrazan. (Se había retirado todo!

Se levantan los parapetos y el combate sigue empeñado durante todo el día; del Gurugú bajan grandes refuerzos para el enemigo, y éste intenta varias veces reaccionar sobre nuestras líneas, pero se les ve caer y los vivas y ovaciones se repiten.

A la izquierda, los Regulares tienen muy empeñado el combate. El tabor del comandante Ferrer ha sido castigadísimo; el enemigo ha defendido el terreno palmo a palmo. González Tablas acaba de ser herido. Nuestro Teniente Coronel, que no se ha separado de nosotros ni un momento, toma entonces el mando de toda la línea; no vemos a otro Jefe.

El fuego sigue, y el teniente Penche, que por muerte de los apuntadores dirige el fuego de una de sus máquinas, recibe un balazo en la cabeza. Se le recoge muerto; sólo un hilo de sangre brota de su frente: sus presentimientos se cumplían.

El teniente Manso ha sido también herido.

Para retirar las bajas nos auxilian con gran espíritu un practicante y varios soldados del Regimiento de Sevilla, que varias veces acudieron a las guerrillas, ayudando a nuestros camilleros en la sufrida y difícil tarea.

El convoy había llegado sin novedad a Casabona, y a retaguardia, hacia el Zoco del Had, se activa la construcción de un blocao.

Momentos antes de la retirada empiezan a caer en el cercado los proyectiles de los cañones enemigos.

Declina la tarde cuando nos retiramos. Los moros intentan reaccionar, pero las últimas secciones les mantienen a raya, y con facilidad nos apartamos del lugar del combate.

El General Sanjurjo sale a recibirnos. Nos abraza con emoción; había perdido doscientos de sus mejores soldados. Las bajas de la Legión pasan de noventa; la tercera parte de los hombres que habíamos llevado al combate.

La orden general del Ejército del día 10 de septiembre, en Melilla, dice así:

A*En la operación del día 8 sobre Casabona, tuvieron ocasión, el Tercio de Extranjeros y las Fuerzas Regulares de Ceuta, número 3, de cubrirse, una vez más, de gloria.*

Con su indomable valor, con su admirable amor patrio, con su incomparable pericia, lograron asestar al enemigo uno de los mayores golpes que ha sufrido en todas nuestras campañas, ocasionándole bajas numerosísimas.

Todos cuantos integran esos cuerpos modelo alcanzan tales virtudes militares, que es difícil señalar distinciones entre ellos, y éste es el mayor galardón que puede ostentar una Corporación.

En nombre de todos vuestros compañeros del Ejército de África, que se enorgullecen de vosotros, os felicito efusivamente y os ratifico nuestra absoluta confianza.

Debéis sentiros satisfechos por ello y por haberos hecho dignos de la admiración de nuestra querida España.

Lo que de orden de S, E. se publica en la General de este día para conocimiento y satisfacción.

El Coronel Jefe de E. M., F G. Jordana.-Rubricado, -Hay un sello en tinta que dice: Alta Comisaría de España en Marruecos, -Ejército de Operaciones.≅

VI - Nador y Tahuima

Muchos días hace que se anuncia el esperado avance a Nador. La falta de número de proyectiles de artillería ha retrasado la fecha y, por fin, el día 16 se ordena la salida para el 17.

Las confidencias hacen elevar a varios miles el número de moros enemigos que atrincherados en el poblado y lomas que lo dominan, nos cerrarán el paso. Se espera que el combate sea empeñado y a todos se nos hacen lentos los momentos que nos separan del camino de la reconquista.

A las cuatro de la mañana del día 17 se concentra la Bandera sobre la carretera, y a las siete se encuentra la columna reunida en la tercera Caseta.

Las gasolineras cruzan rápidas por Mar Chica, vigilando la costa, y el tableteo de sus ametralladoras es respondido con constantes y sonoros pacos. El globo cautivo elevado sobre nosotros vigila el campo, y tumbados al costado de la carretera esperamos que llegue la hora señalada del avance.

Un nutrido fuego de artillería parece ser la señal para el movimiento, El poblado, lomas y barrancadas, se coronan de pequeños humos blancos. Los barcos de la escuadra ponen en lo alto de los parapetos enemigos sus negras explosiones y las baterías flotantes enfilan con sus Shrapnells los largos y profundos barrancos, mientras Regulares y legionarios avanzan sobre la extensa loma que de Sidi Hamed baja hacia Nador.

Nuestras guerrillas, parapetadas en los montones de piedra de la loma, entablan combate con el enemigo, y a su abrigo se establecen las ametralladoras y piezas de montaña que han de pre parar el nuevo asalto. Los moros, ocultos en los poblados y peñas del barranco del Amadi, hostilizan vivamente; los cañones del Gurugú dirigen a la columna sus disparos, y el cañoneo de nuestra artillería y barcos de guerra sigue con la misma intensidad.

El paso de la barrancada y avance sobre las lomas de Nador está difícil; por ello avanza nuestro Teniente Coronel hasta las guerrillas a dominar el campo v dar las últimas disposiciones para el ataque; el enemigo dirige su certero fuego, y cuando el Teniente Coronel me señala el puesto que debemos ocupar en el asalto, el chasquido característico del balazo derriba en tierra a nuestro querido Jefe, Abundante sangre mana de su pecho; ha recibido en él una grave herida, y mientras le retiramos para que se efectúe su primera cura, el Coronel Castro llega a ordenar la acción.

Los legionarios avanzan decididos, corriendo por la barrancada; dejan atrás a los caídos, que camilleros incansables retiran a los espacios desenfilados. Unos camilleros conducen a un soldado herido; cae alcanzado uno de ellos por el plomo enemigo, y el otro, activo, lo desenfila en una cuneta; ya lo recogerán los que vienen detrás. Otro, moribundo, quiere hablarnos al paso; nos detenemos unos segundos, pero no puede, expira en el esfuerzo. Un soldado, con un balazo en el pecho, corre animoso a nuestro lado; sigue combatiendo; desfallecido v sin fuerzas es llevado más tarde a la ambulancia.

El avance sigue impetuoso y se corona la primera loma. (Viva la Legión! - El enemigo huye delante de nosotros, y es un dolor que, por ir tomando todos los objetivos, vayamos dejando la fuerza repartida v nos encontremos sin reservas en los momentos de activar la persecución,

El Coronel Castro marcha a nuestro lado. Desde hace dos días viene de Jefe de vanguardia.

-)Vamos a Monte Arbós? -dice.

-Al momento.

Y sin esperar a las otras unidades avanzamos rápidos, antes de que el enemigo se rehaga, coronando el último objetivo. En el camino encontramos varios moros muertos.

Una joven y bonita mora yace tendida en tierra. Sus vestiduras blancas tienen sobre el corazón una enorme mancha roja; su frente todavía conserva calor. (Pobre niña muerta, víctima de la guerra! Los legionarios la miran con amoroso respeto; entran en Monte Arbós y persiguen al enemigo que huye por el llano.

A la derecha, y dentro de un morabo, el enemigo dirige algunos disparos; se retira cuando avanzan sobre él nuestros soldados.

Paños bordados cubren el sepulcro del santón y una capa pluvial de la Iglesia de Nador adorna también la blanqueada sepultura. Del techo penden tornasoladas bolas de cristal de distintos colores: son los votos de los indígenas en su devoción al santo.

El día transcurre con relativa tranquilidad, y es de noche cuando nos retiramos, dejando en Monte Arbós destacada una compañía.

En la oscuridad atravesamos el pueblo; los corros de ganado y abundantes escombros detienen a cada momento nuestra marcha en dirección al reducto, lugar en que se encuentra el nuevo campamento.

Nuestras bajas este día habían sido ocho muertos y veinticinco heridos, y herido grave nuestro Teniente Coronel.

UN OLOR INSOPORTABLE invade el poblado; los muertos se amontonan en las casas y patios, v en todas partes se encuentran serios vestigios de la cruel rapiña. El pueblo ha sido convertido en un enorme cementerio, y sólo en nuestro campamento, apartado de las edificaciones, se respira a gusto. Aquí nos habíamos de estacionar hasta la ocupación de Segangan.

Desde el primer día la tropa se extiende por los alrededores, y en los aduares recogen objetos diversos: camas cogidas en el saqueo por los moros, máquinas de coser, sillas, mesas, carros, pequeños volquetes. Todo se va amontonando en el campamento. Las planchas de cinc, puertas y ventanas, abundan, y con todo ello los legionarios construyen las pequeñas chozas que les han de abrigar de las inclemencias del tiempo. Algunos se alejan por el llano y son tiroteados por el enemigo, que nos causa algún herido, e impone el establecimiento de una vigilancia en las huertas que limite las incursiones de los legionarios.

La limpieza del poblado adelanta, los muertos son enterrados, pero es tanto lo que hay acumulado, que se necesita tiempo para higienizar este enorme cementerio.

La vida es tranquila; los legionarios descansan un poco de la actividad anterior y guarnecen de

noche el sector de las huertas.

Hasta el 23 dura nuestro descanso. Este día se ha de efectuar una pequeña operación en que la altura de Tahuima, la Cuarta Caseta y el Aeródromo son los objetivos.

Tahuima, a cuatro kilómetros de Nador, es el lugar adonde se han de dirigir los legionarios; nuestros soldados llegaron en sus excursiones de estos días hasta su pie sin notar la presencia del enemigo.

Antes de amanecer ya está el Coronel Castro Girona a nuestro frente. Los Regulares de Ceuta efectuarán una marcha de flanco por la vía, y nosotros de frente abordaremos la posición. La caballería, por la izquierda, y desbordando este flanco, debe en el avance amenazar la retaguardia enemiga.

Cruzamos las huertas y salimos al extenso llano en que el montículo de Tahuima aparece coronado por pequeña torre que le da aspecto de antigua fortaleza. Sólo unos tiros suenan hacia la derecha; las guerrillas se han adelantado sin resistencia y rebasan la posición; el enemigo a lo lejos hostiliza débilmente y los montes de Benibu-Ifrur aparecen coronados de numerosos moros que dispersa nuestra artillería.

La caballería se ha echado tanto al costado izquierdo, que se encuentra cerca de Mar Chica; cuando se incorpora, le ordenan efectuar un raid por el llano.

En formación concentrada la vemos alejarse al galope. Varios jinetes enemigos caracolean a su frente huyendo en dirección al monte, como queriendo arrastrarlos a aquel terreno. El fuego aumenta, y cuando tememos que les ocasione importantes bajas, se alejan al galope hacia el medio del llano.

Pasados unos minutos, el Coronel Castro nos da la orden de avance; los escuadrones en el llano han empeñado combate y solicitan ayuda.

A paso ligero avanzan la primera y segunda compañía con una sección de ametralladoras en la dirección señalada por el núcleo de caballos Nos adelantamos al galope; un grupo de dos escuadrones permanece con su coronel en el centro del llano; delante está el escuadrón empeñado en fuego; seguimos hacia aquel lugar y próximo a la vía hallamos el grupo de caballos, delante de los cuales y pie a tierra se encuentran los soldados; a lo lejos aparecen las siluetas de unos fantasiosos jinetes moros, que caracoleando disparan sus armas. Silban algunas balas.

El capitán nos explica su situación frente al enemigo, que le hostiliza cada vez que intenta retirarse, y al poco rato llegan las guerrillas de nuestras unidades, que corriendo por el llano alejan a los jinetes enemigos. Se retiran los escuadrones, y con entera calma nos replegamos a nuestra línea; en toda la maniobra hemos tenido un herido leve.

A las dos de la tarde se ha empezado el repliegue, pero durante él nos vemos detenidos por la presencia frente al aeródromo de grupos enemigos que dificultan la retirada de algunas pequeñas fracciones de la otra columna, empeñadas en combate.

Allí se dirige la Segunda Bandera, y la Primera avanza de nuevo con el Batallón de Toledo, para rechazar a los grupos enemigos que empiezan a filtrarse por las grietas del llano. Mientras tanto, y a nuestra retaguardia, entra en Nador, procedente de los Pozos de Aograz, la columna Cabanellas.

De noche, al volver al campamento, nos enteramos de la grave herida del bravo capitán García Martínez, de los Regulares; lleva diez años sirviendo en estas fuerzas y su propuesta de ascenso se halla

pendiente de la resolución de las Cortes.

Cuando se retiraba, después de cumplida su misión y al colocar sus máquinas para prestar auxilios a las fracciones de la otra columna, una bala, atravesando sus gemelos, le hace sufrir en la cabeza una herida gravísima.

Todos sentimos verdadero dolor por la grave herida de este oficial, a quien los médicos desconfían de salvar, y que desde hace dos años debía ser comandante.

VII - Sebt y Ulad-Dau

En la tarde del día primero de octubre se encuentran los jefes de unidad en las Tetas de Nador. Desde allí se domina el llano que se extiende hasta Sebt. En el fondo Atlaten se alza en el horizonte con su negro y cortado espolón, y a la izquierda, entre los montes de Beni-fu-Ifrur, el Uisan destaca su pico cubierto de nubes. En el límite de este llano, entre la mancha verde de las chumberas, aparece como una fortaleza la altura rocosa de la casa de los Chorfas, a cuyo pie se pierde la cinta blanca de la carretera. De los montes del Gurugú, a la derecha, bajan enormes torrenteras, que cruzan la llanada cual enormes trincheras.

Este es el escenario del próximo combate, donde ha de recibir un serio golpe la harca enemiga.

El General nos explica los objetivos de la operación y la misión que a cada uno corresponde en el combate. En Monte Arbós se concentrará la masa de artillería, mientras con las columnas marcharán las baterías de montaña.

El objetivo señalado a la columna Sanjurjo es, rebasado Sebt por la derecha, ir a ocupar la antigua posición de Ulad-Dau, en la meseta del mismo nombre. La columna Berenguer abordará la posición de Sebt de frente, y la de Cabanellas, a la izquierda, vigilará los pasos de Beni-bu-Ifrur.

Al regreso al campamento circulan las órdenes; a las dos y media han de formar las unidades para concentrarse a la derecha de la posición de Monte Arbós; las tropas formarán sin toque previo.

Esta noche apenas dormimos. Son las once cuando nos acostamos, y a la una y media nos despierta el oficial de servicio. El campamento aparece lleno de pequeñas luces. Las unidades van formando, y los acemileros se desesperan en lucha con sus cargas.

Tenemos que atravesar Nador, operación difícil en la noche; las calles están interceptadas por las otras unidades de las distintas columnas que este día se ponen en marcha, y la extensa alambrada que rodea el poblado limita los movimientos; pero por fin conseguimos llegar a la salida del pueblo y entrar en el camino de Monte Arbós.

Los escuadrones nos preceden y, después de frecuentes detenciones, ocupamos, a la tres y media, nuestro puesto en la concentración.

Empieza a alborear cuando llega el Cuartel General. Desde hace un rato se encuentra con nosotros el Coronel Castro; los Regulares se han concentrado a nuestra derecha, y a retaguardia se alinean las baterías con el resto de la columna; pero hay que esperar más; la columna de Berenguer ha de salir antes y su concentración aún no ha terminado.

Con los gemelos distinguimos muy bien el campo. En la posición de Sebt y chumberas próximas aparece numeroso enemigo; de allí se destacan unos grandes guerrillones, que en aparente descubierta ocupan los barrancos y trincheras; otros grupos numerosos se descubren en las faldas del

Gurugú y de Ulad-Dau El día promete ser movido.

La columna se pone en marcha Los legionarios desfilan cantando la Madelón. Las compañías adoptan la formación en la línea de a cuatro, con sus secciones separadas y los primeros soldados despliegan A su frente marcha animoso y alegre el teniente Agulla.

Con la segunda compañía desfilan como agentes de enlace del capitán dos legionarios, antiguos oficiales alemanes, incorporados el día anterior; a su llegada pidieron un puesto en el frente; tienen aspecto aristocrático y sus rostros blancos se destacan entre los curtidos de los demás soldados.

Tan pronto salen las guerrillas de los cercos de chumberas, al pie de Monte Arbós, el combate se entabla. Los Regulares avanzan por la derecha y los legionarios al frente se lanzan a tomar la línea primera del barranco, ocupada por el enemigo. Otras unidades refuerzan la guerrilla y el avance sigue impetuoso.

En los espacios desenfilados de las barrancas se van agrupando los heridos.

La artillería de Monte Arbós concentra sus fuegos sobre la izquierda del frente de combate, mientras las baterías gallegas siguen de cerca la marcha de las guerrillas.

El enemigo se defiende bravamente en las barrancadas y trincheras, en una de las cuales es herido gravísimamente, al frente de sus legionarios, el teniente Agulla.

En la segunda barrancada, un legionario alto y pálido aparece muerto, es uno de los oficiales alemanes; su compañero se bate en la guerrilla bravamente.

El teniente Urzáiz, herido en el vientre, pasa en una camilla cantando:

-(No es nada, muchachos!, (viva la Legión!- les dice al paso a los legionarios.

El capitán Franco, de la primera compañía, es herido también en el avance.

Hay momentos en que el fuego de nuestros soldados se suspende; una guerrilla de moros con traje kaki sale de una trinchera próxima.

-(No tiréis, que son Regulares! -ordena el oficial.

Desde unas piedras se vuelven y hacen una descarga, (eran enemigos!

Nuestras ametralladoras, desde el pie de Monte Arbós, acompañan a brazo a las guerrillas en sus asaltos. Ahora dirigen su fuego contra la última trinchera, a la derecha de las chumberas, donde el enemigo extrema la resistencia. Los legionarios de dos compañías avanzan sobre ellas, y cuando vamos a alcanzarla, la artillería de Monte Arbós les envuelve en el humo de sus disparos; caen varios soldados heridos con el teniente España, pero la trinchera se ha ocupado.

Este avance nos ha costado más de cien bajas y el enemigo ha abandonado a sus muertos en las barrancadas.

Por la derecha, los Regulares han encontrado la misma resistencia, y, cuando me acerco a ellos para armonizar el avance, veo caer herido al teniente coronel Mola, que los manda en ausencia de González Tablas.

Cumplida la primera parte del objetivo, reanudamos el avance sobre Ulad-Dau. Antes de que el enemigo en huida se apreste a su defensa, nuestras guerrillas trepan por la pendiente de la loma. En la vanguardia, un legionario y un regular se disputan la entrada en el pequeño aduar, una herida

grave, recibida por el moro en el vientre, deja el campo libre al legionario, que encuentra ocasión de poder vengarle.

Los legionarios ocupan el frente de la posición y avanzadilla, y los Regulares suben a las peñas del borde de la meseta, donde son más tarde reforzados por nuestra quinta compañía.

El enemigo hostiliza desde las huertas y barrancadas, y el antipático sonido de la Aarbaia≅ enemiga se hace sentir.

Al pie de Ulad-Dau, junto al morabo, ha quedado una sección de la primera compañía; a los pocos momentos avisan que ha sido herido de dos balazos Calvacho, que la mandaba.

Después de una fatigosa ascensión, llegan a Ulad-Dau nuestras secciones de ametralladoras, y cuando ocupan a la derecha de las casas importante posición de fuegos, el teniente Montero recibe gravísima herida en la cabeza. Todos le creen muerto; y con la cabeza envuelta en un saco terrero vemos que lo retiran hacia la ambulancia. Nuestra sorpresa fue grande al encontrarle a los pocos días en el hospital, y hoy curado de su grave herida.

El combate durante el día se mantiene duro, especialmente en las peñas ocupadas por los Regulares, y la retirada de éstos se avecina difícil.

Cuando fortificada la posición llega el momento del repliegue, el enemigo, que está muy cerca, aparece a pocos pasos de los Regulares. Sólo un mortífero fuego de nuestra fusilería y la oportuna intervención de una de las admirables baterías de montaña del Grupo gallego, colocando en medio sus explosiones, detiene en su avance a los montañeses y facilita la retirada de los valientes Regulares.

En esta retirada es herido grave en la cabeza el teniente De la Cruz.

El día había sido muy duro. La Legión había tenido 143 bajas de tropa y siete de oficiales, los soldados habían luchado incansables y nuestras ametralladoras acreditaron, una vez más, su valor y resistencia.

El día 3 acompaña la Primera Bandera el convoy a Ulad-Dau para retirar los heridos y aprovisionar las posiciones.

VIII - Atlaten

La columna del General Sanjurjo se concentra el día 5 de octubre al pie de Ulad-Dau para la operación de Atlaten. Un extenso cortado hace que esta posición sea sólo abordable por la derecha, y una rocosa loma, intermedia entre Ulad-Dau y el cortado, nos ofrece lugar apropiado para proteger la salida.

Desde los primeros momentos el enemigo, oculto en las huertas, nos dirige sus disparos; despliegan las guerrillas y cruzando entre las casas del poblado ascienden a la loma intermedia; a su abrigo se reúnen las otras unidades, y, establecidas en ellas las ametralladoras, se empeña el combate.

Pronto descienden por las rápidas pendientes de la barrancada las secciones de vanguardia, y, pasada ésta, efectúan la penosa ascensión por entre los peñascos de la cañada; aquí se han de concentrar las unidades de la Legión para preparar el asalto de la posición principal.

Marcha en vanguardia la quinta compañía de la Segunda Bandera, que con rapidez asombrosa va subiendo la gradería de peñascos del acantilado. Cuando se asoman a la meseta las primeras fracciones, entablan empeñada lucha con el enemigo, mientras las demás compañías van cruzando el barranco y concentrándose en lo alto de la cañada.

Al llegar a la cresta, unos soldados conducen el cuerpo inanimado de un oficial. Es el teniente Ochoa; una bala enemiga le había herido en el corazón. (Pobre Ochoíta, muerto gloriosamente en plena juventud!

Unos proyectiles de nuestra propia artillería explosionan a pocos metros; el comandante de la Segunda Bandera queda envuelto en humo, al disiparse éste, Fontanes se encuentra tumbado en tierra; acudo solícito a su lado y con alegría veo que es únicamente la conmoción producida por la explosión; tiene sólo ligeras contusiones, pero a su lado yace, con una pierna destrozada, un viejo legionario.

Después de momentáneo descanso avanzan la primera y segunda compañía a reforzar a la quinta para el asalto; de la guerrilla se retira el teniente Navarrete, herido de dos balazos en el cuello y pierna; viene suspendido entre dos soldados:

-(No he podido llegar, me han herido, me han herido! -nos dice.

El asalto se efectúa, y entran en el fortín central los primeros legionarios; pronto las banderas de las dos Banderas ondean en lo alto de la derruida fortaleza; al pie de ellas un negro y atlético legionario de la segunda compañía se encuentra agonizando; mientras tanto, por los caminos de Uixan y valle del Maxin, se alejan numerosos harqueños.

Atlaten es un precioso mirador rodeado de enorme acantilado: desde él se domina medio Beni-bu-Ifrur y se divisan a lo lejos las antiguas posiciones españolas.

Establecidas las ametralladoras y baterías, persiguen con sus fuegos los grupos enemigos.

Tomado Atlaten, la calma reina en todo el campo; sólo en la posición, sobre un parapeto, los ojos vidriosos de unos muertos nos recuerdan el horror de la guerra; son los últimos defensores de Atlaten, los que nos ocasionaron las más sensibles bajas.

Desde Ulad-Dau apoyaron nuestro avance los Regulares de Ceuta; es su última acción en este territorio, días después había de reembarcarse aquel puñado de magníficos indígenas. Estos tabores habían perdido en dos meses la mayoría de sus soldados, Con dolor vemos marchar a los queridos compañeros, algunos de los cuales habían de encontrar en la otra zona muerte gloriosa.

OCUPADO ATLATEN en un paseo militar, se conviene la ocupación del antiguo campamento de Segangan. La Primera Bandera, que ha quedado destacada en Atlaten, descuelga unas secciones a ocupar los fortines, y la columna entra en el poblado sin ser hostilizada; sólo delante, hacia el servicio de protección de los blocaos en construcción, suena algún paco.

A la media hora de encontrarnos en este campamento, una enorme explosión se deja oír hacia las laderas de Uixan; una gran columna de humo y tierra se eleva en el espacio nublando el horizonte. El polvorín de las minas había sido volado por los moros; habían, sin duda, calculado lo que tardaríamos en subir la ladera, pero nuestra permanencia en Segangan les había hecho fracasar en el intento.

El campamento y poblado se encuentran destrozados, los edificios, sin puertas ni ventanas, están llenos de escombros, y en algunos barracones ha sido quemada la techumbre.

El poblado de San Juan de las Minas parece haber sido respetado las pequeñas y bonitas barriadas de obreros se ven blancas y alineadas, pero al acercarnos comprobamos el destrozo causado por el enemigo; las puertas y ventanas habían sido arrancadas, destrozando las paredes, y algunos de los pequeños árboles de sus calles estaban cortados.

Los legionarios, desde su llegada, se han extendido por los poblados, de los que traen mil baratijas; platos, cucharas, sillas, todo lo que los moros habían anteriormente saqueado; un sinnúmero de puertas y ventanas son conducidas al campamento, y con ellas se van tapando los huecos de los barracones.

IX - Taxuda 1. (Gurugú)

El día 10 de octubre es glorioso en la historia de la Legión. Mientras varias columnas, desde la plaza, escalarán el Gurugú, la columna Sanjurjo, saliendo de Segangan, debe cortar el paso al enemigo en Taxuda.

La empresa se creía fácil. La harca había abandonado los picos del Gurugú y las confidencias señalaban su presencia en la meseta de Telat y de Ras Medua; los poblados parecían inclinarse a nuestro lado y se esperaba que la resistencia fuera escasa.

La noche anterior a la operación se tuvieron noticias más concretas. El Alto Comisario comunicaba que la harca se concentraba en el Telat y que tal vez tuviéramos un serio encuentro con el enemigo; la actitud de los poblados era dudosa.

En la oscuridad de la noche y en el mayor silencio se concentra la columna en las huertas de Segangan y media hora más tarde la vanguardia se reunía delante del Blocao de Atlaten.

El día empieza a clarear. Con los gemelos se observa un gran movimiento de moros en las esponjas de peñas que forman horizonte y que debemos ocupar, Y en la larga espera que precede a la concentración de la columna, los comentarios giran alrededor del próximo encuentro.

Lo estrecho del camino y la oscuridad de la noche retrasan un poco las llegadas de las baterías, y ya el sol lucía cuando, establecidas éstas, el Coronel Castro nos ordena el avance. El General Sanjurjo, con su típico pijama a rayas, presencia a caballo el desfile de la columna.

La Legión avanza en columna doble, Las banderas marchan inmediatas. Sus vanguardias han desplegado y muy alto se escucha el maullido de las primeras balas.

En dirección a Telat se ve bastante enemigo, pero en las esponjas del frente el movimiento de moros ha desaparecido; sólo alguna cabeza asoma entre las peñas de la izquierda y desaparecen después de dirigirnos sus disparos.

La cuesta que tenemos que subir es muy penosa. Un crestón o esponja intermedia facilita nuestra reunión antes de dar el asalto a la esponja alta y peñas del frente. En estos momentos el enemigo hostiliza poco, y con gran facilidad se han ocupado los objetivos; los moros se han retirado, pero al llegar a las crestas el fuego que nos hacen es muy intenso.

Conforme van llegando las unidades se refuerzan los distintos puntos del frente; las ametralladoras se establecen; el fuego se intensifica y las camillas van y vienen de las guerrillas al puesto de socorro. El combate se empieza a poner serio. El enemigo ocupa un extenso anfiteatro, donde las cresterías de peñas le ofrecen un abrigo natural. La meseta de Taxuda, a nuestra derecha y a tiro de fusil, nos domina un poco, está cortada a pico por este lado y el acceso a ella está al Norte, por una estrecha senda.

A la llegada de los batallones, el Coronel Castro ordena el relevo de nuestro flanco izquierdo, con

objeto de reunir la Legión por si se continúa el avance; fuerzas de tres batallones ocupan posiciones en este flanco, compañías de la Legión reciben orden de reunirse a retaguardia. Una de ellas no llega a cumplimentarla, porque el enemigo arrecia en el ataque, y en aquel preciso momento se recibe noticia de que las fuerzas peninsulares necesitan apoyo.

)Se ha de seguir avanzando; subiremos a Taxuda? Nosotros estamos preparados. YO recordaba en estos momentos mi visita el año 12 a las ruinas romanas de la meseta y el estrecho sendero por el que desmontados tuvimos que subir. El camino de la meseta no es por este lado, pero está bajo el fuego de nuestros fusiles.

Un aeroplano, volando sobre las tropas, arroja un parte con gallardete rojo, que cae a nuestro lado; avisa Ala presencia de numeroso enemigo en el frente y flanco izquierdo, al que no puede batir nuestra artillería, por ocultarse tras las esponjas rocosas≅. A los pocos momentos las bombas de los aeroplanos suenan en la barrancada y su negro humo asoma detrás de los peñascos.

El Gurugú ha sido tomado sin resistencia y la harca está entretenida en combate duro El general Sanjurjo ha llenado cumplidamente su misión y el Alto Comisario aprueba que no se avance más y se mantengan las posiciones ocupadas hasta que esté el Gurugú fortificado.

Las bajas se multiplican. El Batallón de la Princesa ha perdido en los primeros momentos a muchos de sus oficiales. El capitán Cobos, de la Legión, cae herido muy grave: Ano es nada≅, nos dice, Aun balazo en el vientre≅, (Pobre as de las ametralladoras! Su herida le había de causar la muerte.

Al pie del cortado de la izquierda, y a cubierto de los fuegos enemigos, un capellán de un Cuerpo auxilia a los heridos. A su lado se detienen breves momentos las camillas y se agrupan los guerreros ensangrentados, que reciben la absolución, mientras los camilleros legionarios, rígidos y descubiertos, contemplan el emocionante cuadro.

En el ángulo de la línea, la sexta compañía de ametralladoras se porta bravamente; en mi visita a aquel lugar me pide una protección de legionarios. Ya una vez en la mañana ha llegado el enemigo a pocos metros de sus máquinas, y las tropas peninsulares inmediatas no están para días tan duros. Una sección de la Legión es enviada, que más tarde había de ser utilísima.

El combate en la izquierda sigue muy áspero. De las peñas bajan a un oficial muerto; es el teniente Rodrigo, de la quinta compañía; el enemigo está muy cerca y el fuego de fusilería es intensísimo.

Unos harqueños que se han corrido por la izquierda disparan varios tiros desde retaguardia; dos soldados son heridos en los sostenes; esto produce cierta confusión entre las reservas, y al mismo tiempo el enemigo, concentrado en las barrancadas del frente, efectúa enérgica reacción sobre nuestras líneas.

Las compañías de la izquierda ven aparecer de pronto a pocos metros las cabezas enemigas; el enemigo, con gran arrojo, ataca por todos lados; el coeficiente moral de las tropas peninsulares es sobrepasado y el frente de la izquierda vacila en algunos puntos.

Los momentos son de gran emoción, y en el sector amenazado volcamos nuestros hombres y nuestro espíritu; los sostenes de las unidades dé legionarios acuden al lugar en peligro y acometen al enemigo; los acemileros de nuestras compañías de ametralladoras y tren de combate, abandonando sus mulos, se suman a la reacción, y el ataque es rechazado en todo el frente.

En las peñas, los legionarios rivalizan en entusiasmo; se han registrado mil episodios: unos

retiran en medio del fuego dos ametralladoras de otro Cuerpo que, por muerte de sus apuntadores, estuvieron en peligro de caer en manos del enemigo; otros avanzan a la contrapendiente, y a pecho descubierto aguantan la reacción; un acemilero ha rebasado bastante las guerrillas, y de pie en la ladera dispara sobre los moros, su camisa blanca se destaca notablemente y está en el lugar en que el fuego enemigo es más mortífero.

En la izquierda, un soldado de Guipúzcoa acaba de ser herido; un moro se echa encima, intentando rematarle, y un legionario se arroja sobre el moro, clavándole el machete en el corazón. Un francés, agente de enlace, muere gloriosamente, gritando:

-En avant, en avant. (Viva la Legión!. .

En el frente, el comportamiento de las baterías gallegas es, una vez más, admirable. Ven llegar al enemigo a corta distancia y siguen su fuego sin que se separe ninguno de sus soldados. Todas las alabanzas me parecen pocas para esos oficiales y soldados que como verdaderas baterías de acompañamiento siguieron durante toda la campaña a las guerrillas de la Legión.

En esta fase del combate la densidad de la guerrilla ha aumentado mucho, y, restablecida la situación, se hace preciso retirar del frente las fuerzas sobrantes y evitar la mezcla de soldados. Poco a poco se repliegan las unidades peninsulares y quedan sólo en el frente los legionarios; los batallones van formando en orden cerrado y desfilando hacia retaguardia.

La retirada está un poco difícil; el chorreo de heridos continúa; el enemigo está muy próximo; hay que dar tiempo a evacuarlos; se dan dos veces las órdenes de retirada y los soldados que caen muertos retienen el repliegue de la línea.

Cuando ya parece el momento apropiado, un parte del capitán que se encuentra en el flanco izquierdo nos trae la noticia de que las baterías de Atlaten han colocado sus proyectiles en la guerrilla propia, causándonos sensibles bajas, y que el teniente Moneo está gravemente herido; esto origina un nuevo y pequeño retraso.

A retaguardia, y en la Segunda Esponja, se hallan colocadas nuestras ametralladoras con fuerzas de otro Cuerpo para apoyar el repliegue y, por fin, a una señal, las guerrillas abandonan sus puestos.

En estos momentos cae con la cabeza atravesada mi fiel ayudante; el plomo enemigo le había herido mortalmente; desde la guerrilla dos soldados conducen su cuerpo inanimado, y con dolor veo separarse de mi lado para siempre al fiel y querido Barón de Misena.

En estas peñas intermedias hay que detenerse para dar tiempo a que se alejen los heridos. El coronel Castro, jefe de la vanguardia, dirige la retirada, y el comandante Abriat, ayudante del general, nos acompaña entusiasta en todos los momentos.

En este segundo escalón el teniente Echevarría, ayudante de la Segunda Bandera, acaba de ser herido; le vemos alejarse con la cara ensangrentada cubierta de algodones.

Se ha prolongado tanto la retirada, que las municiones escasean; hay que tirar muy poco y reservar los cartuchos, y aquí nos aguantamos hasta recibir un mulo con municiones. El enemigo se mueve entre las peñas que nosotros ocupábamos, y en seguida sigue la retirada por la pendiente e interminable cuesta.

Por fin llegamos a la meseta de Atlaten; el enemigo sólo nos dirige algún disparo, y nos detenemos esperando el interminable desfile de los distintos elementos de la columna.

Anochece cuando atravesamos las huertas en dirección al campamento; en estos momentos recibimos orden de adelantarnos en apoyo del Batallón de Toledo, que, delante de Atlaten, protege la retirada de las baterías ligeras; para ello cruzamos por delante del campamento; unas cajas de municiones sobre el camino nos permiten amunicionarnos al paso, y es de noche cuando empezamos a subir la carretera.

En las lomas del fondo se ven las explosiones de nuestra artillería. A mitad de la cuesta nos detenemos; el Batallón de Toledo no necesita apoyo y se retira con las baterías después de haberse sostenido en fuego con el enemigo durante todo el día; ha tenido cincuenta bajas. Es uno de los batallones que más se han distinguido en la campaña.

Nuestras bajas en este día han sido 25 muertos y 91 heridos; muertos: el capitán Cobo y tenientes Moore y Rodrigo; herido grave el teniente Moneo y leve el teniente Pérez Mercader.

X - Zeluán y Monte Arruit

Los días siguientes a los combates en que las empresas guerreras no exigen nuestro concurso, los legionarios se dedican a la instrucción y tiro de combate; el crecido número de bajas desde el principio de la campaña nos ha hecho nutrir nuestras filas con soldados de reciente ingreso que llegan de Ceuta sin la indispensable preparación guerrera; es necesario perfeccionar su instrucción y adiestrarlos en el tiro, despertando en ellos la confianza en el arma y enseñándoles a aprovecharse del terreno. Esto, unido a las diarias conferencias teóricas sobre el combate y la guerra adelante en Marruecos, hace que su instrucción muchísimo y en los nuevos combates aumente la eficacia de nuestra acción.

EL 14 DE OCTUBRE salimos en vanguardia de la columna Sanjurjo, en dirección a Tahuima. A la derecha de esta posición se encuentra nuestra columna para más tarde cooperar con las de Berenguer y Cabanellas a la toma de Zeluán y Buguensein.

Los momentos pasan lentos en espera de la señal de avance. Las alturas de Buguensein se ven coronadas de moros. Nuestra caballería, a la derecha, permanece en observación entre las lomas de Beni-bu-Ifrur, y momentos más tarde, paqueada, se retira al abrigo de la columna.

La hora ha llegado, y con frente extenso despliegan las Banderas en dirección a Zeluán, sirviéndoles de directriz la vía del ferrocarril. Una pareja de camiones blindados nos precede por la carretera y un grupo de policías de una Mía de reciente organización nos acompaña.

Llevamos recorridos unos tres kilómetros cuando silban las primeras balas. Los legionarios son tan rápidos en sus avances, que dejan retrasadas a las otras columnas, y la presencia de un núcleo de jinetes enemigos a nuestro flanco izquierdo nos obliga a desplegar una sección y sorprenderles con el fuego de nuestras ametralladoras.

La Segunda Bandera avanza a ocupar unas lomas frente a Buguensein, y la Primera ocupa el aeródromo. El enemigo huye disparando.

A la izquierda, desde la Alcazaba, nos disparan unos jinetes; los policías, con varios legionarios, se dirigen al poblado, alejándoles, y a nuestra llegada se nos presentan, una vez mas, los dolorosos cuadros del desastre.

El camino que hemos seguido está jalonado de cadáveres en actitud de sufrimiento, y en el poblado, la casa de Laina se nos ofrece uno de los espectáculos más horrendos de crueldad.

Seguimos a Buguensein. Aunque la posición es muy dominante, el enemigo no podrá resistir en ella; su retirada está descubierta y se le cogería en la huida. Un aeroplano describe sobre la posición pequeños círculos, y con gran precisión deja caer sus bombas entre las murallas. El avance de los legionarios es impetuoso, y pronto nos asomamos al balcón de la posición; numerosos grupos huyen

por el llano, y aunque están lejos, son alcanzados por el fuego de nuestras ametralladoras.

Por la tarde se emprende la retirada a Segangan; nuestro papel de retaguardia nos hace ir cargando con los numerosos soldados de los batallones a quienes la falta de entrenamiento deja rezagados, y al paso de las distintas posiciones los vamos entregando.

La noche cierra antes de llegar al campamento; próximos a Segangan, unos *pacos* nos hacen objeto de sus disparos, y una patrulla de legionarios les persigue y aleja.

La vida de los legionarios en Segangan es distraída; cuando la instrucción o el tiro no les retiene sujetos, se esparcen por los alrededores y se registran pequeñas escaramuzas.

Uno de los que más se distinguen por sus arriesgadas salidas es el maltés, legionario en estado primitivo; su afición a la Arazzia≅ ha hecho que no le dejen el fusil para que no se interne por los aduares, pero con la llegada de soldados nuevos ha encontrado medio de seguir sus Arazzia≅. Hoy ha llevado a dos compañeros para que le protejan mientras A razzia≅ un aduar, en el que se encuentra a un moro cargando un burro con la cebada de los silos; una morita joven, dentro del silo, le va entregando un cubo con el grano; el moro, sorprendido, quiere huir, el maltés le persigue, agarrándole de la chilaba, y los quintos le disparan, sin herirle. El enemigo se aproxima al ruido de los tiros, y como la mora no quiere salir del silo, la tapan, y cogiendo el burro se retiran barranco abajo al campamento, en donde protesta indignado de sus compañeros de excursión: Aél poder traer mora bonita y colorada para Comandante y ellos estar quintos, tirar mal y marchar moro≅, dice con su hablar estilo indígena.

Otro legionario, de aduares lejanos, viene con un baúl cargado; le persiguen a tiros, y parapetándose en la cuneta, se viene defendiendo hasta llegar al campamento. Así se suceden las excursiones de los legionarios, alguna de las cuales a alguno le costó la vida, pero esto aleja del campamento los paqueos.

EL DÍA 23, POR LA TARDE, sale la columna a pernoctar en Zeluán, para emprender al día siguiente la marcha sobre Monte Arruit; lo fácil del terreno nos indica que el enemigo no ha de hacernos resistencia, y con esa idea nos acostamos.

A las siete de la mañana se encuentra formada la Legión para el avance; a retaguardia y a lo lejos, una fuerza con sus banderas españolas avanza cantando hacia nosotros; son las nuevas compañías de la Legión, que vienen a incorporarse a sus Banderas; llegan en los momentos de emprender el avance, y entre los vivas a la Legión les cedemos el puesto de vanguardia.

El avance se efectúa tranquilo; ni un solo moro se ve en el horizonte; nuestra caballería avanza por el llano y la de la columna de la izquierda, que ha salido primeramente, entra en la posición.

Rebasado Monte Arruit, detenemos nuestra marcha, y concentrada la columna nos dirigimos al poblado. Renuncio a describir el horrendo cuadro que se presenta a nuestra vista. La mayoría de los cadáveres han sido profanados o bárbaramente mutilados. Los hermanos de la Doctrina Cristiana recogen en parihuelas los momificados y esqueléticos cuerpos, y en camiones son trasladados a la enorme fosa.

Algunos cadáveres parecen ser identificados, pero sólo el deseo de los deudos acepta muchas veces el piadoso engaño, (es tan difícil identificar estos cuerpos desnudos, con las cabezas machacadas!

Nos alejamos de aquellos lugares, sintiendo en nuestros corazones un anhelo de imponer a los criminales el castigo más ejemplar que hayan visto las generaciones. Cuando regreso, un legionario se me acerca:

-Mi comandante, he venido de Cuba por vengar a mi Patria y a mi hermano, que estaba en Monte Arruit.)Me permite usted llegar a ver si puedo encontrarlo, ya que hoy no se presenta ocasión para vengarle?

-Vete allá, pero tu labor es difícil.

Se aleja de nosotros el recio soldado, regresando al poco tiempo.

-(Es imposible! Alguno de ellos es, pero,)quién le conoce?... En la fosa común he echado mi puñado de tierra... Gracias, mi comandante.

La retirada se hace sin ser hostilizados; sólo a lo lejos unos moros paquean débilmente a nuestra caballería; este día pernoctamos en Zeluán y al siguiente llegamos a nuestro campamento de Segangan.

UNA NOTICIA entristece estos días el campamento; el coronel Castro Girona, Jefe de nuestra vanguardia, ha de alejarse camino de Gomara; la Patria lo necesita allí. Oficiales y soldados sentimos su marcha como algo querido; la labor de este Jefe al mando de la vanguardia ha ganado la ciega confianza de todos, y por eso el homenaje que se le tributa en el momento de su marcha es uno de los actos más sentidos. Al ver las caras tristes, no hay que preguntar cuál es la causa: (el Coronel se va!

XI - Taxuda 21 (Esponja)

Se repite la operación de Taxuda. El 2 de noviembre es la fecha señalada para colocar una posición en la esponja alta y ocupar la meseta.

La misión de nuestra columna es tomar las esponjas de piedra que dan vista al Telat, operando en la misma forma que el día del primer combate La columna Riquelme, desde Taquigriat, ha de avanzar sobre Taxuda, y la columna Berenguer por nuestra derecha se adelantará en forma de cuña entre las anteriores.

La concentración se efectúa en los mismos sitios y hora que el primer día. El enemigo, al que en los primeros momentos se le ve coronar las esponjas de peñas, desaparece oculto por la espesa niebla; no volvemos a ver el terreno a lo lejos, y esto nos privará de la protección artillera.

Con contadas bajas ocupamos las primeras esponjas; la niebla ha facilitado hasta aquí nuestro avance; nos concentramos al abrigo de nuestras guerrillas y las ametralladoras se establecen en las peñas. Dos moros, a corta distancia, aparecen parapetados en la esponja alta y línea de piedras. El asalto promete ser duro.

En el pequeño collado se adelante una batería para batir las peñas. El sitio está muy enfilado, y al avanzar a brazo las piezas resultan heridos dos soldados; el fuego se rompe a breve distancia y el enemigo permanece firme entre las piedras.

Las órdenes para el asalto están dadas; dos compañías se adelantarán por derecha e izquierda a desbordar la posición, mientras otra de frente asaltará las piedras enemigas. Los soldados arman los cuchillos, que relucen a los primeros rayos del sol; en el asalto han de tomar parte las nuevas compañías, integradas por muchos sudamericanos, y hay materialmente que contenerlos para que no se lancen al asalto antes de avisar a Atlaten que suspenda el fuego.

El General está con nosotros, y cuando se da la señal, las oleadas de legionarios avanzan a la carrera sobre el enemigo.

Los momentos son de gran emoción; los moros nos esperan haciendo fuego tras sus parapetos; los soldados siguen avanzando; va estamos a pocos metros; al enemigo se le ven los detalles de sus caras; algunos soldados ruedan a nuestro lado en aparatosa caída; entre los moros enemigos también brillan los machetes; unos pasos más y el enemigo vacila, (Ya son nuestros! y por la ladera opuesta bajan los moros mezclados con los legionarios. La esponja alta ha sido tomada de nuevo.

Entre los primeros soldados marcha el heroico sargento Herben, de la segunda compañía; a los pocos momentos rueda barranco abajo abrazado a un moro; a su lado yace otro harqueño muerto; un sargento se arroja a recogerlo y consigue retirar su cuerpo y armamento, dando muerte, a su vez, a otro moro que se defendía entre las peñas.

El teniente Agudo, que es la primera vez que marcha al frente de su sección, recibe en el asalto muerte gloriosa. En las peñas de la izquierda vemos expirar a un valiente chileno; sus últimas palabras son:

-(Viva la Legión!... (Viva Chile, m....!

(Y muere... (Pobre chileno, muerto gloriosamente por España en su primer combate!

El Teniente Pérez Moreno ha sido herido gravísimo; el Teniente Montes, herido levemente en el avance, es de nuevo alcanzado por el plomo enemigo, y el Capitán Fortea, de la Policía, que viene como ayudante del Jefe de la vanguardia, cae herido en el pecho; a su lado un ordenanza moro llora silencioso. En la meseta de Taxuda observamos movimiento de harqueños; la duda de que puedan pertenecer a la otra columna nos mantiene sin batirlos con nuestra artillería, pero muy pronto las baterías de Taquigriat nos anuncian que son enemigos, y a los pocos minutos los velloncitos blancos de nuestras piezas de montaña se ven sobre las ruinas romanas; a lo lejos, y por el otro extremo de la meseta empiezan a verse las banderitas españolas de los policías.

Desde estos momentos el combate se mantiene franco; al enemigo se le ve retirar por las lejanas sendas del Telat numerosos heridos en caballerías; ya nuestro flanco izquierdo ocupa una larga trinchera que muere en la barrancada.

A la izquierda de nuestra guerrilla un soldado americano combate festivo; está entre un grupo de piedras, y a cada disparo siguen sus gritos de alegría; ha colocado su sombrero en las penas más altas, y él, desde la derecha, disimulado entre dos piedras, está a la caza; el sombrero ha recibido varios balazos, y cada agujero que le producen es contestado desde su rendija por el americano, que va tumbando con su procedimiento a los cercanos pacos.

Hacia las dos, se nota movimiento en el campo enemigo y el combate se recrudece un poco; los moros se concentran en las barrancadas tratando, sin duda, de reaccionar contra nuestras líneas, pero descubierta la concentración por los legionarios, se adelantan un poco las guerrillas y rompen sobre ellos un mortífero fuego, mientras las baterías de Atlaten, avisadas por teléfono, colocan también allí sus grandes explosiones. Desde las peñas altas se les ve como locos correr por la barrancada queriendo retirar sus bajas, pero éstas se hacen mayores, y en pocos minutos queda disuelta la concentración de la harca.

Fortificada la posición se efectúa el repliegue sin apenas ser hostilizados; la posición tampoco fue atacada durante la noche, pero se observó durante ella numerosas luces en el barranco; era la recogida de los muertos.

Las confidencias comprobaron días más tarde las numerosas bajas enemigas, todos los moros encargados de la defensa de la esponja habían sido muertos o heridos Y Abd-el-Krim los citó en la harca como ejemplo.

A partir de este día la resistencia había de ser menos empeñada.

Nuestras bajas fueron 10 muertos y 71 heridos; a los cubanos y sudamericanos correspondía gran parte de esta gloria.

El combate había tenido muchos espectadores; nuestro General y su Estado Mayor presenció desde las primeras peñas los momentos del asalto y la obstinada defensa de los moros. Es el día más grande de la Legión, nos decían... yo creo que fue el día que nos vieron desde más cerca.

La orden general del día 3 de octubre dice así:

ALa operación verificada sobre Taxuda ha demostrado, una vez más, el elevado espíritu y perfecta disciplina de las tropas de esta columna que dan orgullo al Mando, muy especialmente la Legión, cuya moral, siempre muy elevada, y ardorosa acometividad, no han podido entibiar las numerosas bajas hasta hoy sufridas, siendo también distinguida la conducta de una compañía de Sevilla que acompañó a la Legión en el asalto"

XII - Sebt-Tazarut y Río de Oro

Las operaciones por el Zoco del Had en dirección a Yazanen empiezan. El día 7 una columna desde la posición del Zoco saldrá a ocupar posiciones importantes en la meseta de Iguerman; la columna del General Sanjurjo distraerá al enemigo llamando su atención en Sebt-Tazarut.

Las dificultades que representa nuestra empresa son las que lleva unidas el tener que librar un combate en el estrechamiento de Bu-Asasa, en que los hombres y acémilas tienen que pasar de a uno en un terreno dominado por las lomas enemigas. El hacer el movimiento de avance por sorpresa facilitará nuestra misión.

Salimos de noche del campamento. Un frío muy intenso se siente en la penosa subida hacia Taxuda. Conforme ascendemos y se acerca el amanecer, el frío aumenta, y la vanguardia se concentra a la derecha de la posición de la Esponja Alta.

Reunida la Legión, vamos coronando rápidamente los espolones anteriores al estrechamiento y el pequeño aduar de Bu-Asasa, para al abrigo de ellos pasar a ocupar las lomas de Sebt-Tazarut.

El enemigo no se apercibe, y sin ser hostilizados ocupamos las alturas de Sebt-Tazarut, dando tiempo a que se incorpore el resto de la columna, que por las dificultades del terreno viene bastante retrasada.

La posición por nosotros ocupada es muy dominante. A su frente se extienden las mesetas del Telat y de Ihuaua en donde los aduares aparecen esparcidos; a retaguardia, el barranco de Río de Oro forma un enorme cortado, en cuyo fondo las huertas se extienden en dirección a Zoco del Had, y a lo lejos, Yazanen y Tifasor se proyectan en el horizonte. A nuestra derecha y sobre la meseta de Iguerman, como pequeñas manchas negras, se ven las tropas de la otra columna.

Una porción de pequeños puntos se acercan por la meseta y se pierden más tarde entre las casas y peñascos del pie de la posición: son los moros concentrados en Ras Medua que acuden al combate, y las balas empiezan a silbar.

La situación en todo el frente es buena; sólo a la izquierda, un terreno de peñascos y arbolado permite al enemigo acercarse a cubierto; en este lugar los pacos se suceden pegajosos mientras nuestras baterías dispersan los grupos a lo lejos.

Conforme avanza el día va acudiendo más gente, y en el ángulo de la izquierda la acción se entabla seria.

Cumplida nuestra misión y terminada la fortificación de las posiciones ocupadas por la otra columna, recibimos la orden de repliegue.

Antes de retirarnos, sentimos abandonar estas posiciones, desde las cuales en marcha franca se llega por el llano de la meseta a la posición de Ras Medua, y a las que seguramente tendremos que

volver.

Los distintos batallones se han retirado con la artillería a tomar posiciones a retaguardia, pasa do el estrechamiento. Nuestra retirada es difícil los moros se muestran pegajosos y hay que evitar que el enemigo, coronando las alturas, nos coja en el paso. Hay que bordar la retirada, como decimos en el vocabulario militar.

Tan pronto nos replegamos del extremo derecho de la loma, los humos blancos de la artillería coronan los lugares ocupados por los legionarios, pero es preciso detenerse; unos soldados del extremo izquierdo caen heridos en el repliegue y las tropas vuelven nuevamente a ocupar la línea; los camilleros les conducen rápidos, y una vez ale jados, continúa la retirada.

Nuestras ametralladoras, situadas a retaguardia, barren la loma que abandonamos, pero no pueden evitar que algunos moros se filtren por las piedras de los costados y rompan el fuego sobre las fuerzas que se retiran, siendo herido el Capitán Alonso de la 140 Compañía. Pasado este mal paso la retirada sigue fácil hasta ponernos al abrigo de las posiciones.

Nuestras bajas este día han sido dos muertos y cinco heridos.

LOS PRESENTIMIENTOS no nos engañaban. El día 11 salimos nuevamente a Sebt-Tazarut. Debemos llamar la atención del enemigo en Iguerman, siguiendo más tarde la marcha al Zoco del Had, donde pernoctaremos, mientras la otra columna efectuará el avance desde el Zoco del Had a Yazanen y Tifasor.

La operación puede ser dura si el enemigo se presenta numeroso; el terreno es muy accidentado, y la marcha muy larga y las bajas tienen que seguir con la columna.

La primera parte del avance se efectúa en forma análoga al primer día, y cuando amanece ya están los legionarios en Sebt-Tazarut; una batería de montaña se establece en les picos de la derecha, y en esta situación, en ligero tiroteo con el enemigo, esperamos órdenes.

El resto de la columna, a nuestra retaguardia, desciende por la profunda barrancada de Río de Oro para subir más tarde por nuestra derecha a los poblados de la meseta de Iguerman. Nuestra retirada ha de hacerse por las rocosas pendientes de la derecha, al abrigo de las tropas establecidas; pero el terreno se presenta tan cortado que el paso de los mulos es imposible; por esto, y en previsión de recibir la orden de repliegue, nuestra sección de zapadores se encarga con los artilleros de la construcción de una senda para mandar por ella la artillería y el ganado de las Banderas.

El enemigo va aumentando, pero no es muy numeroso.

Recibida la orden de repliegue, enviamos por nuestra retaguardia todos los elementos a lomo con nuestros caballos, nosotros nos hemos de descolgar más tarde por las peñas; repartimos entre la tropa un suplemento de municiones Y vemos alejarse el ganado por el cortado; cuando se han alejado por el valle de Río de Oro efectuamos muy rápido nuestro repliegue, necesitamos alejarnos antes de que el enemigo pueda coronar las crestas.

Al llegar al morabo del valle se retiran de Iguerman los batallones de la columna; los moros han coronado la loma y persiguen de cerca a las últimas unidades en retirada. Están tan lejos, que no es posible llegar a auxiliarles.

El enemigo se echa encima; necesitarían reaccionar y tomar la posición nuevamente, pero no lo

hacen, y la retirada sigue precipitada con el enemigo a pocos pasos. El terreno y la situación táctica de estas unidades es tan difícil, que todo es perdonable.

Nuestras últimas compañías se han detenido, ocupando unas cercas inmediatas al morabo para prestar apoyo a esos batallones. Los legionarios recogen y conducen heridos a la ambulancia, y allí permanecemos hasta que toda la columna está replegada.

Las compañías de ametralladoras en estos últimos momentos han intervenido oportunamente, prestando un eficaz apoyo a las distintas fuerzas, y sirvientes y acemileros se disputaron el recoger y conducir heridos en los momentos de más peligro.

La noche cierra; la retirada se hace por escalones, y con frecuentes paradas seguimos el estrecho camino que nos lleva al Zoco. Nuestras bajas en este día son sólo siete heridos.

El día 12 sale la columna a pernoctar en Nador.

A nuestro paso por la plaza y en un descanso en el hipódromo escuchamos en el café a un grupo de soldados la inspirada Canción del Legionario, de que es autor el Comandante Cabrerizo.

Es uno de los cantos más bonitos hechos a la Legión. Dice así:

La canción del legionario

I

)Quiénes son esos bravos soldados
con bustos de bronce, curtidos de sol?
Legionarios del Tercio Extranjero
que llevan la savia del suelo español.
Un laurel brota siempre en las huellas
que los legionarios dejan al pasar
y germina regado con sangre
formando una hermosa corona triunfal.
No vacilan jamás ante el fuego,
porque se enardecen con ímpetu tal,
que arrollándolo todo, su empuje
es un torbellino como un huracán.
Y olvidando los hondos misterios
que todos encierran en su corazón,
dan al viento las notas vibrantes
de esta alentadora y alegre canción.

Acogido a la Bandera
que tremola mi Legión,
se ha dormido la quimera
que guardé en mi corazón.
Soy legionario de España,
que una hazaña sin rival
dará al libro de su Historia

para ofrendarle la gloria
de otra página inmortal.

II

Cuando avanzan sedientos de lucha
para detenerlos no hay fuerza capaz,
pues asolan, incendian y matan
como poseídos de furia infernal.
Segadores de vidas les dicen;
cada legionario semeja un Titán,
y gozosos, usan el machete
como un acerado y agudo puñal.
Pendencieros y audaces y rudos,
son tercos y bravos en guerra y en paz
como aquellos valientes Cadetes
que a Carbone tenían por su Capitán.
Y al volver de la ruda jornada
rendidos los cuerpos, mas no el corazón,
aún renacen los viejos ensueños
y, para acallarlos, brota su canción:

Acogido a la bandera
que tremola mi Legión,
se ha dormido la quimera
que guardé en mi corazón.
Soy legionario de España,
que una hazaña sin rival
dará al libro de su Historia,
para ofrendarle la gloria
de otra página inmortal.

III

Legionario que siembras la muerte
y audaz la persigues con ansia febril;
a tu empuje ni aun ella resiste;
la Muerte va huyendo delante de ti.
Será en vano que la desafíes
cuando en el combate te ciegue el furor...
(Tu destino es soñar la quimera
que hoy hecha girones va en tu corazón!
Y harás yermo el terreno que pises,
campo de exterminio y desolación
y aún habrá una sonrisa en tu boca:
tu amarga sonrisa de desilusión.
Y es que dentro, muy dentro del alma,

fundido en tu sangre con llanto y con hiel,
aún revive contra tu deseo
un inolvidable nombre de mujer.

Legionario, Legionario,
canta alegre tu canción,
que el cantar es legendario
en nuestra heroica Legión.
Soy legionario de España,
que una hazaña sin rival
daré al libro de su Historia,
para ofrendarle la gloria
de otra página inmortal.

XIII - Uisan y Ras Medúa

El tiempo ha empeorado. Llegan los lluviosos días del invierno y circula el rumor de que se va a avanzar sobre Ras Medua, donde las confidencias señalan concentrado al grueso de la harca. Como preparación, en la mañana del día 14 la Legión fortifica unas casas en el poblado de Bu Atlaten, que constituirán el día del avance un apoyo en nuestro flanco izquierdo.

La operación se anuncia para el día 17, concentrándose con anterioridad en las huertas de Segangan la columna del General Berenguer. El frío en este día es intensísimo; los chubascos se suceden y el Uisan, cubierto de nubarrones, anuncia que va a seguir el agua. Muy difícil nos ha de ser la marcha por la colorada y arcillosa tierra de la meseta de Ras Medua.

A las cuatro de la mañana el campamento está en pie, pero no se forma; una lluvia torrencial ha caído durante la noche y los caminos están intransitables. La operación queda suspendida hasta que mejore el tiempo.

Desde que ocupamos Segangan nuestra mirada tropieza con el macizo montañoso de Uisan, actualmente en poder del enemigo. Tras los espesos muros de sus fortines se ocultan las guardias moras, y las múltiples barrancadas facilitan a los pacos el acercarse algunas noches a turbar nuestro descanso. El grueso de la harca en este lado se encuentra al pie del monte, en los poblados inmediatos a la carretera de Kaddur.

La ocupación de este macizo, con sus grandes pendientes y profundas barrancadas, dominadas por los potentes fuertes, sería muy costosa en pleno día; el terreno se presta a la defensa y los disparos de nuestra artillería no lograrían perforar los gruesos muros de los fuertes, a los que llegaría la harca en contados minutos. Sólo por sorpresa podemos hacer nuestro el gigantesco monte. Los legionarios soñamos con la idea de llegar una noche a los fortines sorprendiendo a las guardias enemigas.

Este día llega; el General ha aprobado nuestros proyectos, y si el tiempo no nos permite ir a Ras Medua, tomaremos el Uisan.

Las precauciones para la empresa están tomadas y con anterioridad estudiados los sitios de las guardias, el camino a recorrer por las unidades y la posibilidad de que pueda fallarnos la sorpresa.

Gran sigilo se lleva en los preparativos; sólo en la tarde de este día avanzan los Capitanes a una loma próxima y, sin llamar la atención, se enteran de los caminos a recorrer, señalados en el plano anteriormente. Antes de separarnos me cercioro de que todos conocen su misión.

A las cuatro de la mañana, sin el menor ruido y sin encender luces, marchan las compañías a retaguardia del campamento, donde permanecen pegadas a la tapia.

Las prevenciones han sido dadas; los mulos y caballos quedan en el campamento con los soldados acatarrados; los fusiles se ocultarán bajo el capote, para evitar que brillen sus cerrojos, no se

fumará bajo severo castigo y nadie disparará sus armas. Las compañías de ametralladoras llevarán a brazo el material y de la conducción de las municiones se encargarán treinta hombres de la sección de trabajos Las baterías quedan en el campamento, estableciéndose a la salida del mismo; un batallón se adelantará al amanecer como reserva, y con él, el ganado de nuestras unidades.

Cuando nos despedimos del General, se encuentra levantado; salimos por la puerta de la carretera de Nador, y dando un rodeo bajamos por una aguada al cajón del arroyo. Unos policías, con el Capitán Orteneda, se unen a la expedición, y el capataz de la Compañía Española de Minas del Rif nos acompaña como práctico.

En silencio profundo y pegados a los taludes del hondo arroyo, nos encaminamos en dirección de las guardias enemigas. Inmediatamente a nosotros, un grupo de policías y legionarios explora el terreno, deteniéndose al menor aviso; al llegar al recodo del arroyo se separan las unidades que nos han de proteger en el caso de fracasar el intento. Por la derecha, una compañía y una sección de ametralladoras van a ocupar la loma frente al poblado y morabo de Sidi Busbah, para cortar en caso preciso el paso del grueso de la harca a los fuertes y flanquearán al mismo tiempo la marcha del resto de los legionarios por el barranco. Otra compañía, con su sección de ametralladoras, avanzará por las lomas de la izquierda, procurando no destacarse en el horizonte. El resto de la Legión se aventura por el profundo cajón del arroyo.

No se escucha el menor ruido. Los soldados avanzan por la arena con precaución, como un desfile de negros fantasmas, y a nuestro frente, y enfilando la barrancada, blanquean los muros del Fuerte del Carmen Pronto dejamos de verlo y nos encontramos al pie de la loma. Es preciso escalar la pendiente y resquebrajada ladera; la ascensión es lenta y penosa, y en un desmonte anterior al fuerte se concentran los legionarios antes de dar el golpe sobre las guardias.

Los momentos son de mucha emoción; ni un solo tiro ha señalado nuestra presencia, y en uno de los fortines una pequeña columna de humo delata la existencia de una guardia.

Empieza a amanecer cuando a una señal se lanzan sobre los fuertes las primeras unidades. En el pequeño Fortín de San Enrique suenan algunos disparos; es la guardia enemiga que se apercibe y huye disparando sus fusiles en señal de alarma.

No hay que perder un minuto; es necesario llegar al fuerte alto antes que el enemigo. La parte más penosa de la ascensión empieza; legionarios y policías gatean por el plano inclinado de las minas en busca del elevado fuerte, mientras la gente de la harca, por la otra pendiente, también trata de ganarlo; una veintena de metros les falta a los moros para llegar al fortín, cuando los nuestros entran en él y pronto los harqueños ruedan la ladera sorprendidos por el fuego de nuestros fusiles.

La operación ha terminado felizmente y una bandera española ondea en el pico más alto de Beni-bu-Ifrur.

El fuego dura todo el día. Los moros comprenden la importancia de la posición y tratan de estorbar su fortificación y aprovisionamiento, pero su situación es tan desventajosa, que muchos mueren cazados por nuestros tiradores, ocultos tras las aspilleras.

Desde este alto pico se baten los caminos a Kaddur y el Harcha, y el día transcurre en el fuerte entre los gritos y hurras de los legionarios cada vez que Acazan≅ algún tirador enemigo; (es tan divertida la Acaza≅ del paco!

En esta operación es herido en un pie el bravo Capitán de la Policía. Durante el día hemos tenido

tres soldados muertos y cinco heridos.

Esta noche la orden de la columna publica el siguiente telegrama:

AFelicito a V. E. y tropas a sus órdenes por brillante éxito obtenido al ocupar Monte Uisan. Me es muy honroso y muy grato transmitir esta valiosa felicitación a las tropas de la columna que han tomado parte en la operación y muy especialmente a las fuerzas del Tercio, que han acreditado, una vez más, su recia instrucción y disciplina.≅

HA MEJORADO el tiempo, y la operación proyectada sobre Ras Medua va a realizarse. La columna Berenguer con los Regulares en vanguardia, ha de subir la cuesta de Taxuda, y por Bux Asasa y Sebt-Tazarut irá a ocupar la meseta de Telat. La columna Sanjurjo, una vez tomado por la primera su objetivo, abordará de frente la meseta de Ras Medua.

El sol está ya alto cuando rompemos la marcha por el llano del Maxin; la caballería indígena se ha dirigido hacia Tanut Er Ruman, poblado en que se anunciaba la harca enemiga, pero durante los primeros momentos se nota la ausencia de los moros; sólo a lo lejos, en el reducto de Ras Medua, parece señalarse su presencia

La Legión avanza por el llano con las Banderas inmediatas y sus secciones de vanguardia desplegadas; las ametralladoras y mulos se quedan retrasados en el paso de los barrancos; se hace preciso acortar la marcha. Cruzamos más tarde por los poblados del valle, y frente a la aguada de Ras Medua se separan las Banderas, y mientras la Primera salva la barrancada siguiendo la antigua pista militar, la Segunda cruza el arroyo y asciende por la senda de la aguada de las moras. El enemigo no ha hecho resistencia y los legionarios ocupan el poblado de Medua en la meseta.

A nuestro abrigo se concentra la vanguardia; y las ametralladoras y baterías rompen el fuego sobre los grupos que se presentan en la antigua posición.

Entre las piedras y torretas se ven las cabezas de los moros; nuestros shrapnells explosionan sobre las ruinas, y después de una preparación artillera se continúa el avance hacia el reducto.

Un aeroplano que vuela sobre la torreta arroja en sus inmediaciones numerosas bombas. Una de ellas envuelve en su nube de humo el torreón, y cuando el polvo se disipa, el torreón había desaparecido.

El avance y asalto del reducto se efectúa muy rápido; mientras una compañía avanza por el borde del barranco de la derecha envolviendo la posición, otras, de frente, se lanzan sobre las piedras del reducto; las balas silban sobre nuestras cabezas, y un aeroplano a nuestro lado deja caer un parte: AEl enemigo se retira a caballo por la ladera opuesta≅.

Coronada la posición, vemos huir por las barrancadas vecinas grupos enemigos, que son perseguidos con el fuego. Por la derecha, y entre los puntos negros, se ve un grupo de gente de chilabas blancas; una sección le dirige sus fuegos.

-(Alto el fuego! (no tiréis a ésos, que son moras! -ordena un Capitán que con los gemelos observa el campo. Los soldados cesan en su fuego.

En el desastre, muchas mujeres fueron especialmente crueles, remataban los heridos y les despojaban de sus ropas, pagando de este modo el bienestar que la civilización les trajo.

Los poblados de la meseta de Beni Faclan lucen banderitas españolas y combaten a nuestro lado.

La posición es construida por los legionarios, que, aprovechando la abundante piedra, levantan en una hora el fuerte parapeto que pasa a ocupar la guarnición.

La columna pernocta en el poblado de Medua, y a la mañana del siguiente día regresa a Segangan.

XIV - Tauriat-Hamed, Harcha, Tauriat-Zag

Alrededor de la larga mesa, en el comedor del General, en Segangan, se encuentran sentados los Jefes de los cuerpos que integran la columna; un plano está extendido y un ayudante, en alta voz, va leyendo las órdenes para la operación del día siguiente: objetivo de la columna, camino a recorrer, unidades que han de quedar destacadas, lugar para establecer el vivac, misión de cada uno de los cuerpos que componen la columna; todo se va aclarando por nuestro General.

El terreno donde va a desarrollarse el próximo combate no es un misterio para el General; ha combatido en él y conoce los peligros que encierran sus múltiples y profundas barrancadas, de las que los moros saben sacar un gran partido. El veterano soldado no se cansa de dar sus prevenciones para el combate; toda la vigilancia ha de ser poca en este terreno, en que el enemigo aparece en cualquier punto sin ser visto.

Los legionarios hemos de salir antes de amanecer a ocupar la Loma Negra de la derecha del Uisan, marcada en el plano con la cota 520; a su abrigo se concentrará la vanguardia, y una vez establecidas las baterías ligeras que han de marchar por la carretera con la otra columna, se seguirá el avance.

La Policía de la columna Berenguer ocupará igualmente, durante la noche, las alturas de Belusia y Hianen.

Al amanecer del nuevo día nos encontramos ocupando la Loma Negra, sobre el antiguo camino del Harcha; la ausencia del enemigo nos permite adelantarnos a ocupar las siguientes lomas, abriendo de este modo la marcha y concentración de la columna. El enemigo se divisa muy lejos, en las alturas y chumberas próximas a Tauriat-Hamed.

Siguiendo el antiguo camino, nuestra columna llega a la inmediación de la carretera; las vanguardias ascienden por las lomas inmediatas, pero aún tenemos que esperar al establecimiento de las baterías. Pasados unos minutos, las granadas empiezan a caer sobre la posición de Tauriat-Hamed y poblados próximos; entre ellas, unas enormes explosiones de humo negro nos indican la presencia del Grupo de Instrucción de Artillería, y pronto avanzan las dos Banderas en dirección a Tauriat-Hamed y lomas de su izquierda.

Los moros se han dispersado a nuestra vista y hostilizan desde las crestas cercanas; una compañía se destaca delante de la posición, en un extenso espolón, y los trabajos de fortificación empiezan.

En el frente de combate y a lo lejos se ven núcleos fuertes en actitud expectante; las laderas del Milón están llenas de moros, y de los poblados de Trebia se acercan numerosos grupos.

Durante todo el día el combate se desarrolla tranquilo; sólo por la tarde el enemigo, que se ha filtrado por los barrancos de la derecha, hostiliza de flanco a la columna; una compañía de legionarios les aleja, y sigue el aprovisionamiento de la posición.

El lugar para el vivac de la columna es elegido a retaguardia de la posición, entre los poblados; la Legión ocupa los aduares frente al Harcha.

El sol está próximo a ponerse cuando empieza la retirada de las tropas avanzadas. Por la izquierda, el Batallón de Sicilia, que se encontraba adelantado en tiroteo con el enemigo, se retira por escalones con la tranquilidad de un ejercicio, es el primer día que entra en fuego, y a todos nos produce gratísima impresión sus primeros pasos en la campaña.

En la posición se retiran las tropas hacia el vivac, y en estos momentos el enemigo hace de nuevo su aparición en los barrancos, rompiendo el fuego sobre la carretera y ganado de las baterías. Los legionarios, que han empezado su retirada, detienen el repliegue, mientras varias secciones con granaderos avanzan a limpiar el barranco. El sol se ha puesto, y sin luz apenas, la ola de legionarios avanza; los tiros y estampidos de las bombas se suceden y los soldados se alejan barranco abajo; al enemigo se han cogido cinco muertos y los pacos se terminan. Al siguiente día la descubierta de la posición encuentra en el barranco once muertos más con su armamento.

Las bajas de la Legión habían sido: heridos el Teniente Gallego y Alféreces Díaz Criado y Díaz de Rebago y 12 soldados.

LA NOCHE PASO tranquila; el vivac no fue hostilizado, y al amanecer del día siguiente se encuentra de nuevo formada la Legión para la ocupación del Harcha.

El enemigo no ha de ofrecernos resistencia. Los disparos de nuestra artillería truenan durante nuestra subida, y la explosión de uno de ellos alcanza al Capitán y un soldado, que son heridos levemente.

Hace un crudo día de diciembre, en que un viento frío molesta nuestros trabajos y, terminados éstos, pernocta la columna en el antiguo campamento de Yadumen.

LA CABILA de Beni-bu-Ifrur ha sido rodeada, y el día 2 de diciembre la columna ha de regresar, recorriéndola e imponiendo un justo castigo a los aduares.

A nuestro paso, las columnas de humo se levantan de las pequeñas casas y la ola de fuego alcanza a los poblados de la montaña.

Las otras dos columnas, en este día se han internado también en Beni-bu-Ifrur, y esta cabila, que tanto se había distinguido en sus crueldades, había quedado destruida.

Las últimas operaciones han traído consigo la sumisión de varios aduares próximos a Tauriat-Hamed y del jefe moro Kaddur-Ben-Ab-Selam. Algunos moros se ven en las inmediaciones del camino de Tauríat-Hamed, pero su fidelidad no ha de confirmarse.

Cae la tarde, cuando un cabo legionario, con su escuadra de servicio de leña, se nos presenta en el campamento, los soldados son portadores de cinco fusiles mausers cogidos al enemigo:

-Mi Comandante -nos dice-, aquí traemos estos cinco fusiles de unos moros que hemos matado en el servicio. Estábamos cortando leña en la derecha del Uisan, cuando escuchamos tiros hacia la carretera; acudimos al fuego, cumpliendo nuestro credo legionario, y al llegar nos recibieron tirándonos desde uno de los aduares. Como los moros estaban parapetados y con los pocos hombres

que llevaba no podía castigarlos, me apoderé de un ganado que se hallaba próximo y de dos chicos pastores, uno de los cuales mandé al aduar para que viniese el jefe con los hombres armados a entregarse o me llevaba el ganado al campamento, Llegaron cinco moros, uno de ellos al parecer jefe, a los que sin dar tiempo a defenderse, desarmamos e hice venir delante de nosotros al campamento. Nos siguieron de buen grado mientras creían ir a la oficina de Policía, pero cuando vieron torcíamos por el camino de Segangan, pretendieron huir por un barranco. El ganado, para que no se pudiera pensar que había sido el origen de este episodio, lo he entregado, al paso, en la posición de Bu-Atlaten.

Estas mismas declaraciones hicieron los demás soldados, y un rato después, un sargento y un soldado de ingenieros vinieron a comprobar lo sucedido; ellos eran los que estaban tendiendo la línea telefónica cuando fueron tiroteados por el enemigo y querían manifestar que la presencia de los legionarios les había salvado de la agresión.

Aquella tarde, ya anochecido, el jefe de uno de los aduares, que en otra agresión días después fue muerto, viene a hacer sus protestas de fidelidad; a la hora de marchar tenía miedo de alejarse hacia el poblado; temía que pudiera pasarle algo y se ordena que le acompañen un cabo y una pareja de soldados legionarios, lo que aumenta sus temores; al despedirse de ellos, ya cerca del aduar, agradecido les besa las manos; no comprendía el moro que estos hombres, cuya fama de fieras ha llegado en esta zona a los más escondidos aduares, le permitan marchar, y le hayan acompañado hasta su casa.

Días después, y precedidos por los poblados amigos y Policía, se ocupan, sin que fuéramos hostilizados, las posiciones de Kaddur y Taxarut, próximas al Kert.

OCUPADO Ras Medua, los aduares de Beni Sidel, al pie de la meseta, han pedido el avance de nuestras tropas a las antiguas posiciones de Tauriat-Buchit y Tauriat-Zas, que cortando el paso de la harca por el desfiladero, les permiten vivir en sus aduares.

Para esta operación se concentran en Ras Medua las fuerzas organizadas de policía que, precedidas por los moros de los poblados, han de ocupar, al amanecer del día 20, las posiciones indicadas. La columna Sanjurjo saldrá antes del amanecer por el valle de Maxin para cooperar al buen resultado de la operación y fortificación de las posiciones.

Al amanecer, los legionarios se agrupan alrededor de las hogueras, esperando al pie de Atlaten la concentración de la columna, y, reunida ésta, emprenden la marcha en dirección a los poblados del pie de Ras Medua.

En los aduares se para la vanguardia a esperar la concentración y el establecimiento de las baterías.

A lo lejos, al pie de Tauriat Zag y del desfiladero de Trebia, se ven bullir las concentraciones enemigas; muchos de los grupos, parapetados en las piedras de la contrapendiente, parecen esperar la llegada de la fuerza; pero el número de enemigos no está en correspondencia con lo benigno de la acción.

Llegamos a Tauriat-Buchit, donde con los soldados de Policía y harca amiga se encuentran los Regulares, que van a efectuar el segundo salto a Tauriat-Zag. Los moros parecen poco interesados por la defensa y Taurit-Zag se ocupa con escasa resistencia.

Los legionarios han ocupado posiciones a vanguardia y mantienen ligero tiroteo. El enemigo

huye por el llano en dirección al Kert y la paz reina en la retirada.

XV - Ras Tikermin

Ha sido proyectada la operación sobre Ras Tikermin, y el día 21 vivaquean las dos columnas próximas a la posición del Hianen. Dirigirá el General Berenguer (Federico) y son Jefes de columna los Coroneles Saro y Fernández Pérez.

Los poblados inmediatos al puente del Kert combatirán a nuestro lado y han entregado los explosivos y mechas con que el enemigo pretendía volar el puente. La Policía y harca amiga ocuparán antes del amanecer Calcul, defendiéndose hasta la llegada de la columna.

Al amanecer del día 22 salen las Banderas de la Legión en cabeza de la columna Fernández, para abordar de frente las posiciones enemigas, mientras por la izquierda la columna Saro irá a ocupar Tlemsalen.

Cruzamos el Kert por el soberbio puente de piedra, obra de nuestros ingenieros, y llegamos a Calcul, ocupado por la Policía; allí queda por orden superior una compañía de legionarios en espera de la columna. Este es el lugar señalado para la concentración antes de dar el salto a Ras Tikermin, donde los policías y gente del pueblo se han establecido antes de amanecer.

Llegan noticias de que el fuego es muy grande y de que en Ras Tikermin las municiones escasean.

Con gemelos se distinguen los grupos enemigos, ocultos en los espacios desenfilados de la posición. Varios aeroplanos, volando sobre ellos, nos dejan escuchar el tableteo de sus ametralladoras. Se les ve trazar pequeños círculos sobre las barrancadas, ametrallando a los grupos enemigos. Vuelan tan bajo, que tememos que puedan alcanzarles los disparos Otro aparato deja caer bombas que levantan negras humaredas. Todo el fuego se concentra en el pequeño espacio desenfilado delante de la posición. Hay que ir en seguida, sin esperar la concentración de la columna.

Rápidamente van los legionarios ocupando las alturas de los flancos y llegamos a Ras Tikermin, adonde ha ido al galope la caballería. Relevamos a los jinetes, que encontramos en la loma anterior a la posición, y entramos en la misma los primeros legionarios.

La posición se compone de un alto muro de piedra con unos pequeños tambores; en ella se agrupan los moros del poblado y los policías con un oficial; parece escasearles las municiones Y el enemigo hostiliza desde las próximas lomas. Por los barrancos del Mauro y posición de Sidi Salen se acercan, a su vez, numerosos cabileños.

La entrada de la posición y rampa de acceso están tan enfiladas, que los proyectiles del enemigo levantan en ellas un hervidero de polvo es necesario alejarlo para que puedan avanzar los ingenieros y empiecen los trabajos de fortificación.

Las únicas fuerzas de que disponemos son dos compañías de legionarios, menos una sección, y una compañía de ametralladoras; el resto de las Banderas se encuentran ocupando las lomas del flanco izquierdo y posiciones anteriores, y la columna está todavía en Calcul. Apoyados por el fuego

de nuestras ametralladoras salen de la posición a batir al enemigo las compañías 2.0 y 13.0, mientras que por la loma de la izquierda, otra compañía de la Legión rebasa el flanco enemigo. Ante el avance de los legionarios, los moros parecen declararse en huida, y con poca resistencia las guerrillas ocupan el frente y flanco derecho en las lomas, delante de la posición; pero en estos momentos el enemigo reacciona y el combate se empeña a pocos pasos; en los fusiles de los legionarios brillan los machetes, los vivas e interjecciones se suceden: (perros!, (cobardes!, (toma!..., (ay! Al banderín de la 13.0 compañía, enarbolando su bandera, se le ve gritar. Cae a tierra; es el célebre cuentista de la compañía citada; el que en los días de fiesta nos entretiene con sus cuentos y canciones.

Las secciones de sostén acuden al sitio del ataque, pero, rechazadas en este lado, tienen que retirarse y acudir al otro, Nadie piensa en recoger las bajas; ya se hará luego; nuestros ordenanzas y agentes de enlace intervienen también en la lucha.

Un oficial cae herido o muerto; sobre él muere un legionario; los moros ruedan la ladera, pero el fuego sigue muy intenso. Es preciso resolver el combate alejando al enemigo con la maniobra; pero no nos quedan tropas; los acemileros y conductores de ametralladoras se encuentran ya formando un sostén en el frente. Entonces echamos mano de los policías y moros adictos, enviándoles a ocupar por la derecha unas lomitas que baten la ladera de revés. La empresa no les agrada mucho, las disculpas se repiten; Ano tener cartás≅ (municiones); se los entregamos, y por un barranquito de la derecha les hacemos aparecer en su puesto sin ser vistos. En estos momentos, el enemigo al verse amenazado por retaguardia, se declara en huida y las ametralladoras y fusiles se encargan de perseguirle con sus fuegos por las múltiples barrancadas.

La calma renace en nuestro frente y llega el momento de retirar las bajas. Dos oficiales, el Teniente Infantes y el Alférez Marquina, han muerto gloriosamente; el Teniente Hidalgo, que manda la segunda compañía, es herido de gravedad, y son muchos las clases y soldados caídos en la lucha.

En la extensa loma de la izquierda, el combate sigue duro durante todo el día, y la primera compañía, que se ha establecido enlazando las dos lomas, ocupa un pequeño collado donde el enemigo ataca constantemente.

Los aeroplanos siguen incansables su tarea, y delante de las guerrillas colocan sus bombas, prestándonos importante ayuda.

Los trabajos de fortificación adelantan, y pronto se emprenderá la retirada. Un cañón enemigo nos dirige sus disparos; los proyectiles caen delante y detrás de las guerrillas, algunos dentro de la posición, pero son muy contados los que explosionan y causan bajas.

Recibida la orden de repliegue, el enemigo está tan cerca, que en algunos puntos del frente hay que falsear la retirada.

A la primera compañía, que ocupa el collado, en los momentos que intenta el repliegue, le aparece el enemigo coronando la loma; por esto avanza nuevamente, matando a varios de los harqueños; pone al resto en huida y aprovecha este momento para retirarse a su vez. Un rato después los moros reaparecen en el collado.

Una batería de montaña y las ametralladoras protegen el repliegue de las tropas, manteniendo a raya al enemigo.

El combate nos ha costado a la Legión seis muertos y cuarenta y un heridos; han sido heridos los Tenientes Virgilio García y Toribio Marcos; pero los legionarios regresan satisfechos; las bajas

enemigas han sido muy crecidas.

Al día siguiente, la Legión regresa al campamento de Segangan.

EN MI VISITA al hospital pregunto por el cuentista. Le operaron de su herida del vientre sin resultado. (Ha muerto! En sus últimos momentos había echado su discurso. Le iban a dar el cloroformo y presenciaba la operación un hijo del General Sanjurjo, que estudia Medicina. Toma, Sanjurjo le dice el médico al hijo del General, entregándole la mascarilla del cloroformo.

-)Sanjurjo? -dice el legionario-)Será usted pariente de mi General?

-Sí, hijo.

-(Cuánto lo celebro!, yo a su papá le quiero mucho, bueno, como todos los legionarios, (ése sí que es un hombre... ! (más valiente!, es un General estupendo, es el General que acompaña a los soldados. Si nos encuentra en el campamento, nos habla como un camarada, y nosotros le queremos mucho...

Y así sigue un buen rato hablando al chico de su padre. El médico tiene que imponer su autoridad: Vamos, calla; ya hablarás luego.

Le dan el cloroformo y le operan. No había de volver a la vida... (Hermoso ejemplo de soldado que dedica sus últimas palabras a cantar las glorias de su General!

XVI - Operaciones sobre Drius

Los primeros días del año 1922 siguen de descanso en el campamento de Segangan, pero en ellos se dice que muy pronto ha de seguir el avance a Dríus.

A las once de la mañana del día 7 llega la orden de pernoctar en Monte Arruit.

El camino a seguir es el del Jemis de Beni-bu Ifrur, y la hora de partida, las dos. Con anterioridad han salido los carros con la impedimenta, pero al llegar al Zoco del Jemis, los encontramos detenidos al lado de la posición; la pista acaba allí; el camino no permite el paso de los carros y lo avanzado del día no les deja volver.

Es preciso que lleguen, y la sección de zapadores les abrirá camino.

Se adelantan los legionarios armados de picos y palas; en poco tiempo quedan salvados los pasos difíciles, y a las siete de la noche entran en el campamento de Monte Arruit los carros con la sección de zapadores.

EN LA MAÑANA del siguiente día, y después de una misa de campaña, salimos para Batel, y en el camino no dejamos de pensar en los días de julio y en la retirada del ejército por el ardiente llano.

En el campamento de Batel concurren las columnas de Berenguer y Cabanellas; la aglomeración de tropas es grande y los animales tienen que esperar turno para abrevar; el agua es muy escasa en este lugar y se hace preciso traerla en aljibes desde la retaguardia.

Junto al pozo número 2 se agrupan los caballos esperando la codiciada agua, mientras un oficial del Batallón de África me va refiriendo la defensa que de aquel pequeño fortín han hecho un cabo y tres soldados de su cuerpo y un cabo y dos soldados de ingenieros. El pozo de Batel es el que surte de agua a todo el llano y su agua es solicitada por los indígenas.

Al pasar por Batel la columna en retirada, la guarnición del pozo recibió del General Navarro orden de repliegue, que no cumplieron, por no haberla recibido de sus jefes naturales, y más tarde tuvieron que resistir los ataques enemigos.

Los moros creyeron en un principio empresa fácil rendir a este pequeño número de soldados, que en el llano son los dueños del agua. Desesperados de su empeño, entran en trato con los defensores, y a cambio del agua los soldados reciben gallinas, huevos y víveres. Diariamente hay una tregua en que cambian sus productos.

En sus conversaciones con los moros se enteran de que tienen en el aduar un oficial herido y un soldado prisionero, y se niegan a darles agua si no les hacen entrega de ambos; pero pasan los días, los cartuchos escasean, y una noche, enterrando los fusiles, abandonan el pozo en dirección al Muluya.

En el camino aún tienen que probar su recio temple; sorprendidos por dos moros, luchan con ellos, consiguiendo desarmarles y darles muerte; y con los dos fusiles llegan tranquilos a la zona francesa.

(Cuánto heroísmo encierra la conducta de estos sencillos cabos y soldados!

EN LA TARDE de este día, el General Berenguer nos reúne y nos explica el objetivo de la operación, misión de la columna y parte que cada uno ha de tomar en el combate. El terreno es ideal para combatir; un llano extenso y lomas suaves, en que sólo la cuenca del Kert y el Gan pueden servir de refugio a los tiradores enemigos.

Varias son las columnas que han de tomar parte en la operación, y el frente de combate es muy extenso.

La columna Fernández, por la derecha, ocupará la Hariga; la del General Cabanellas, compuesta en gran parte de caballería, Dar Azugag y Casa Quemada; mientras la nuestra se dirigirá a Dar Busada y Amesdán. El terreno es tan fácil que nos las prometemos muy felices.

De madrugada se concentra la vanguardia, y antes de amanecer rompemos la marcha en dirección al Gan; en él habíamos de encontrar restos de las tristes escenas del pasado julio, y sin ser hostilizados, nos concentramos pasado él río Seco.

Un escuadrón de caballería, en exploración, avanza sobre Dar Busada; suenan unos tiros y vemos a los jinetes galopar hacia la posición; avivamos el paso; al llegar a ella, unos pacos, desde las lomas de enfrente, nos hostilizan, y una compañía de la Legión marcha a ocupar los derruidos muros de la avanzadilla.

De las lomas cercanas siguen disparando, aunque débilmente, pero una maniobra del escuadrón de caballería los pone en huida; ocupamos posiciones y el día transcurre tranquilo para la Legión, habiéndose recogido armones de artillería y proyectiles de campaña y montaña abandonados.

A media tarde; un movimiento de tropas que van y vienen se distingue con los gemelos en dirección a Dar Azugag; unos escuadrones de regulares avanzan al galope hacia aquel lado; algo raro pasa. A los pocos momentos recibimos la orden de que una Bandera vaya en aquella dirección; parece que el enemigo está farruco.

Cuando llegamos a Amesdan, nos ordenan relevar a las tropas desplegadas. Los regulares han empezado el repliegue y el enemigo, que entonces se presenta, no corresponde a la alarma.

A nuestro lado pasan los regulares. Preguntamos a un moro lo sucedido, y sólo nos sabe decir. ACaballería de rifeño estar como diablo, nosotros tirar, tirar y no jaserles nada≅.

La retirada la hacemos sin ser hostilizados, y en las inmediaciones de Dar Busada vivaquea la columna.

En la madrugada del siguiente día se reanuda el avance en dirección a Dríus. Nuestra columna, por la parte del monte, a la izquierda de la carretera, irá ocUpando las alturas de Uestia y Haman, en las que se encuentran las ruinas de las antiguas posiciones, y si la columna de la derecha encontrase resistencia, podremos seguir a Dríus.

Los camiones blindados nos preceden por la carretera y alejan de la barrancada del Kert a los tiradores enemigos. Hostilizados débilmente, ocupamos Uestia y Haman. Cuando nos preparamos a seguir a Dríus, donde llevan ya un rato los camiones blindados, vemos entrar en la posición la caballería del general Cabanellas. El enemigo en su huida había abandonado varios cañones.

Nuestro campamento queda establecido a un kilómetro de Dríus, junto a unas casas moras, y a él nos encaminamos.

La operación ha sido muy brillante; en ella se comprobó, una vez más, la escasa resistencia que el enemigo opone al segundo día de combate; esto ha sido aprovechado por nuestro General para llegar con toda facilidad a Dríus, pese a los alarmistas, que creían ver la empresa dura y preñada de peligros.

Frente a la posición se extiende un enorme llano. Cuanto más se avanza, menos se explica lo pasado.)Cómo no se habrá detenido en Dríus la triste retirada?

Recorred estos campos; conversad con los soldados y clases que participaron del desastre e interrogad a los indígenas; sólo entonces encontraréis la clave de esa retirada que empezó en Annual y acabó en las matanzas de Zeluán y Monte Arruit.

XVII - En Drius

Durante los primeros días de la ocupación, la vida en Dríus es tranquila; nuestras descubiertaS avanzan sin ser hostilizadas, los poblados próximos de la Abbada parecen estar en actitud pacífica, y sólo los cadáveres y huesos, de que el llano está salpicado, nos hablan de la crueldad que se ensañó en los nuestros.

Conforme nos internamos, los pequeños montes de costillas, cráneos machacados, quemados y sin posible identificación, jalonan el camino, algunas ropas, con el número 59, indican que pertenecieron a soldados del Regimiento de Melilla En espuertas recogemos los restos de aquellos soldados, algunos de los cuales encerrarán heroísmos sublimes para siempre ignorados.

En estos días se presentan los jefes de los Poblados situados en la pequeña elevación del llano en dirección a Tafersit. El Coronel de Policía, con los escuadrones indígenas, va a conferenciar con los moros. Una columna compuesta de legionarios y artillería se pone en movimiento y se aproxima al lugar de la conferencia, como reserva de los escuadrones. Cuando llegamos a mitad del camino, una orden urgente nos hace avanzar sobre Abbada.

El Jefe de Policía, en medio de numeroso corro de moros, conferencia con los indígenas, que aparentan sumisión. Los silos de las casas están llenos de grano, pero sus ganados se encuentran alejados en dirección al monte. En los patios de los aduares se encuentran mil huellas de crueldad. Un patio llama nuestra atención; junto a una pared están los restos de unos cadáveres, y sobre ellos, en el blanqueado muro, los impactos de los disparos salpicados de sangre.

Una ola de indignación pasa por nosotros. Que hagan alto los legionarios y que no entren en el poblado. (No vean tanta infamia y estropeen la política!

La conferencia termina pronto, los grupos que se veían en dirección de Tafersit, y que motivaron nuestro avance, parecen acercarse. Recibimos la orden de repliegue y nos volvemos con el sentimiento de no poder hacer justicia a nuestros hermanos cruelmente asesinados.

A los pocos días, los moros de estos poblados habían desaparecido, una vez trasladado el grano.

Días después salimos las Banderas, constituyendo una pequeña columna con elementos de artillería, sanidad, ingenieros e intendencia, a ocupar la avanzadilla de Dar Azugag, que había quedado sin fortificar el día de la toma de esa posición.

Avanzamos hasta la orilla del Kert sin ser hostilizados; en tres horas queda fortificada la posición y nos retiramos al campamento.

EL RESTO DEL MES pasa tranquilo en el campamento de Dríus, sólo en la noche del día 28

numerosas descargas 'enemigas nos llevan al parapeto. Las balas silban por encima de los sacos terreros, y rápidamente las unidades ocupan sus puestos de alarma.

Los fogonazos de los disparos enemigos se suceden a corta distancia; al campamento le tiran por todos sus frentes, y rápido se escucha el martilleo de nuestras ametralladoras.

Una sombra blanca anda por el parapeto del tambor; una pequeña chispa se mueve en el aire y un estampido como un cañonazo se siente en el barranco; es el Teniente de la Sección de granaderos que ha salido desnudo al saber que el enemigo estaba próximo. Unas cuantas granadas más son arrojadas y los moros se alejan.

A la pequeña plazoleta del campamento llega una camilla con un soldado muerto. Trae la cabeza atravesada. De la puerta de la posición conducen a otro soldado herido y de uno de los puestos de servicio avisan que hay un muerto. El fuego enemigo sigue intenso y se siente el sonido antipático de la Aarbaia≅.

El campamento ya no tira y de nuestros tambores salen gritos e insultos para el enemigo; se les pide que vengan; que ataquen de nuevo, y en burlas y bromas en árabe se cambian denuestos. El enemigo, muy alejado, nos contesta en castizo castellano mil finezas.

De pronto rasgan el espacio las notas vibrantes de un clarín de guerra se hace un silencio profundo en todo el campo, y unos aires de Granada siguen dulces y sentidos. La corneta parece interpretar el momento, y al morir sus notas lentas y vibrantes, los vivas a la Legión se oyen en los puestos del servicio avanzado.

La corneta ha impuesto el silencio con un sentido canto, y el campamento duerme soñando con el recuerdo que evocó la música.

CON EL MES DE MARZO parece haber llegado otra época de movimiento. A un paseo militar al boquete de Tamasusi, sucede el día 7 la ocupación de la Chauía, a tres kilómetros del campamento, y el día 8 la ocupación en el llano, a la derecha, de una posición que toma el nombre de Sepsa. Este día se mantiene fuerte tiroteo con el enemigo.

Mientras las tropas se encuentran fuera del campamento, un ataque por el cauce del Kert ocasiona sensibles bajas al Batallón de Álava, de servicio en la aguada.

El día 14 sale la Legión en vanguardia de la columna Berenguer a colocar una posición en la meseta de Arkab, dominando el poblado de Itihuen.

Con escasa resistencia se ocupan las posiciones y se establecen los legionarios a vanguardia de las mismas; pero los arbolitos y matorrales de que está cubierta la extensa meseta facilitan al enemigo el acercarse sin ser visto, y en algunos puntos del frente el fuego es más intenso, encontrando gloriosa muerte el Alférez Ojeda, de la segunda compañía. Así tenía que morir este joven Alférez, siempre alegre y decidido para el combate.

La retirada se hace más tarde con facilidad, al abrigo de las posiciones establecidas.

En el campamento se habla de que seguirán las operaciones sobre Beni Said, cuyos moros han prometido someterse cuando nuestras tropas lleguen a la posición de Tuguntz

XVIII - Ambar y Tuguntz

Se establece, el día 17, en Itihuen el campamento provisional de la columna. En este día llegan los carros de asalto de infantería, que han de tomar parte en la acción. Los oficiales cenan en nuestro campamento; el Teniente Coronel ofrece todos los elementos de la Legión a sus compañeros de la Escuela de Tiro, y después de un apretón de manos, deseándoles un buen éxito, se retiran todos en busca del descanso.

Al amanecer del día 18 sale la Legión, precedida de los carros, en vanguardia de la columna; los moros hostilizan débilmente, y los carros de asalto avanzan por la barrancada anterior al aduar de Ambar. Siguen los legionarios a ocupar los aduares, y después de breve detención, descienden los carros por el profundo barranco que separa Ambar de la Loma Alta, conocida más tarde con el triste nombre de la Aloma de los ataques≅. Las guerrillas de la Legión ascienden las cortadas laderas y toman posiciones pasado el barranco.

El barranco ha sido largo y penoso; el enemigo hostiliza vivamente, y la columna aún viene retrasada. Se ha de seguir,)Dónde está Tuguntz?)el avance? El combate se sostiene duro y los Beni-Said y Beni-Ulisek se extreman en el ataque.

La columna, al borde de la meseta inmediata a los aduares de Ambar, sostiene fuego en su flanco izquierdo con el enemigo. Después de un gran rato llega la orden de dar por terminado el primer salto hacia Tuguntz y que se fortifiquen las casas de Ambar.

Los tanques, que se adelantaron unos ochocientos metros delante de nuestras guerrillas, desaparecen durante un rato de su vista; cuando reaparecen, los moros les rodean arrojándoles piedras; furiosos, tratan de luchar con el nuevo elemento de combate; buscan el ángulo muerto de sus ametralladoras, pero inútilmente, muchos caen acribillados por sus fuegos.

Un carro regresa a las guerrillas la ametralladora se encuentra interrumpida, No es extraño, el día anterior fueron desempacadas y colocadas en los carros, y el personal, que debiera estar muy práctico en su conocimiento, no parece estarlo. El apuntador llega levemente herido; un moro metió por la mirilla una gumia, hiriéndole ligeramente.

Los moros, escarmentados de su primer ataque contra los tanques, esperan ocultos en las barrancadas el momento del repliegue.

Las guerrillas siguen durante el día en fuego con el enemigo, y terminada la fortificación de las posiciones, el grueso de la columna se repliega a Itihuen, mientras la vanguardia ha de retirarse sobre la posición de Ambar. El Teniente Compaired, de la 130 compañía, ha sido herido.

Los carros de asalto, que hace unos momentos se encontraban a la altura de las guerrillas, se han de replegar a retaguardia de las mismas, evitando que el enemigo se eche encima, mientras las tropas cruzan las profundas barrancadas.

Empezado el repliegue, el enemigo, muy numeroso, ataca por todas partes y el combate se entabla duro; en estos momentos, cuando las últimas unidades de legionarios han cruzado el barranco, ven a las guarniciones abandonar los tanques y correr cuesta abajo por la loma. Los legionarios recogen al Capitán de los tanques y un soldado herido y entran en la posición. El enemigo ataca duramente y se encuentra en algunos puntos cerca de las alambradas; los defensores les hacen nutridas descargas, que les causan muchas bajas.

En estos momento, al bravo Comandante Fontanes, que manda la Segunda Bandera durante toda la campaña, le traen herido con un balazo en el vientre; a su lado viene su ayudante, el Teniente Lizcano, también herido, mientras a lo lejos los moros se agrupan rodeando los tanques. Las sombras de la noche impiden ver a distancia y las posiciones rechazan el ataque.

El Padre Antonio Vidal, escolapio, agregado voluntario en la Legión, muere gloriosamente.

La noche es triste en Ambar, el Comandante Fontanes está muy grave, y todos saben lo que significa una herida de vientre con el hospital tan lejos. El Doctor Pagés, es toda la preocupación del herido; él podría salvarle. En la Legión se siente admiración por este notable cirujano, que ha librado a tantos legionarios de una segura muerte. Por esto piensa en Pagés el bravo Comandante de la Segunda Bandera.

En la madrugada del 20 muere en la posición el heroico Comandante. La Legión está de luto, ha perdido uno de sus mejores Jefes y los soldados están tristes; sus ojos no lloran porque en sus cuencas ya no quedan lágrimas, (han visto caer ya tantos oficiales y camaradas!....

LA OPERACIÓN de Ambar y la pérdida de los carros de asalto suscitan en la opinión diversos comentarios; los tanques han fracasado, se oye decir, los tanques no sirven para Marruecos, no son apropiados para este terreno Suposiciones todas hechas sin más conocimiento que los relatos poco verídicos que se hicieron de su actuación.

Los Carros de asalto y tanques son de gran aplicación en esta guerra, veremos si el tiempo me da la razón.

Prescindiendo de las características de los carros de asalto de infantería, aquí empleados, superados por otros carros de asalto en servicio de los ejércitos extranjeros, las causas de su poca eficacia en los primeros combates, y de su pérdida, han sido muy diversas.

El armamento del carro de asalto consiste en una sencilla ametralladora; es necesario mejorarlo y dotarlo de una doble ametralladora, como llevan en otros ejércitos, medio único de asegurar la continuidad de su acción Y evitar que la menor interrupción deje sin armamento al carro.

La ametralladora Hochkiss, no obstante sus excelentes condiciones balísticas, necesita una cartuchera seleccionada que disminuya las interrupciones, tan frecuentes en nuestras unidades de ametralladoras, por las municiones tan diversas que se emplean.

El personal de estos carros ha de ser competentísimo y su instrucción perfecta, además de estar escogido entre personal entrenado en la campaña.

Los tanques, en esta clase de guerra, han de operar prestándose mutuo apoyo, y en los períodos de instrucción han de practicar sus ejercicioS en combinación con aquellas tropas con las que han de sostener enlace en el combate.

La falta de gasolina, causa a que se atribuyó la pérdida de los tanques, es, como se ve, tan pequeña e indica al mismo tiempo tal falta de preparación en el personal, que no por ello han de sentenciarse esas unidades al fracaso.

Los enemigos de los tanques son: la artillería, los fusiles y las ametralladoras contratanques; si nuestro enemigo no dispone de estos medios de acción, evidentemente su empleo no ha de tener contratiempo y causará a los harqueños hondo quebranto, evitando al mismo tiempo las bajas propias.

No quiero decir con esto que el carro de asalto vaya a solucionar la campaña, pero sí que ha de ser un poderoso elemento para nuestra acción militar, y su empleo en mayor número encajará dentro de las aspiraciones de la Nación de reducir los efectivos que en África combaten. La construcción de un tanque ligero, con más de un tirador, especial para Marruecos, aumentaría la eficacia y radio de acción de esta arma.

Las unidades de tanques tienen un valor que hoy parece desconocerse, y no hay que olvidar que lo más caro en esta guerra no es el material, sino los hombres.

EL AVANCE SOBRE Tuguntz continúa. El día 29 sale la columna a las órdenes del General Berenguer y se concentra al abrigo de las posiciones de Ambar y Velázquez, permaneciendo las baterías ligeras y del Grupo de Instrucción en el borde de la meseta de Arkab.

Con la Legión por la derecha y los Regulares por la izquierda, avanza la vanguardia en dirección de Ala loma de los tanques≅ y va coronando las sucesivas alturas hasta llegar a las que se han de conocer en lo sucesivo con los nombres de Tuguntz y Cala. El enemigo, en estos momentos, tirotea con alguna intensidad, pero el combate se desarrolla fácil, y descendiendo de esas posiciones ocupamos las alturas siguientes, anteriores al río Bas. A nuestra derecha avanzan tropas de Policía, y por este lado, y a retaguardia, se ve a lo lejos la caballería de la columna Cabanellas.

El terreno hacia el Bas es malísimo; las lomas están surcadas de profundas grietas, que, muriendo en el cajón del río, constituyen magníficos caminos cubiertos, y la altura de estas lomas oculta el valle del Bas a las baterías de montaña establecidas en la posición, que sólo de muy lejos pueden batir los caminos que bajan de Dar Quebdani.

Por la izquierda avanza un escuadrón de Regulares. En el collado aparece de pronto numeroso enemigo. Le deja avanzar, y cuando está a media ladera, rompe sobre él sus mortíferos fuegos. Muchos jinetes caen, otros mueren con sus caballos y varios de éstos, sin jinete, galopan asustados entre el nutrido fuego, mientras los restos del escuadrón se retiran al galope por los costados de la loma.

La infantería de Regulares avanza a apoyarles, y el combate se entabla duro en todo el frente; las grietas del terreno son empleadas como trincheras, y los moros llegan sin ser vistos hasta pocos metros de las guerrillas.

En esta situación transcurre el día. A lo lejos, por los caminos de Beni Ulixek y Dar Quebdani, se ve venir numerosos grupos de moros que se pierden en las profundas barrancadas del Bas. Algunos entre ellos llegan a caballo; éstos son los que frecuentemente se adelantan en la retirada Y ocupan al galope las lomas por nosotros abandonadas. Es una de las herencias del desastre. La abundancia de caballos les permite emplearlos como infantería montada; en las retiradas pueden caer rápidamente sobre los escalones de retaguardia, y en el avance defienden las lomas hasta el último momento.

Todos estos grupos que acuden al combate llegan a él al mediodía, que es cuando generalmente

se empeña la acción. En estos momentos, toda la vigilancia es poca, y los barrancos, a los flancos y retaguardia, deben ser observados con pequeños destacamentos; muchas veces la práctico en esta clase de guerra nos dice por adelantado dónde ha de aparecer el enemigo.

La presencia de unos grupos a pocos pasos de los policías de nuestra derecha motiva una vacilación en este lado, al que tenemos que acudir haciendo reaccionar la línea. El fuego sigue muy intenso, y en estos momentos duros de la acción, el Alférez Llaneza, de la 130, recibe muerte gloriosa.

Los cañones enemigos colocan sus proyectiles entre nuestros sostenes sin causarnos bajas, mientras en la izquierda, una compañía del Batallón de Galicia avanza en auxilio de los Regulares. Con los gemelos vemos aproximarse al lugar donde el fuego es más empeñado un enorme guerrillón; los moros de Regulares, retrasados en la loma y parapetados, nos indican lo que va a pasar, (Quién pudiera detenerlos! El enemigo espera que se adelanten, y cuando están al descubierto rompen el fuego y caen sin combatir una porción de soldados. Muchos se tumban y disparan, pero,)a dónde?, (si uno de los problemas de esta guerra es aprender a ver al enemigo! La gente se porta bravamente, pero como dicen los moros: TODAVÍA NO SABER MANERA.

La retirada es difícil; los harqueños están tan próximos, que en pocos metros pueden coronar las lomas y nosotros tenemos que descender de ellas y subir a las anteriores.

Al empezar la retirada, los nuestros se detienen, vuelven unos momentos y después de hacer unas descargas descienden por la pendiente, mientras las ametralladoras y unidades colocadas a retaguardia ponen sobre la cumbre su fuego de barraje. La retirada sigue luego ordenada al abrigo de las posiciones.

XIX - Chemorra, Dar Quebdani, Tahuima. En el Peñón

El mes de abril es feliz en operaciones, y con escasas bajas se alcanzan los distintos Objetivos.

Sigue el avance sobre Beni Said. Esta vez nuestro papel es distraer la atención enemiga, batiendo con nuestra artillería las concentraciones en el valle del Bas, mientras la columna Cabanellas ocupa Chemorra y otras posiciones.

Salimos antes del amanecer, y a las siete de la mañana se ocupan las alturas a la derecha de Tuguntz, sin ser hostilizados. El enemigo se presenta a lo lejos en actitud de espera; los cañones de nuestra columna y el Grupo de Instrucción baten las concentraciones y aduares enemigos; en el fondo del valle las fuerzas de Cabanellas empeñan combate y fortifican las posiciones.

La retirada se hace normal, y regresamos sin novedad al punto de partida.

PARA EL DÍA 8 se prepara la toma de Dar Quebdani; la columna Cabanellas lo abordará de frente y nosotros avanzaremos a establecer contacto con ella y cortar el paso del enemigo en la cuenca del Bas.

La operación resulta preciosa. Las columnas avanzan en direcciones perpendiculares. Llegamos al Bas, y desde Ambar Oriental al río extendemos nuestra línea, cortando el paso al enemigo. Nuestra situación es muy favorable, y las ametralladoras Y fusilería mantienen a raya a los harqueños, causándoles bastantes bajas; Y en la retirada, aunque los moros pretenden acercarse, no consiguen más que causarnos tres heridos.

CUANDO REGRESAMOS de Dar Quebdani, el General nos da la noticia de que el Peñón de Vélez de la Gomera es constantemente atacado, y ordena el envío urgente de 50 legionarios voluntarios con dos oficiales a reforzar la guarnición.

En las compañías, todos los soldados se presentan voluntarios para la empresa, y se disputan el honor de ser nombrados, y, por fin, son designados un cabo Y ocho legionarios entre los mejores tiradores de cada compañía.

Entre los oficiales se repite la misma escena, y es nombrado el Teniente Esparza jefe de la expedición.

En el ABustamante≅, y en la oscuridad de la noche, se acercan a la costa; a un kilómetro del Peñón transbordan a una gasolinera Y protegidos por el cazatorpedero se aproximan al Peñón.

Una línea de pequeñas luces se ve hacia la playa. Los disparos de la artillería y fusilería enemiga avisan que el enemigo ha advertido la maniobra, y siguiendo una luz roja llega la gasolinera al abrigo

del cortado.

Una escala de cuerda se ofrece para el desembarco, y con dificultad suben por ella muchos de los soldados, mientras otros ascienden metidos en el serón de subir la carga. Los legionarios pasan desde este día a ocupar el sector peligroso.

Los puestos de servicio son seis, en unas pequeñas cuevas a la orilla del mar, y a cuarenta metros, en la costa, se encuentran los tiradores enemigos.

La situación del Peñón no es mala; no obstante los bombardeos de la artillería enemiga, los legionarios se encuentran encantados, y con sus fusiles y ametralladoras han organizado un contrapaqueo que no deja parar a los indígenas a la vista de la posición.

Los trabajos de fortificación se activan, y algunas noches bajan los legionarios por una cuerda de nudos al pie del cortado, y por medio de otra cuerda han subido más de mil tablones en la playa abandonados y refuerzan con ellos las obras de sacos.

Durante las noches se cruzan mil insultos con los cabileños, que han aprendido los nombres de las clases y oficiales, hasta el extremo de que la misma noche que los legionarios llegaban preguntaban los moros,)si llegar los del Tersio?

A los pocos días de llegar los legionarios, se siente decaimiento en el campo moro. Entre los que a diario vocean a la Plaza se encuentra Hamido, el hijo del dueño de un comercio del peñón, el marrajo moro que también habitaba con los españoles y que algunas noches corea y aun canta la jota de Navarra, aprendida en sus muchos años de convivencia con los cristianos.

Estos moros abandonaron, en víspera del ataque, el Peñón y se pasaron al enemigo creyendo en las promesas de Abd-el-Krim y en la toma de la Plaza por los indígenas, y hoy están ya arrepentidos; perdieron las mercancías de sus tiendas; y sus fardos de té, tabaco y azúcar, abandonados en el muelle, son de noche recogidos por los legionarios.

La situación del Peñón es buena; sólo de cuando en cuando los moros cañonean o disparan sus fusiles, pero esto no priva a los soldados de bañarse y dedicarse a la pesca durante el día para ir matando el enorme aburrimiento del Peñón en calma.

Las malas condiciones en que se hace el convoy, la falta de desembarco y el tener que efectuar de noche la maniobra de descarga, hace que los convoyes se lleven de tarde en tarde y que la guarnición pase algunas privaciones. La carne no existe y los ranchos tienen que reducirse al condimento de alubias, garbanzos, arroz con tocino y, en algunas épocas, un poco de chorizo. Los legionarios han encontrado compensación y durante el día se dedican a cazar gatos, que adobados y puestos al sereno se les convierten en riquísimos conejos, y así han ido dando cuenta de los cincuenta o sesenta gatos que habitaban en el Peñón; sólo uno era respetado, el del Comandante militar, pero un día que el convoy tardaba, cuentan los legionarios que el gato se suicidó; nadie lo había matado.

La situación en el Peñón sigue siendo tranquila y la guarnición de legionarios reducida a treinta hombres.

Días después de salir los legionarios para el Peñón, se recibió de S. M. el Rey (q. D. g.) el siguiente telegrama: Ael Rey al Teniente Coronel Millán Astray, Jefe Tercio. -Felicito al Tercio por la hermosa defensa del blocao Miskrela y por el espíritu que demuestra al ser todos voluntarios para ir al Peñón de las Banderas de Melilla, y tú como creador de esa fuerza recibe las gracias de tu Rey y un fuerte abrazo.-Alfonso, Rey≅.

LAS INCURSIONES de algunos merodeadores enemigos en el camino de Batel motiva la colocación de un blocao que, vigilando los pasos de la montaña entre Haman y Uestia, aleje el peligro de la carretera; para conseguirlo, sale la Legión con una batería a proteger los trabajos de fortificación, ocupando por sorpresa el rocoso y alto pico frente a las posiciones antes dichas.

Quince legionarios decididos, con sus oficiales, hacen la penosa ascensión y a los pocos momentos sus disparos alejan al enemigo, que intenta molestar los trabajos.

Conforme avanza el día, de la harca de Tamasusi se acercan por el monte algunos grupos de harqueños, pero los legionarios, en su nido de águilas, se entretienen en cazar a todo el que se aventura en los collados.

Al mediodía, construido el blocao en piedra, descienden los legionarios y al poco tiempo los moros aparecen en las estribaciones del crestón; el fuego se intensifica un poco en la retirada y tenemos tres heridos.

Este puesto fue durante varios días objeto de las preferencias del enemigo, que no pudiendo pasar hacia la carretera, lo hostilizaba diariamente, llegando una noche a atacarlo con artillería, sin lograr hacerles bajas.

LAS CONFIDENCIAS acusan estos días el aumento de efectivo de la harca de Tamasusi, y una mañana los proyectiles de un cañón de montaña caen delante de la posición de Dríus. Se observa el campo y no es posible ver el humo de los disparos. Es admirable el arte con que se ocultan de la vista estos fantásticos pacos de cañón.

Estos días se proyecta la ocupación de Tamasusi, y al amanecer del día 14 avanzamos, en vanguardia de la columna, en dirección al collado.

El paqueo empieza y, débilmente hostilizadas, dos compañías emprenden la subida al monte. El enemigo se pronuncia en huida por la otra vertiente y, al coronar la loma, le perseguimos con nuestro fuego por el llano. No es este el moro duro y valiente de días anteriores; son los judíos de M'Talza, que huyen al primer encuentro.

Por la derecha, en dirección a Midar y montes del fondo, se ve venir numeroso enemigo que se oculta en los barrancos; entre ellos abundan los jinetes y todos parecen dirigirse hacia la loma rocosa que ha de ocupar la caballería.

Nuestras baterías de montaña, batiendo la loma, protegen el avance de Policía y caballería de Regulares, y los carros de asalto, por el llano, cooperan a la acción.

A los pocos minutos, los regulares llegan y el enemigo se dispersa hacia la montaña; nuestras baterías les alcanzan con el fuego; se ven caer los jinetes; muchos muertos quedan diseminados por el llano; desaparece del escenario del combate aquella gran concentración guerrera, y al pie de Tamasusi se recupera el cañón enemigo.

Las bajas de la columna son escasísimas y el repliegue se efectúa sin apenas ser hostilizados.

TRES DÍAS DESPUÉS se ocupa la Chaif; los camiones blindados y carros de asalto avanzan por

el llano y orillas del Kert, manteniendo a raya al enemigo. Las baterías dispersan las concentraciones enemigas, que intentan acercarse desde Midar.

XX - Consideraciones generales

Llevamos un mes de paz en el campamento de Dríus; las empresas guerreras parecen suspendidas y nuestro sueño de ir sobre Alhucemas y dar digno remate a la acción militar, se aleja indefinidamente.

Acción política, empleo de los grandes caídes, protectorado civil y ejército colonial. Sobre esto giran en la actualidad todos los comentarios.

Un apasionamiento grande ha llevado al ánimo de los españoles que la política ha estado ausente en nuestra acción africana; y olvidando tal vez demasiado la psicología de los cabileños, han hecho creer al pueblo que la labor política nos ha de dar el territorio pacificado.

En Marruecos, en todas las épocas, la labor política y militar han ido emparejadas y no ha sido la ausencia de la primera lo que nos llevó, como alguien cree, al desastre de julio. Si hubo algún error o desacierto en la labor de policía, no es justo atribuir a ello las causas del desastre; examinemos nuestras conciencias, miremos nuestras virtudes aletargadas y encontraremos la crisis de ideales que convirtió en derrota lo que debió haber sido pequeño revés.

España necesita, y necesita pronto, dominar la costa, establecerse en ella y dar al mundo la sensación de que las calas y ensenadas marroquíes han dejado de ser nido de piratas y que en ellos los faros de civilización marcan la ruta a los navegantes.

Mientras tengamos enfrente contingentes armados; mientras Beniurriaguel no sea sometido, el problema de Marruecos ha de seguir en pie. De Beniaurriaguel salió el levantamiento de julio, a ellos pertenecían los guerreros que levantaron Gomara y sitiaron a Magán; y en Miskrela y los Peñones existen sobradas pruebas de su rebeldía.

Alhucemas es el foco de la rebelión antiespañola, es el camino a Fez, la salida corta al Mediterráneo, y allí está la clave de muchas propagandas que terminarán el día que sentemos el pie en aquella costa.

La organización militar del Protectorado y la creación de las unidades coloniales son problemas muy complejos y dignos de mayor estudio, en el que la calidad y no el número de tropas han de dar la solución al problema.

Para organizar ese ejército, base legionarios o base regulares, hace falta que los banderines enganchen voluntarios, que las leyes que se dicten beneficien al voluntario y que en la vida militar encuentren los soldados los periódicos descansos y el relativo bienestar de las tropas coloniales.

Su calidad no depende sólo de la materia prima. El soldado voluntario es como todos los soldados y lo que mejora su calidad es la elección de cuadros, el poder llevar a ellos una oficialidad entusiasta y valerosa que les eduque en un credo de ideales, que no ha de sostenerse con unos puñados de pesetas.

Es necesario el estímulo, que los oficiales se especialicen en la guerra, que conozcan al enemigo y que no sueñen con el momento de regresar a la Península, cumplida su forzosa estancia. Sólo el premio justo puede en esta época de positivismo conservar en África los cuadros de oficiales apropiados para las unidades de choque.

En la organización militar del Protectorado, el empleo de las modernas armas automáticas con la organización de batallones de ametralladoras y fusiles ametralladores, permitirán en el porvenir la reducción de las numerosas guarniciones de posiciones y los servicios de aprovisionamiento. Lo que unido a las modernas unidades de tanques, ha de ser la más firme base para la reducción de nuestros efectivos.

Relatadas las operaciones, no he de dejar de hacer unos comentarios a esta clase de guerra, pues si en algún capítulo señalo defectos, no ha sido el deseo de crítica el que dictó mis palabras, sino por el contrario, el explicar los medios con que pueden corregirse.

Todos los que hemos servido en fuerzas indígenas conocemos la frase tan frecuente en esta guerra entre los moros: TENIENTE FULANO NO SABER MANERA; quieren decir con esto, que no tiene todavía la malicia de la guerra y hace la aplicación rígida de los reglamentos, sin amoldarlos a la índole especial del combate.

En esta campaña hemos visto frecuentemente los casos en que por NO SABER MANERA (emplearemos la frase), se acrecentó el número de bajas.

El combate en Marruecos se caracteriza por no presentarse el enemigo en los avances en una situación decidida y franca; los moros no aparecen al descubierto y hacen del terreno un aprovechamiento ideal. Si se avanza, generalmente retroceden combatiendo; y si las tropas se estabilizan, se aproximan por las barrancadas y zona desenfilada y pronto existen un sin número de tiradores que aprovechan los momentos propicios para causar numerosas bajas.

Si a esos tiradores oponéis las rígidas secciones en guerrilla de nuestros reglamentos, aumentarán vuestros heridos. Esto sólo lo evita el oficial obligando a su tropa, al estabilizarse, a hacer un perfecto aprovechamiento del terreno, formando con las piedras pequeños parapetos, que más tarde han de resguardarse de los fuegos enemigos, sin colocar más hombres que los necesarios para la acción, permaneciendo detrás, a cubierto y todo lo próximo que sea posible, el resto de la unidad, despiertos y prevenidos para contrarrestar, caso preciso, cualquier reacción enemiga.

Al subir a las lomas y en los avances, ocurre frecuentemente ver aparecer unos enormes guerrillones sobre las crestas. El enemigo hace unos disparos y ocasiona las consiguientes bajas; por esto hay que enseñar al soldado a subir a las crestas con precaución y gateando, si así conviniese, los últimos pasos, dispuesto siempre a tropezar al enemigo y evitar ser sorprendido.

El oficial debe tener instruidas a sus escuadras y clases para que la sección no forme un todo rígido y que si la loma es pequeña o existe una casa, chumberas, etc., las escuadras exteriores rebasen por las laderas o por los flancos el obstáculo a ocupar y de esta manera se evitarán sorpresas.

Esto que aquí se indica deben practicarlo las compañías con sus secciones y el batallón con sus compañías formando un conjunto flexible en que las unidades o fracciones se apoyen o flanqueen.

El enemigo emplea en esta guerra mil procedimientos para ocasionar en nuestras tropas efectos de sorpresa. Así se ve una loma ocupada por numeroso enemigo, que éste abandona al parecer ante el fuego preparatorio de nuestra artillería.

Las fuerzas avanzan a ocuparlo y en esos momentos en que el soldado se cree libre de peligro, los harqueños, en oleadas, se presentan dando gritos y aprovechan sabiamente la impresión causada.

Contra esto hay que prevenir constantemente a los soldados, volverlos desconfiados y que si llega el caso, serenos, rechacen la agresión convenciéndose de que los moros no llegan al arma blanca más que cuando los soldados corren.

Otra de las modalidades se presenta en la ocupación de las crestas. En una guerra regular, la colocación de las guerrillas en la cresta militar es lo apropiado, pero en Marruecos hay que abandonar la mayoría de los casos esta práctica y ocupar las crestas topográficas, colocando sólo en la militar un pequeño número de soldados que vigilen el acceso a la loma y el fondo de la barrancada, escogiendo para ello lugares a los flancos o aquellos puntos en que el terreno permita llegar a cubierto.

Esta colocación de tropas, que contraría lo preceptuado, nos ofrece por la índole del combate muchísimas ventajas, librándonos de los inconvenientes que lleva aneja la ocupación de la cresta militar.

En la cresta topográfica las guerrillas encuentran abrigo de los fuegos enemigos y el municionamiento y retirada de heridos no ocasiona ese sinnúmero de bajas que lleva consigo el rebasar las crestas topográficas. En el caso de ocupar la militar, los soldados estarán al descubierto, las bajas aumentarían, la retirada de cada hombre costará las de otros varios y en los momentos de la retirada es difícil el evitar que quede abandonado algún soldado.

El único peligro aparente de este dispositivo es el caso de una reacción enemiga, pero para evitarlo están esos soldados o escuadras adelantadas en los sitios favorables y el buscar la observación sobre las laderas por otra unidad inmediata que domine este terreno. Sin olvidar que la reacción enemiga no es la característica general de los combates en Marruecos, en los que la mayoría de las bajas son ocasionadas durante las interminables esperas en tiroteo con el enemigo, mientras se construyen las posiciones.

Los barrancos tienen también para este enemigo más importancia que las lomas; constituyen excelentes caminos cubiertos para aproximarse y no basta ocupar las lomas y vigilar las alturas vecinas; es imprescindible vigilar las hondonadas a los flancos y retaguardia y adelantar por ellos, si así conviniese, escuadras de seis u ocho hombres, que en la hora de la retirada lo hacen a cubierto siguiendo el barranco.

La retirada es una de las maniobras que más se practica, y siendo estos movimientos la piedra de toque de la moral de las tropas, todas las precauciones han de ser pocas para llevarlas a feliz término. Esas retiradas lentas, por escalones, tan frecuentes en nuestras escuelas prácticas, en que los saltos se acomodan a las reglas de la guerra regular, olvidando tal vez demasiado la realidad del combate, tienen que desterrarse de nuestra campaña de Marruecos.

El moro aprovecha los momentos de la retirada para echarse encima, ganar la cresta y sorprender con su fuego a la tropa en los momentos del repliegue. En las retiradas, en que una fuerza se para a hacer un escalón, recorrido el espacio que le dicen los reglamentos, si el enemigo ha ganado la cresta, aumentará muchísimo el número de bajas, y si la moral de las tropas no es excelente y la zona está muy enfilada, se acaba abandonando los heridos y sembrando en ella el germen del chaqueteo.

Para evitar esto, es conveniente que los saltos se ajusten a las condiciones del terreno, teniendo establecidas previamente a retaguardia otras unidades que protejan la retirada, que harán los soldados

al paso ligero y teniendo una señal convenida para volver a ocupar el puesto en caso de que alguno caiga herido, estando siempre los sostenes dispuestos para reaccionar en este sentido.

La situación a retaguardia de las ametralladoras, batiendo las crestas y collados en que el enemigo hará su probable aparición, permitirá en la mayoría de los casos, colocando en ellas un fuego de barraje, retirarse sin ser hostilizado.

Si el enemigo está muy próximo y el terreno puede favorecer su avance, entonces es preciso simular la retirada esperándole con serenidad que llegue a pocos metros, hacerle unas descargas y aprovechar la segura huida para desplegarse, en la seguridad que no se echará encima nuevamente; pero para esto hace falta que la moral de las tropas sea muy elevada.

Todas estas prácticas, el aprovechamiento del terreno disimulando la situación de los tiradores, la ocupación de las crestas, las retiradas, etcétera, esa malicia del combate, los moros la señalan con las palabras españolas de saber manera, y es indispensable en esta guerra que todos aprendan a saber manera.

XXI - Infantes heroicos

No he de cerrar mi libro sin dedicar un recuerdo a los gloriosamente caídos en la heroica defensa de las posiciones.

En los primeros momentos del desastre, el dolor de la tragedia nubló la gloria de muchos de nuestros compañeros muertos en la defensa heroica de sus puestos, y humanos egoísmos más tarde dejaron en silencio estos hechos gloriosos; y el pueblo sabe cómo se rindió tal posición, pero ignora cómo han muerto sus mejores soldados.

El nombre de los defensores de Igueriben debiera figurar con letras de oro en el libro de nuestra Infantería. El comandante Benítez hizo de esta posición la defensa más heroica; sin agua, sin víveres, Benítez resistía y el convoy no llegaba... Un día triste se desistió del socorro, se les autorizaba a rendirse, a entrar en tratos con el enemigo; pero Benítez y los suyos conservan en su alma el temple de los heroicos infantes, y de labios de un testigo hemos oído el último telegrama: ALos jefes y oficiales de Igueriben..., mueren pero no se rinden≅, y ponen fin a sus vidas con el más grande de los heroísmos.

Los moros, más justos, pronuncian con admiración y respeto el nombre de Igueriben.

En Sidi-Dris, Velázquez escribe con su guarnición otra página gloriosa, y en ella muere con la mayoría de sus soldados.

No pasaba un día, en aquellos de nuestra llegada, sin que algún soldado herido o extenuado del hambre y del cansancio no fuera recogido por nuestro servicio, o puestos avanzados, y nos refiriese el término glorioso de tantas posiciones. De ellos he obtenido estos relatos, cuando la emoción nublaba sus palabras y aún no se había podido urdir la fábula.

Un día es un soldado del regimiento de Melilla que viene de Dar Quebdani, donde una compañía de dicho regimiento se ha cubierto de gloria. Voluntario marcha el capitán con la compañía a la aguada donde es atacado por enemigo numeroso; se fortifica en una casa mora y en ella resiste los duros ataques de los cabileños.

La posición principal se rinde, y recibe de los jefes enemigos las mismas proposiciones, que son rechazadas con orgullo por los sitiados.

Pronto los moros, que cercaban la posición rendida, le rodean, y con las propias armas y municiones españolas ponen sitio a aquel baluarte de heroicos soldados; la compañía se defiende gloriosamente y al capitán se le oye decir: AÁnimo, muchachos, que si salimos de ésta ya nos la pagarán.≅

Gloriosamente van cayendo la mayoría de los soldados; quedan pocos en pie y el capitán también se encuentra herido; y cuando la defensa llega a su fin, cuando ya no quedan hombres para seguir en

el empeño, quema los billetes y retratos y muere sin rendirse...

)Su nombre?... ENRIQUE AMADOR ASÍN...)Sus soldados? ALa sexta del tercero de Melilla.≅

Pacificado Beni Said, los moros relatan el glorioso episodio. Les habían causado con su defensa cuarenta y ocho muertos y ciento cuarenta heridos, y los cabileños, admirados de su valor, le dieron sepultura.

No es éste solo el caso en que los moros, rindiendo admiración al heroísmo, entierran los restos gloriosos de un oficial. En Arrof, el teniente García Méndez, de la escala de reserva, se niega a retirarse cuando lo hace su compañía, y herido de gravedad se hace pasear en la camilla animan do a los defensores y rechazando las proposiciones enemigas; mueren en la heroica defensa todos menos uno de sus soldados. El cadáver del teniente fue enterrado por el enemigo.

En otra posición, el capitán Escribano escribe otra página gloriosa. Agotados los víveres y medios de defensa, sale a la alambrada a parlamentar con los jefes enemigos, dejando preparados en la posición a los defensores para que mueran matando y disparen a su voz, y cuando tiene a su lado a los jefes y grupos moros, da la voz de (fuego! y muere entre los cabecillas.

Muchísimos son los detalles de los hechos gloriosos, y Wieiti, Verdiguer, Navarro, Rodríguez Chapel, Gil Cabrera, Bulnes, Galán y otros heroicos capitanes y oficiales de nuestra Infantería, defendieron sus posiciones hasta perder el último soldado, al frente de los cuales encontraron muerte gloriosa.

(Salve!, heroicos defensores de Igueriben; (salve!, gloriosos soldados de la Infantería.

El horror del desastre no podrá nunca nublar vuestra gloria.

FIN

Indice

Evocaciones y recuerdos .....
Ofrenda .....
Al lector .....

Primera parte

El territorio de Tetuán .....
I. La organización .....
II. De Riffien a Uad-Lau .....
III. Seis meses en Uad-Lau .....
IV. Operaciones en Gomara .....
V. A Xauen .....
VI. Operaciones en Beni-Lait .....
VII. El territorio de Larache .....
VIII. Camino de Melilla .....

Segunda parte

En territorio de Melilla .....
I. La llegada .....
II. Los primeros días .....
III. Sidi Amarán, Frajana y Convoyes... .....
IV. Los blocaos .....
V. A Tizza y Casabona .....
VI. Nador y Tahuima .....
VII. Sebt y Ulad-Dau .....
VIII. Atlaten .....
IX. Taxuda 1º (Gurugú) .....
X. Zeluán y Monte Arruit .....
XI. Taxuda 2º (Esponja) .....
XII. Sebt-Tazarut y Río de Oro .....
XIII. Uisán y Ras Medúa .....
XIV. Tauriat-Hamed. Harcha. Tauriat-Zag .....
XV. Ras Tikermin .....
XVI. Operaciones sobre Dríus .....
XVII. En Dríus .....
XVIII. Ambar y Tuguntz .....
XIX. Chemorra. Dar Quebdani. Tauhima. En el Peñón .....
XX. Consideraciones generales .....
XXI. Infantes heroicos .....